

# CIVIDAD

REVISTA DE MADRID PARA TODA ESPAÑA

Año II

10 de Abril de 1935

Núm. 16

LEA EN ESTE NUMERO

CUATRO POEMAS FOTOGRAFICOS

Un cuento:

CUANDO EL VIEJO SAMUEL  
SE RAPO LAS BARBAS,

por Manuel Iribarren.

Un poema:

LOS NUEVE NEGROS DE  
SCOTTSBORO,

por Raúl González Tuñón.



POR EDUARDO AVILES RAMIREZ

Un artículo:

VICTOR HUGO ENTRE NOS-  
OTROS,

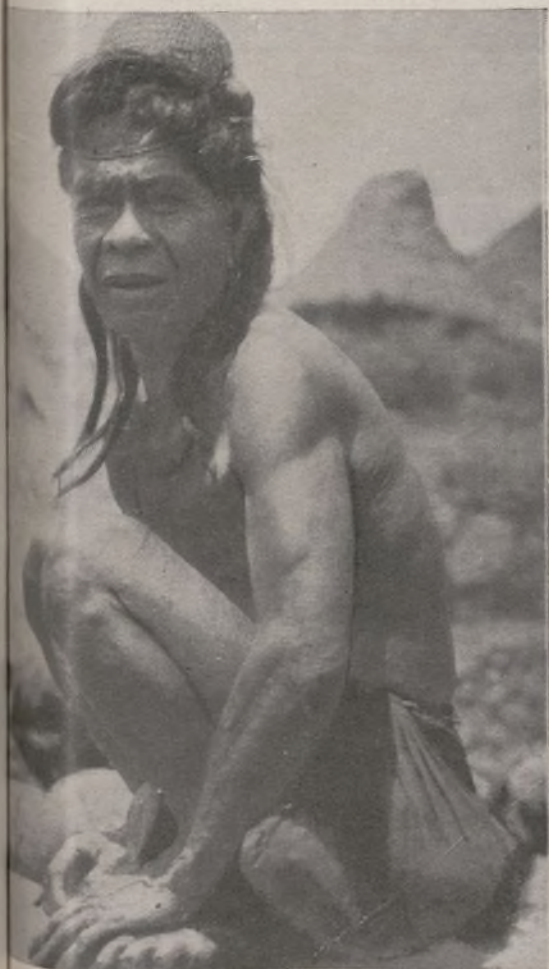
por Manuel Abril.

Un reportaje:

¿QUE PLATO PREFIERE EL  
PALADAR MADRILEÑO?,

por Enrique Zorreguieta.

LOS HOMBRES QUE COMEN PERROS



POR RAMON MUÑIZ LAVALLE

Una crónica:

MEMEL EN EL RUEDO DE  
LAS RELACIONES INTERNA-  
CIONALES,

por Jaime Menéndez.



POR EDUARDO BLANCO-AMOR

UBEDA, JOYA DEL RENACIMIENTO



POR SALVADOR V. DE LA TORRE

Una correspondencia:

EL CALZADO Y LA MODA,

por Madeleine Millet.

20 CENTIMOS

Ayuntamiento de Madrid

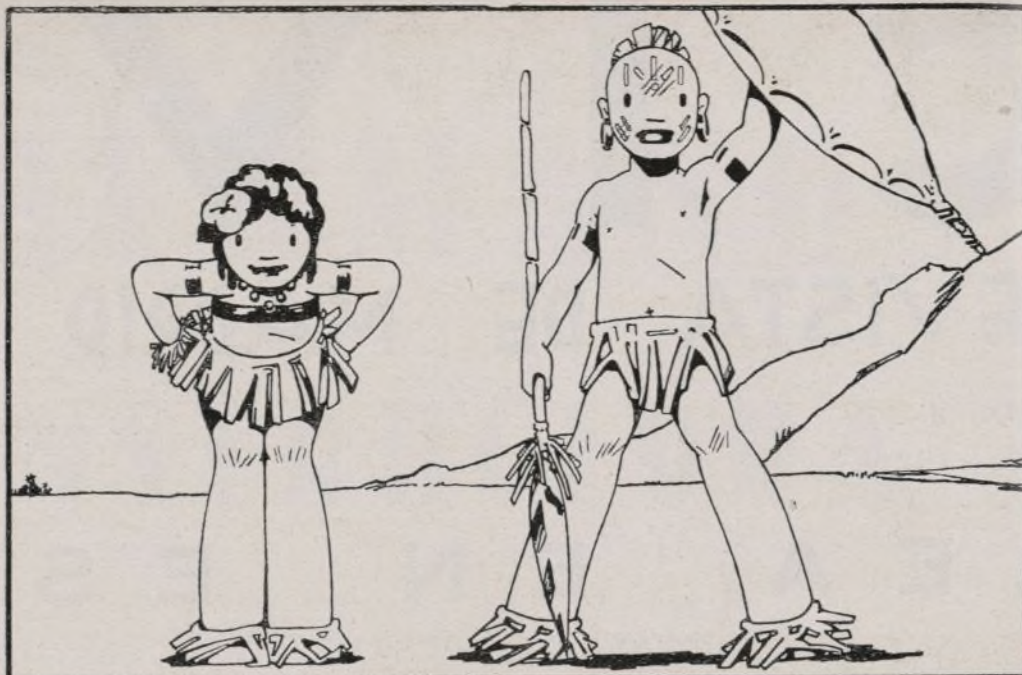


# FIDIAS

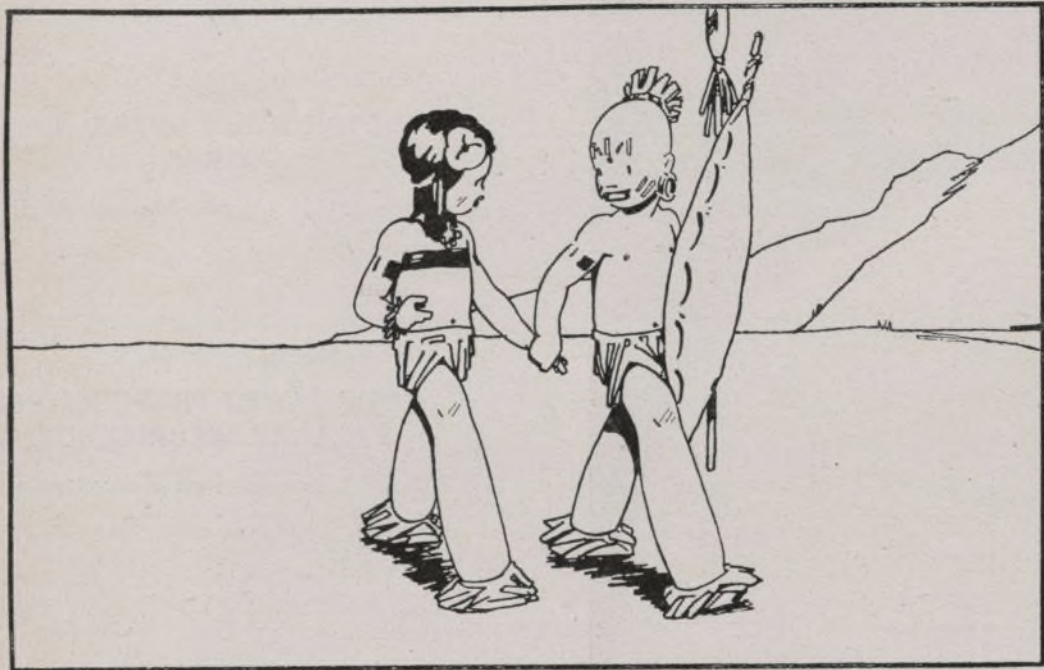
PRESENTA A IBO-IBO Y ZUZÚ

EN

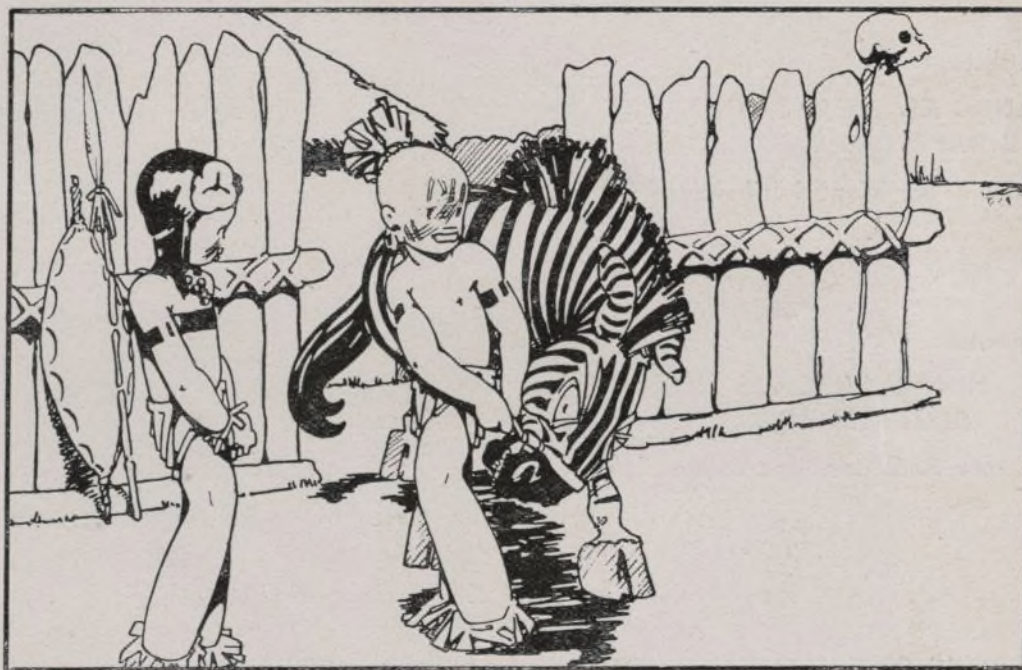
# 'TROPICO'



Ibo-Ibo y Zuzú saludan gentilmente a los lectores de CIUDAD.



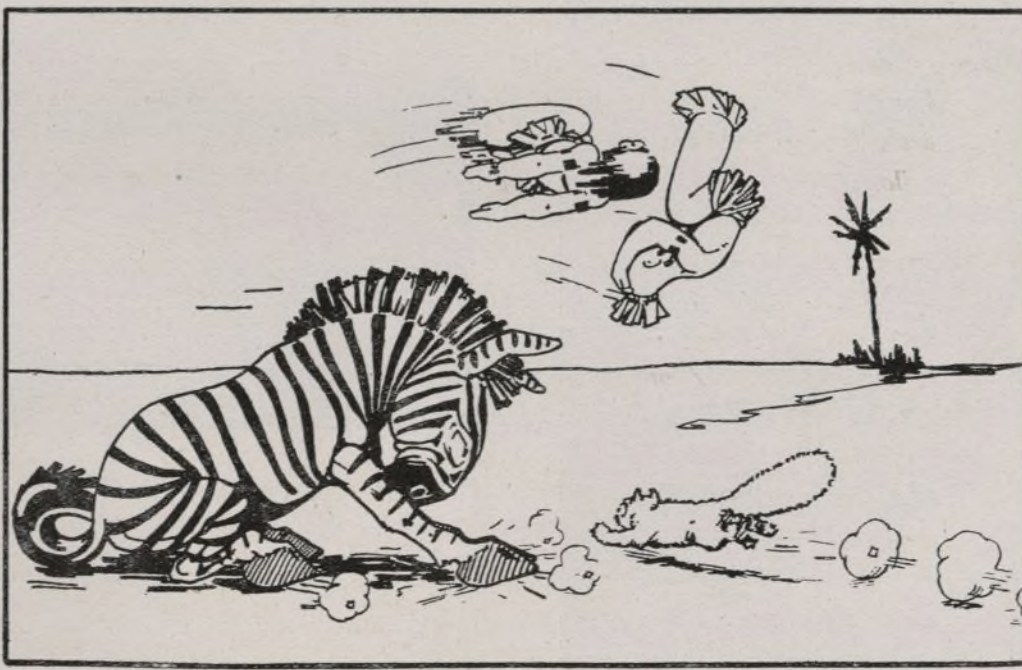
—Conmigo puedes ir tranquila. Sólo yo soy capaz de amansarla. Me quiere mucho.



—¡Para, bestia! Hace como que muerde por cariño... Es muy romántica.  
—Ya, ya...



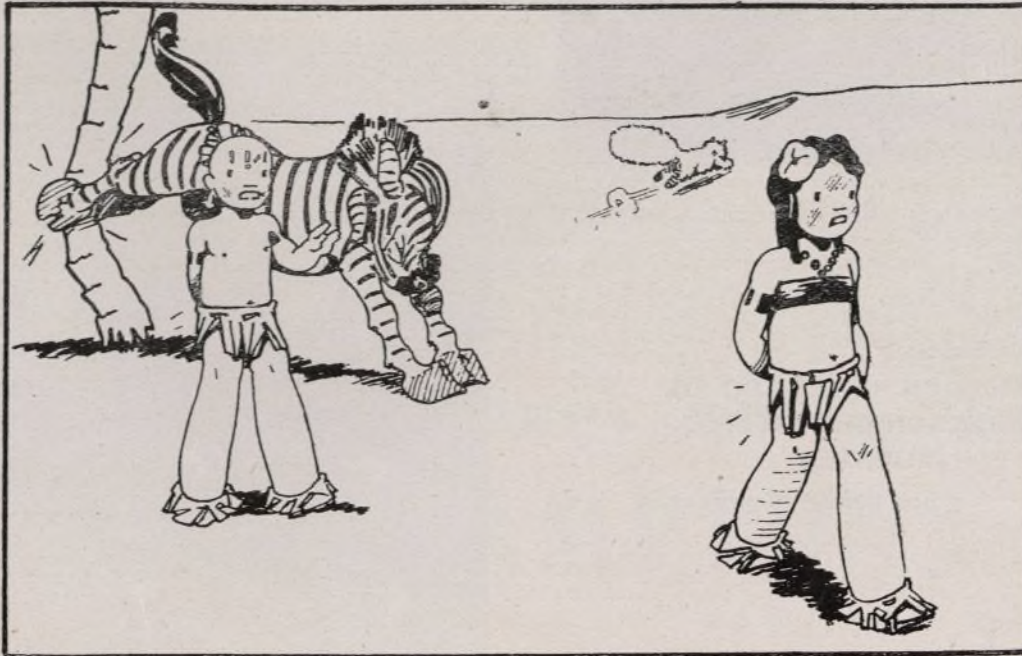
—Sí, muy inteligente: levanta la cola para tener la línea aereodinámica.



—¡Hoooy!...  
—¡Aaaay!...



El diálogo se pierde entre los jubilosos relinchos—fuerza de 600 caballos—que irradian de la cebra.



—¿Has visto qué mansita es? Salta de alegría...  
—Ya, ya...



# CIVIDAD LA SEMANA

Director: VICTOR DE LA SERNA

Redactor-Jefe: EDUARDO BLANCO-AMOR

Dirección, Redacción y Administración:

PALACIO DE LA PRENSA.—MADRID

Teléfono núm. 20860

APARECE TODOS LOS MIERCOLES

Año II.

10 de Abril de 1935

Núm. 16

## ¡Los Nueve Negros de Scottsboro!



I

¡Oh, cómo relucen los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Nueve Negros de Scottsboro  
aúllan esperando la muerte,  
aúllan y muerden las rejas  
los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, qué dientes blancos los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Nueve Negros de Scottsboro  
tienen las manos esposadas;  
se han comprometido con la muerte  
los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, qué ojos brillantes los Nueve Negros de Scottsboro!

¿Los Nueve Negros de Scottsboro  
van a ser electrocutados?  
Ya sufren a plazos la muerte  
los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, qué voces profundas los Nueve Negros de Scottsboro!

II

Saint Louis Blues llorará por ellos  
toda su música de escombros.

¡Ay, tienen madre y hermanos  
los Nueve Negros de Scottsboro!

Los Comedores de Algodón  
subirán de los bajos fondos  
cuando salten las uñas blancas  
de los Nueve Negros de Scottsboro.  
En los tabacales lejanos

de la Virginia, hombro con hombro,  
se juntarán los hermanos

de los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Ay! Algunos tienen quince años,  
y en otros ha de nevar pronto.

Ya nunca nos olvidaremos  
de los Nueve Negros de Scottsboro.

¡Oh, cómo relucen los Nueve Negros de Scottsboro!

Por RAÚL GONZÁLEZ TUÑÓN

LA República cumple esta semana sus cuatro años. El último le ha costado algún trabajo cumplirle y no lo ha cumplido en paz. Permita Dios que todos los que le quedan hasta hacerse centenaria sean plácidos y felices. Permita Dios que acabe siendo una República de todos los españoles para todos los españoles y que un signo de paz y de progreso presida sus días. Y que con ella recupere España su rango en el mundo, para conseguir lo cual será preciso que se abatan las espadas del rencor y que una mitad de españoles deje de ver a otra mitad como enemigos irreconciliables.

DESPUÉS de la tumultuosa inauguración oficial de la Primavera, entre celliscas y olas de frío, ha llegado la auténtica inauguración. Florecen muchas cosas. Pero la floración más abundante ha sido la de periódicos. Los quioscos amanecen cada mañana con un colorín más: bermellones, verdes, azules. Cualquiera diría que esto de hacer periódicos es un negocio excelente.

Otra cosa que florece con alarmente abundancia son los congresos y asambleas. España, país de turismo, parece, además, país propicio a la deliberación. Si en la misma proporción en que se producen periódicos y congresos se produjeran locomotoras, buques, automóviles, España marcharía a la cabeza de la técnica europea. No tenemos remedio. Somos un país de charlatanes. Y cuando no se nos da bien el diálogo, rompemos en monólogos. El caso es no estar callados, ni de palabra ni por escrito.

CHARLOT, el genio de nuestro tiempo, ha terminado una nueva película. Se titula "La Masa", y tiene la imponderable cualidad de ser muda. Como símbolo de su desdén por el cinema hablado, Charlot se ha hecho retratar con una cotorra, a la que mira con despreciativa piedad.

Charlot ha entablado solo, como Don Quijote, la magnífica batalla desigual contra el descomunal gigante del cine hablado. Probablemente a Charlot le molarán las

costillas, como al Ingenioso Hidalgo. Pero no habrá un espíritu elevado que no esté de parte de este gran cómico de la cabeza plateada.

El guirigay del cine hablado, espantable estrépito de lenguas y de acentos, negación práctica y teórica del gusto, antifona hiriente que destroza los nervios mejor templados, ha conquistado el mundo en unos momentos de frivolidad y de desorden de todos los valores estéticos y aun de todos los valores morales. Por esto la batalla de Charlot, que quiere restituir un invento prodigioso a su naturaleza primitiva, con la cual únicamente puede reclamar un puesto en la historia del espíritu, será vista con angustiosa simpatía por todo espíritu afinado.

La dimensión caliente y humana de la voz de las criaturas es insustituible. Toda ficción de la naturaleza puede ser bella. Pero la de la voz es inaguantable. La voz mecánica sólo tiene su sitio en los archivos de la palabra como un documento. Jamás como materia artística.

UN misionero español ha sido asesinado en China. No es, naturalmente, el primero, ni será el último, porque ya es conocida la propiedad de la sangre de los mártires.

A propósito de este asesinato, no dejaré de ser saludable recordar que, por un sentimiento provinciano del laicismo del Estado, las misiones españolas han sido abandonadas por la Administración. Profundo error político. Una misión de España no puede ser ya un instrumento imperial en el sentido materialista. Ni siquiera en el sentido espiritualista, ya que hemos quedado—a juicio del que suscribe, con precipitación—en que ni siquiera puede hablarse de imperios espirituales. Pero el hecho de que las normas de la civilización occidental sean llevadas por ciudadanos españoles, vistan la ropa que vistan, a pueblos que de una manera o de otra han de ser occidentalizados, merecería un poco de atención. Y no ya desde el punto de vista confesional, sino desde el punto de vista europeo.

V I C T O R D E L A S E R N A

# HOY...

ARTE Y VIDA.—VICTOR HUGO ENTRE NOSOTROS, por Manuel Abril.

UNA ENTREVISTA CON D. MANUEL SILVELA, texto y dibujos de Sancha.

UNA BIBLIOTECA MARINERA, por Eduardo Blanco-Amor.

CUANDO EL VIEJO SAMUEL SE RAPO LAS BARBAS, cuento de Manuel Iribarren.

CIUDADES DE ESPAÑA.—UBEDA, JOYA DEL RENACIMIENTO, por Salvador de la Torre.

¿QUE PLATO PREFIERE EL PALADAR MADRILEÑO?, reportaje, por Enrique Zorreguieta.

EL CALZADO Y SUS FANTASIAS, correspondencia de modas por nuestra representante en París, Madeleine Millet.

CUATRO POEMAS FOTOGRAFICOS, por nuestro corresponsal en París, Eduardo Avilez Ramírez.

LOS HOMBRES QUE COMEN PERROS, reportaje de Ramón Muñiz Lavallo.

LOS NUEVE NEGROS DE SCOTTSBORO, poema de Raúl González Tuñón.

PROMESAS, cuento de Jack London, con ilustraciones de Arteché.

LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO, por Fernando G. Toledo.

ALIX, cuento de Claire Thornton, ilustraciones de Santonja.

PORTUGAL, por Fernando Allúe.

TOROS, por Federico Morena.

CON EL MEDICO, por el Dr. Fernández Cuesta.

FIGURAS DE LA SEMANA, «Raúl González Tuñón», por R. M. L.

DEPORTES, por Hefece.

CINE, por Gabriel García Espina.

TEATRO, por Alfredo Muñiz.

IBO-IBO Y ZUZU EN TROPICO, historietas de Fidas Orts Blanco.

FRAGMENTO DE UNA CONFERENCIA, por Gregorio Marañón Moya.

EL TRAJE ESPAÑOL Y LA MODA, por M. R. Bendala.

MEMEL, por Jaime Menéndez.

EN DEFENSA DEL DEFICIT PRESUPUESTARIO, por Isaias Táboas.

Ayuntamiento de Madrid





En la Exposición de Víctor Hugo, organizada por el Instituto Francés, de Madrid, para conmemorar el cincuentenario de la muerte del poeta, vemos dibujos sabrosos del autor de *La leyenda de los siglos*; vemos caricaturas, retratos del poeta, hechos por Daumier y Deveria, y vemos alguna ilustración —y excelente— de Urrabieta Vierge, el español, al *Hombre que ríe*, a más de otros documentos de interés propicios al deleite y propicios al comentario.

Uno de los dibujos del poeta representa una ola enorme, enroscada en escorzo violento, amenazador e invencible. Víctor Hugo ha escrito al pie: *Ma destinée* «Mi destino»...

¿Puede ser aceptada esa ola como representación adecuada del destino victorhuguesco? Tal vez. Probablemente. Pero siempre que intervenga la interpretación, los oráculos descubren la verdad... al que acierta a descubrirla. Se puede preguntar a las estrellas por los destinos humanos. Podemos pedir respuesta a las entrañas del ave; nos contestarán las entrañas. Pero no podremos nunca evitarnos el trabajo de pensar y de inquirir por nuestra cuenta el gran misterio y los misterios parciales. Los augurios que obtengamos necesitarán de hermeneútica. Hay siempre que leer y que aprender a leer, o en la letra, o en el ave, o en la estrella.

No nos fiemos, por tanto, del augurio en su aspecto primario y simplista. No creamos que el destino del poeta fué un destino de naufrago, como pudiera querernos indicar esa alegoría de la ola. La ola acaso esté diciéndonos una verdad; pero no esa. El autor la dibujó, sin duda alguna, para decirnos que era víctima de la tiranía de las hadas. Pero en los



tiempos románticos estaba muy de moda el pesimismo, y, más que el pesimismo, su retórica. Querían presumir de pesimistas.

Cuando dibujó esa ola el autor de *La leyenda de los siglos* quiso hacernos creer, sin duda alguna, porque él también lo creía, que era él «juguete de las olas», para emplear una frase de romanticismo típico. No es posible, sin embargo, figurarse a Víctor Hugo zarandeado y perseguido por las olas, sino más bien produciéndolas.

El oleaje tormentoso de la mar es muy victorhuguesco; pero no como fuerza enemiga, sino como creación del propio autor, como imagen favorita del poeta. Víctor Hugo aparece en la Historia como un Poseidón apocalíptico; desencadenador de tempestades, más que víctima de ellas.

En la Exposición Víctor Hugo de que hablamos hay, en una vitrina, un libro abierto, y en la página primera, un verso en el que dice de él un admirador entusiasta:

*Tu creves le plafond de ton crâne géant;*

lo que viene a ser, en romance, algo así como:

*Perforas la techumbre de tu gigante cráneo,*

o bien:

*Haces saltar el techo de tu gigante cráneo.*

El ditirambo hiperbólico nos dice bien a las claras que los admiradores del poeta se figuraban al «emperador de la barba florida», no sólo ya emperador, sino coloso, y no solamente coloso, sino poseedor de energía cerebral de tal empuje, tan tempestuosa y volcánica, tan en ebullición y embravecida, que pueda llegar al extremo de determinar una explosión y lanzar, disparada, a los espacios la tapadera del cráneo...

Parece, por lo tanto, que el destino de Víctor Hugo esté más cerca de pasar a la historia como mar tempestuoso, ge-

# Arte y Vida por

## Manuel Abril

### EL DESTINO DE VÍCTOR HUGO

nerador endiosado de oleajes, que como barquichuelo a merced de ellos.

La ola del dibujo representa muy bien a Víctor Hugo. El oráculo debe ser interpretado de este modo: Víctor Hugo es, en efecto, una fuerza natural, enorme, arrolladora, grandiosa por impulso natural; bella, fuerte, magnífica, invencible; un poco ciega a veces, y un poco aparatosa en ocasiones.

La aparatosisidad proviene de la época. El retoricismo romántico creía, con ingenuidad muy suya, que para engrandecer era necesario agigantar. No le bastaba al mar con ser el mar; tenía que ser «bravío», y tenía que ser «proceloso». Un prurito infantil de hacer el coco yace en el fondo—casi siempre bonachón—de todos los grandes románticos.

Víctor Hugo es, sin duda, el más grande de todos los románticos franceses. Pero, debido a eso mismo, tan grande, que excede los límites del romanticismo estricto para desbordar de los cánones de escuela, y en vez de ser gigante, ser gran hombre; en vez de estallarle el cráneo, quedar como un gran poeta, como un magno y solemnisimo poeta, con la cabeza en su sitio; y en vez de ser Jehová tonitronante, o Poseidón, agitador de tempestades, ser un emperador del verso justo, del pensamiento lapidario y agudísimo, en la estrofa bien llena y bien medida, y ser, más que un titán, abuelo y hombre.

Presentando a Víctor Hugo como semidiós titanesco se corre el peligro de que se vea solamente en Víctor Hugo su aspecto declamatorio. La volución mitológica del genio de Víctor Hugo es una volución romántica; y al atenerse a ella se corre el riesgo de que, por reacción, se presente la volución contrarromántica y caiga el platillo de la balanza a un exceso, por bajo, tan falso como artificial y deformador al exceso por alto de los que veían su cráneo perforado.

Lo uno y lo otro calumnian al auténtico valor de un hombre, por demás rico en sentir de cien maneras la palpitación poética del mundo. Concibiendo a Víctor Hugo entre nubarrones olímpicos no se le puede concebir dibujando sobre un



papel cualquiera, sobre la cubierta de un libro, con el rabo de una cerilla usada por pincel y mojando, no en pintura, sino en los restos del café con leche.

Ese Víctor Hugo, no obstante, ha existido. En sus dibujos, es romántico unas veces; pero otras, delicado y juguetón; y otra, caricaturesco... Los caprichos románticos, de nubes y de mares y castillos tienen gran fuerza expresiva, no por el espíritu en sí de la esencia sugerida, sino por la gracia misma del trazo y del entintado. A veces, en la visión ensoñada de un castillo medieval, según fórmula romántica, escribe al pie, irónico, humorista, como sencillo bromista y no como soñador, o más bien como soñador que se ríe de sí mismo: «España. Uno de mis castillos.»

No nos fiemos, pues, de la ola en lo que pueda tener de sensacionalista. A un admirador a la romántica, de Víctor Hugo, pudiera servirle el trapo de la ola para decirle, con alguna de las antitesis a que el poeta era aficionado, que la ola de su destino, en vez de derribarle, le encumbraba; en vez de someterle bajo el pie, le ofrecía pedestal, etc., etc., etcétera. Y sería, aunque enfático, cierto.

Pero es mejor que dejemos el énfasis y apreciemos en Víctor Hugo muchas cualidades no enfáticas—y no propiamente románticas—, que le hacen tanto más apreciable cuanto que le hacen más hombre y más poeta.





# UNA BIBLIOTECA MARINERA

POR  
EDUARDO BLANCO-AMOR

La forma habitual de la beneficencia suele estar a cargo de los filántropos oficiales, en olor de condecoración y de la salvación eterna, que compran a bajo precio dándole al necesitado una hogaza mohosa del repeso para alimento de sus carnes, un orográfico colchón destinado a su presunto descanso y un potingue con vejeces de rebotica para ir conllevando los alifafes y disneas. Todo ello, incluso la mano que lo da, tiene ese olor triste y resésigo de los hospitales establecidos en antiguos conventos de la desamortización, donde los pobres del Señor agonizan bajo el irónico primor de los ocios platerescos o de las pompas y vanidades del barroco. Por ello, la noble palabra beneficencia ha ido adquiriendo un resabio beatón y odioso, de purgas, de salas húmedas, de cazcarrientos administradores de asilos llenos de niños espantados y de rotas voces menopáusicas, que obligan a cumplir con el precepto como si se tratase de una tarea desagradable.

Y hay otra beneficencia, la rumbosa de los grandes nosocomios soleados, donde el oro de Cuba se transmuta en níqueles, linóleos, ampollas de Röntgen, plagios a Lecorbusier y jóvenes médicos con bigotito a lo Menjou. Ambas formas benéficas parten del

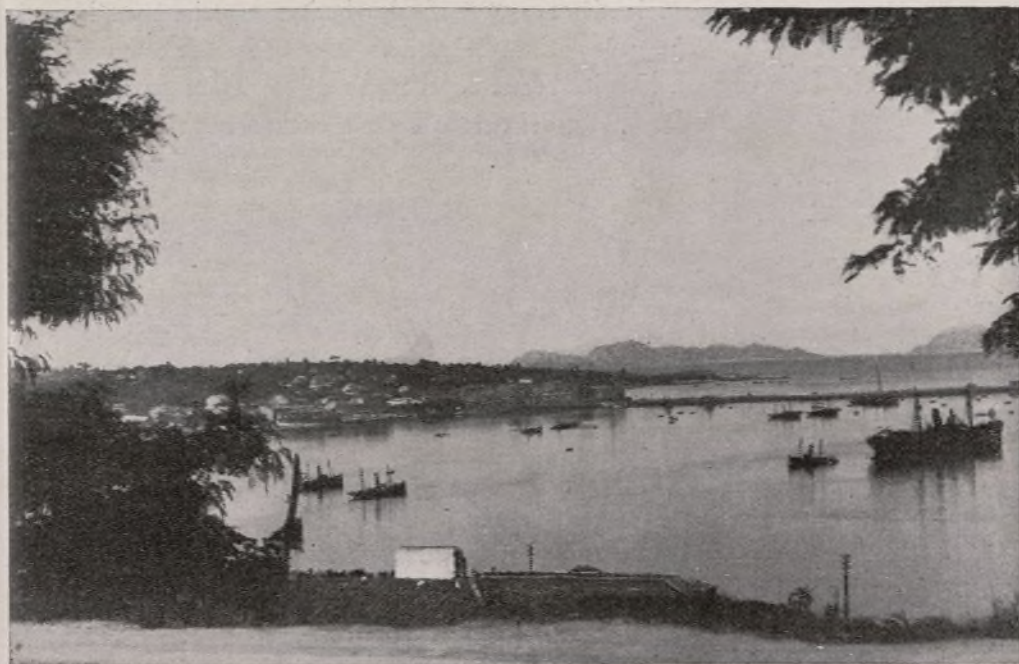


La biblioteca en acción.

bajo error de considerar que el hombre es sólo su cuerpo y, cuando mucho, un alma remota, llena de tremendas responsabilidades ultramundas. Sea en el muladar costroso de la caridad oficial o en la jaula resplandeciente del indiano, al hombre se le considera como un montón de harapos fisiológicos, donde el espíritu no sólo no cuenta, sino que se le maniatra, hasta que a sí mismo se proscriba, por desilusión, por desintegración, por falta de continuidad vital, diluyéndose en lentos rencores internos, en la introvidencia de saberse nada, de ir allegándose a la muerte con el insufrible estorbo del cuerpo, vestido de harapos desmedidos.

La obra de Ramón Fernández Mato, ideando y nutriendo esa Biblioteca Marinera de Bouzas, en la bahía de Vigo, va a ensayar, por vez primera en la historia de los litorales, una beneficencia del espíritu, un hacerle bien al ánima viva de la gente del mar. Va a sujetar el ocio disperso de las anchas horas azules con arponazos de espíritu y a que cada atardecer que abre su bostezo en los interludios de la áspera faena que de fijado en la mente del nauta menor—en heroísmo, mayor—con la efemérides íntima, de una emoción o de una idea. Beneficencia del espíritu: ocurrencia de poeta, ternura y conocimiento racial de hombre ligado a su casta por más serias responsabilidades que un simple determinismo étnico. Sabe Fernández Mato que otra no admite el hombre de mar, que es hidalgo, de suyo, entre lo borroso y lo gregario del proletariado, y prefiere morir de hambre entre cuatro paredes a tender la mano en cuenco pedigüeño.

Hogaño, los marineros, desde que se decretó el cese de las sirenas, no tienen canción con que llenar la caracola de sus ocios. Y por la espiral de las horas expectantes, se les van colando en las mientes superfluidades doctrinarias, que luego agroman en conflictos superfluos también—esto ya se ha visto—, con daño para todos y para todo, empezando por el sapientísimo equilibrio que una práctica multisecular ha establecido entre la producción y el desguace de sus secuencias gananciales entre patronos y marine-



Bouzas-Vigo.



Vista lateral de la maqueta del futuro edificio.

ros. La "parte", el "quiñón", el "matute" son formas de regulación distributiva segregadas de su propia substancia por el ejercicio del menester pescantín. Y es por ese camino por donde las necesidades coetáneas del trabajador del mar han de ir ensanchando su ambición, y no mediante aplicación forzada de fórmulas que cualquier economista bíblico haya escrito en alemán pensando en las factorías inglesas. Volver al marinero consciente de sí, de su dintorno y de sus posibilidades frente a las gigantomaquias y simplismos de la doctrina postiza, no es labor tanto de sindicación como de espiritualización. La cultura deviene sensatez, defensa y objetividad. Y panorama también, y visión de conjunto, y responsabilidad totalitaria y esencial. De estar el hombre perdido en su vientre, en su egolatría digestiva y sensual, pasa a tomar contacto y conexión con todo lo que le rodea. Se siente pedazo del espejo roto y consciente de la imagen conjunta que hay que formar, del todo topográfico, en cuya unidad civilizada él no es, no puede ser, parcela aislada, sino matiz incomplejo, resorte coadyuvante, fichuela del mosaico que es su tiempo, tono complementario de un modo histórico. De donde la obra de Fernández Mato—que damos, no como noticia, sino como ejemplo señero—viene a resultar una obra de profundo sentido social.

El más grande crimen de la burguesía, su error más suicida, está en no saber o en no querer ver en el trabajo un posible hombre espiritual y en permitir con este abandono que su anhelo de cultura galope en una sola dirección consentida: la literatura clasista, la cultura clasista. Es decir, la no cultura; porque lo específico de ésta es su voracidad concéntrica, su ambición irradiante disparada hacia todos los ámbitos, imantada por todos los puntos posibles de la esfera del conocimiento. Tal como lo decía Hegel, "la multiplicidad del interés".

Libros, libros. Todos los libros. Biblioteca circulante para los hombres de mar. Para que lean, mientras el patrón espía el ancho predio azul, en procura del lance; para que lean en el "rancho", hoy llenas sus cuchetas de teóricas malicias y recuentos de

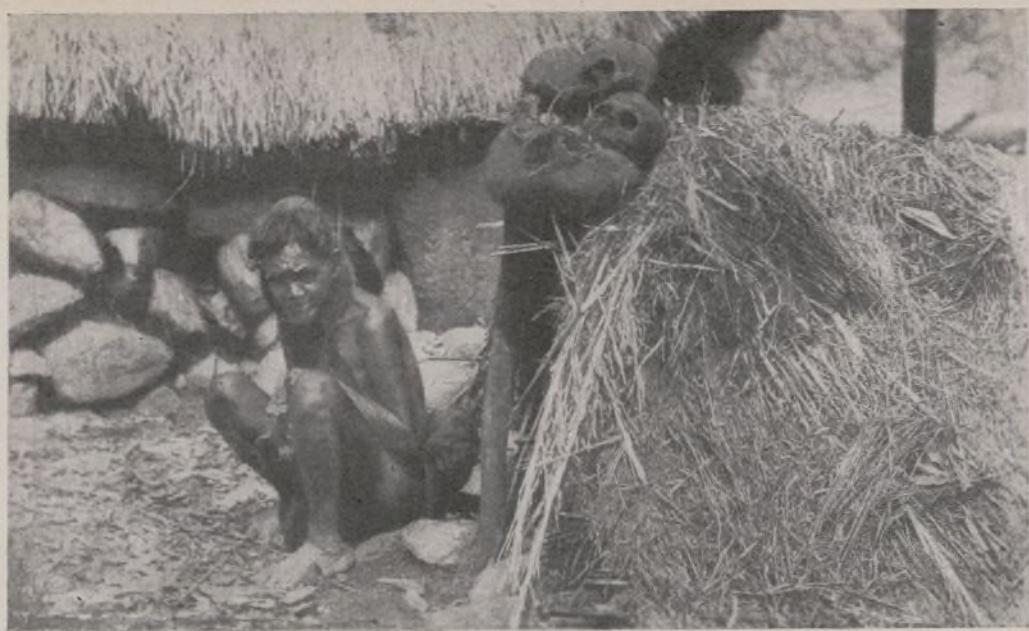


Emplazamiento del edificio junto a esas redes que parecen telarañas del mar.

borracheras; para llenar los vagares del "peirao", hoy entregados a la broma torpe y a la maledicencia; para que empapen los ocios, hoy destinados al cafetuchito hediondo, respunteado con los fichazos del "chamelo" o babeado de citas iracundas, extraídas de libros escritos para turbas esteparias amasadas en dolor, injusticia y miserias, que no son de estos lados del mundo. Libros, para que el mar sea, además de pecho maternal y nutricio, fino seno amante para la caricia de los ojos. De todo el mundo llegan hoy, como palomas, los libros que Fernández Mato convoca con el reclamo de palabras dichas al corazón, buscando la alcándara de las manos mariñanas, maceradas en sales y en auroras. Pronto tendrán los volúmenes blanca nave anclada, con velamen de granitos gallegos; al aire una torre de reloj, como un mástil del que volarán horas como gaviotas, y "viseras laterales para tornar el sol a los pescadores jubilados" en sus prósbitas lecturas de invernía, tal como la concibió la inspiración joven del arquitecto Castro Represas, asentada en los verdes tiernos del paisaje de la villa marinera de Bouzas, frente al caudal prodigio de la ría viguesa, oyendo la cotidiana invitación al heroísmo innumerable que suena en los astilleros: columbarios de motoras pesqueras que llevarán en su vientre rítmico la canción de la vida y de la muerte, el pan y el naufragio, la epifanía y el responso.

(Perdona, Ramón, que sigues poeta en tu solio gubernamental de Jaén, si, a pesar de tus tantas prohibiciones, tantas veces te nombro asociado a tu obra. Hablas mal de la humanidad cuando piensas que tu mención puede escorar la marcha de tu intención. Si eres "un latifundista de la enemistad", somos muchos los que estamos dispuestos a hacerte una "reforma agraria"; y por cada enemigo que se intrapudra y reconcoma de esterilidades ante tu empuje de fecundador, cien amigos te brotarán—de esos magníficos amigos cuyo nombre jamás sabremos—en los surcos recién estrenados de estas líneas.)





El anciano cortador de cabezas conserva de sus buenos tiempos estos cráneos, que son los trofeos de sus cazas humanas.



Asado el perro a fuego lento conjuntamente con el arroz de los intestinos, llega la ansiada hora de repartir los trozos. Advértase en primer plano una cabeza humana.

# EL OJO VIAJERO

## los hombres que comen perros

POR

RAMÓN MUÑIZ LAVALLE

Hace cinco horas que el ojo viajero alterna entre palmeras altas y palmeras bajas. El paisaje que le tiende la tierra es una verde planicie, que cambia su fisonomía entre campos de azúcar y campos de "palay", una especie de arroz; para su voracidad, el paisaje sólo le esconde en el horizonte nuevas sorpresas de verdes.

Y el *auto* prosigue su atascamiento de cientos de kilómetros, mientras el ojo viajero reposa su borrachera de campo fresco en el marcador de la velocidad.

—Ochenta kilómetros..., ochenta y cinco..., noventa..., noventa y cinco..., cien...

—A las diez de la mañana estaremos en Baguio...

Pero antes de llegar a Baguio, la ciudad más agradable que se le haya erigido al turista oriental, hay varias estampas selectas para recreo del ojo viajero.

No me doy cuenta de cómo ni por dónde. Lo cierto es que entre las nubes de polvo con que el *auto* cubre a los rancharíos de la ruta he dejado al horizonte verde, a las palmeras, a las cañas de azúcar y a los flecos bailarines de brisas, del "palay" que crece. El camino tiene ahora ribetes de piedras y rocas, y nuestra derecha, o bien la izquierda, se ve de improviso resguardada por muros naturales sin vegetación alguna. La transmutación de la Naturaleza ha sido obra de prestidigitación; hace media hora los chiquillos brincaban al sol, al aire libre y al campo abierto; ahora me saludan agitando sus brazos, metidos medio cuerpo en el agua cristalina, que va saltando entre las peñas de un comienzo de desfiladero. Nos han envuelto las montañas. Cada vez son más pequeños los bañistas; ascende-

mos. El camino es casquivano, y no se entrega nunca en promesas de rectas. Llevamos nuestro corazón a la defensiva; cada nuevo viraje, todo recodo, acelera el velocímetro de nuestras palpitaciones con el espectáculo magnífico



Dos ancianos de las Provincias Montañosas, ejemplares característicos de las razas de indios que habitan en las alturas del norte de Filipinas.

de los precipicios que tenemos a nuestra vera. Y las montañas se multiplican, y crecen, y sigue el *auto* ascendiendo mientras el ojo viajero no da abasto en absorber las maravillas que se le ofrecen por doquier.

Estoy en el camino de Kennon que, en busca de brisas, se remonta hasta los 1.500 metros... Kennon..., Klondyke's..., luego, los campamentos 3-4-5 y 6..., 500 metros, 600, 800, 1.000..., y ahora el *auto* entra al ziszás.

El ziszás es un capricho hecho camino; todo su andar es un ir y venir; vueltas y más vueltas; sendero de bebedor, que nos advierte que alguna vez la Naturaleza anduvo embriagada por estos lados. Y el ziszás abre precipicios que sobrecogen al neófito, y se estrecha como la silueta de una niña moderna, y se pega a las montañas como un niño temeroso, y la altitud es ahora 1.300..., 1.400..., 1.500 metros.

Y fresco. Y pinos.

Porque Baguio, cuyos talones ya piso, es la sorprendente

ciudad del aire y los pinos en el archipiélago de las palmeras y el calor sofocante.

Pero yo no he venido a Baguio, como este señor gordo que pasea su traje blanco frente al Pines Hotel. El es un turista de Semana Santa, que huye del calor agobiante de Manila para pasar los días de reposo en las montañas del Norte, donde corren brisas frescas y a la noche hay que dormir con mantas. Este señor obeso—y todos los señores—vienen a seguir sus partidas de tresillo del Casino Español o a continuar sus borracheras de *whisky* del Elks Club; señorones, comerciantes, españoles y norteamericanos, no han subido hasta Baguio más que a descansar.

Y Baguio y sus alrededores, y las regiones contiguas de las provincias montañosas son lugares especiales para "no descansar".

Porque allí arriba, en las cumbres, y en los topes de estas montañas, en cuya falda, como un pañuelo, se ha erigido el *rest house* de la ciudad de Baguio, viven los "igorotes", una de las tantas especies de indios nativos, cuyos rancharíos se ocultan entre las rocas y los pinos, lejos de la mirada del señor gordo, con traje blanco, que es comerciante en Manila.

"Igorotes", "kalingas", "ifugaos". Indios de Bontoc. Gastrónomos especializados en el sabor de la carne de perro y la cabeza humana.

Hay que subir, escalando piedras, clavando las manos en la tierra y posando los botines especiales en las más pequeñas aristas del terreno. Hay que echar como sabuesos a los ojos buscando el rastro de los indios para descubrir los huecos del terreno en que ocultan sus vidas. Sólo una



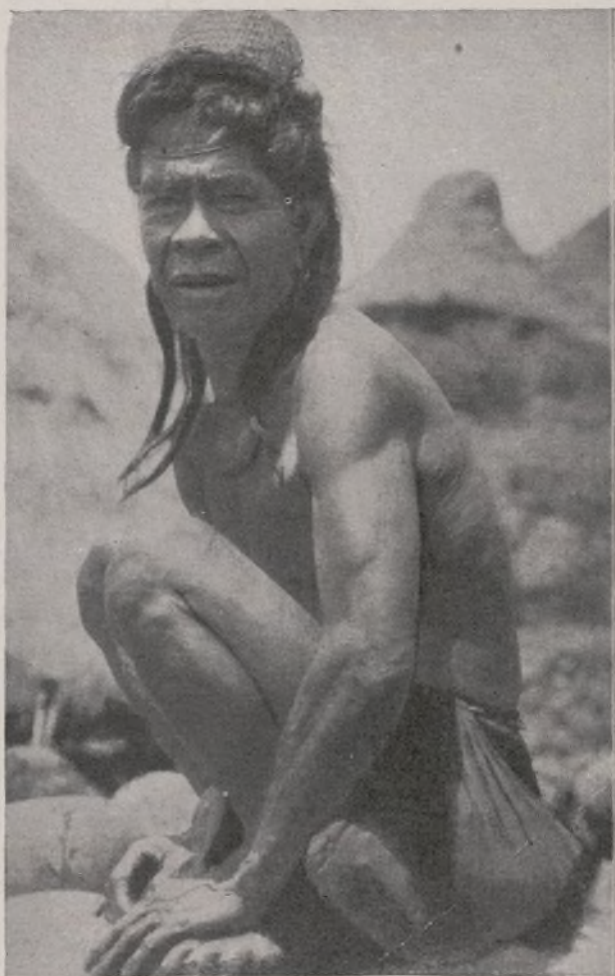
El Consejo de Ancianos dicta las leyes y cumplimenta la justicia que rige entre los indios de las tribus. La experiencia es el juez máximo entre estos indios.



Grupo de chiquillas "igorotes" con sus collares de dientes de perro.



vez a la semana el núcleo principal de "igorotes" baja a la ciudad. Comienza a descender el viernes o el sábado, según la lejanía. En el amanecer de los domingos se los ve, como una alfombra multicolor, sobre las lomas y prados que rodean al mercado de Baguio. Las mujeres lucen trajes de una vistosidad maravillosa, donde privan los colores rojo, amarillo, negro, verde y azul. Sorprende que el tejido y los dibujos tengan una analogía cierta con los de los indios "navajos", de los Estados Unidos, en un mundo aparte como es éste. A los hombres se les ve luciendo camisas sueltas por encima del taparrabos. No usan pantalones. Para estos indios, todos los progresos de la civiliza-



Un indio de Bontoc, en las regiones por donde hasta no hace mucho actuaron los cortadores de cabezas.

ción han llegado hasta la cintura. De allí para abajo reina su sentido primitivo de la vida. Usan sombreros flexibles o "salacots" de paja, y hasta gorras. Se colocan camisas de variada factura, y hasta complementan a veces su atavío con alguna que otra muestra de nuestro vestir. Pero debajo del ombligo aparece, impertérrito, el taparrabos con sus dos caídas de flecos de color. En las minas de oro que he visitado, en las entrañas de estas montañas majestuosas, a muchos cientos de metros en su interior, y también a impresionante profundidad, he reído con la Policía que vigila los trabajos y mantiene el orden. Son indios igorotes de gran tamaño; llevan el sombrero de alas anchas de los soldados norteamericanos, con un gran escudo, una chapa de bronce muy reluciente sobre sus camisas blancas, una gruesa porra y... taparrabos.

Y hasta hace algunos años los soldados de la Costabularia (1), reclutados entre los indios igorotes para el servicio de la región, lucían, muy ufanos, sus casacas militares, el sombrero, las cartucheras, correaes y armas; pero mantenían sus taparrabos y sus pies descalzos.

Y así como el pantalón es para ellos un sinónimo de barbarie, dan muestras de repugnancia ante los planes hábilmente preparados para los turistas del lujoso Pines Hotel.

Para ellos, nuestra comida se trasluce en muecas de asco. Y es porque sus estómagos se han petrificado en el sabor de un gran manjar: los perros.

Cuando bajan al mercado los domingos es para hacer el trueque de sus artículos de madera labrada, sus tejidos o las pepitas de oro que extraen de la tierra, por los elemen-

tos más perentorios de la vida. Pero la compra esencial del "igorrote" es el perro.

Canes, famélicos unos, bien redondeados otros. Al caer la luz, se les ve abandonar la ciudad en dirección a sus refugios de las alturas. Las mujeres, con sus cestas a la espalda unas y con sus pequeñuelos dentro de pañolones, y ellos arrastrando un perro con el rabo gacho y las orejas caídas, resignado ante su misión, que parece adivinar, tal es la expresión atemorizada con que sigue a sus dueños.

Llegados a sus retiros, sus mejores cuidados están dedicados para el animal que traen, al cual comienzan a engordar a base de arroz.

Y durante toda la semana el "palay" abulta las formas del can ante la callada aprobación de los "igorotes". Y cuando el perro ya ha dejado de ser "huesos" y ha tomado carnes y se encuentra, según criterio del cocinero, "bien a punto", lo colocan a fuego lento, lento, con el buche y los intestinos bien cargados de arroz.

Y, bien asado el perro y bien cocido el arroz dentro del cuero bronceado por el fuego, los "igorotes" se comen el can y el arroz que guarda dentro.

No hay motivo de hacer gestos de repugnancia. Los paladares tienen sus caprichos. En el Japón comen como manjar exquisito el pescado crudo o los arenques podridos; en China nos sirven como plato maravilloso huevos negros, que han permanecido cien años bajo tierra, huevos podridos bajo el suelo, y a los cuales un siglo los ha convertido en una espesa masa oscura. Y en el interior de Honk-kong me sirvieron en determinada ocasión murciélagos fritos con arroz.

No hay razón de ascos posibles. A los japoneses les parece abominable que los occidentales comamos las menudencias de los animales, y no les agrada el sabor de nuestras comidas. A los chinos, en ciertas partes budistas sinceros, el matar animales para comer su carne les resulta repulsivo.

Y en Europa echan el maíz a los puercos, mientras en América se le come con fruición y se le acuerda grandes propiedades alimenticias. Tan variado es el paladar de los pueblos, que en Francia prefieren la perdiz *faisandée* a comerla con los sabrosos ingredientes de las famosas perdices de la Venta del Aire, de Toledo.

¡Ah, turistas cursis, que se tapan los ojos ante los taparrabos!...

¡Ah, señores ridículos, a quienes asquea saber que hay gente que come perros!

¿Qué dirían los "igorotes" si supieran que la turista norteamericana no puede acostarse sin colocar su dentadura postiza sobre la mesita de noche y el señor gordo, de traje blanco, su peluquín sobre la silla?...



La terrorífica caverna de las momias, adonde acuden los ancianos que sienten la proximidad de la muerte.

Pero más que ingenuo, este banquete de los "igorotes", comparado con el que suelen practicar, por sobre todas las prohibiciones, los indios de Bontoc, los "ifugaos" y los "kalingas".

Mucho más al Norte, y también a mayores alturas, otras tribus de indios viven en abierta rebelión contra la civilización occidental. No es rebeldía de combates, sino enconado antagonismo de sus costumbres contra las nuevas maneras que quieren imponer los hombres blancos. Ayer fueron misioneros españoles, hoy son educacionistas norteamericanos. Unos en nombre de Dios; otros en nombre de la ley, ambos por la civilización, quieren domesticar a esos



Bien plantado y elástico, el joven guerrero de las montañas tiene siempre listos los ojos y el brazo para colocar su lanza donde debe.

inquietos habitantes de las montañas que aman la guerra, sueñan con caer sobre las tribus vecinas, cortan cabezas, guardan los cráneos y se meten como hormigas, escarbando la tierra y rompiendo la roca, para descubrir el oro.

El rebanarle la cabeza a un adversario es hazaña de varones bien templados; y con sus machetes de doble filo o sus lanzas ponzoñosas, se lanzaban en años no lejanos al deporte de recolectar cráneos. Antropófagos, lo mismo les daba comerse a otro indio que engullirse un perro.

Poco a poco los misioneros españoles fueron anulando esas costumbres, y desde la implantación del régimen norteamericano, con el cual tomó impulso la región montañosa, las autoridades han penado en forma capital los inocentes juegos de los cortacabezas.

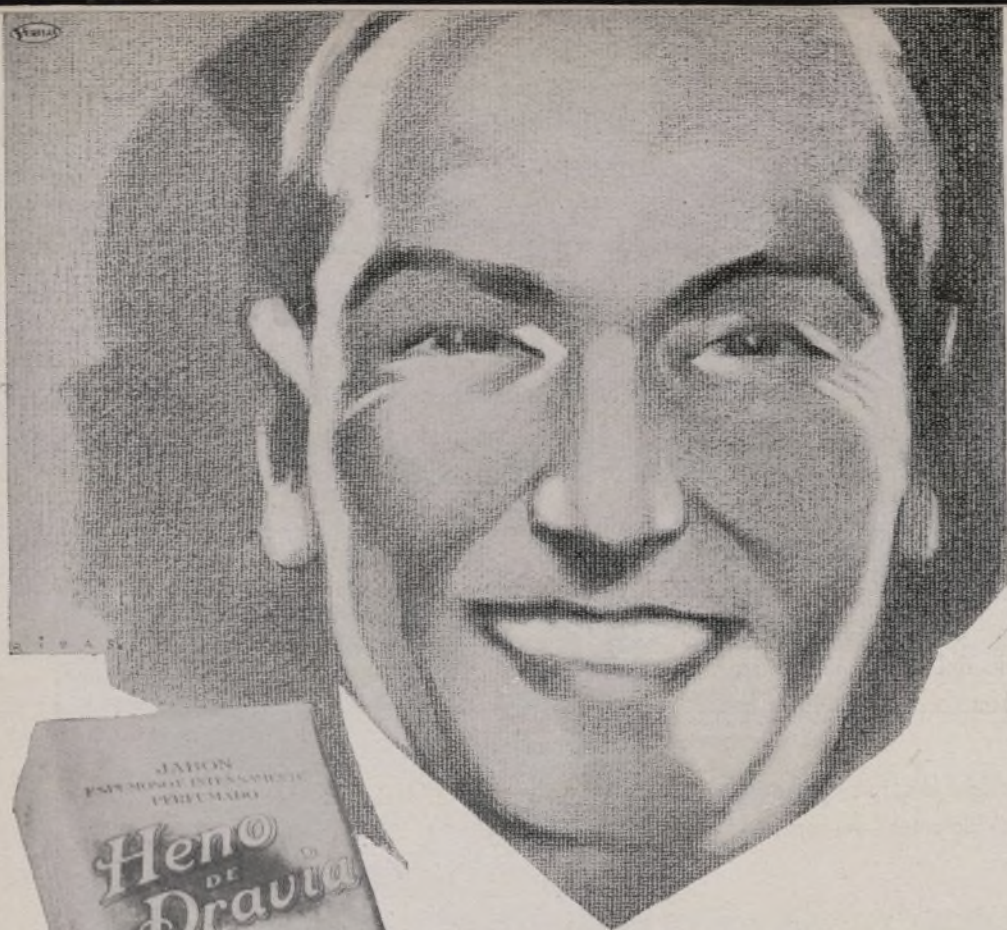
Pero no falta la ocasión, y cuando algún indio de éstos avista entre las montañas a un aborigen de una tribu rival, ni prédicas de misioneros ni leyes de la autoridad le impiden hacerle el flaco servicio de llevarse su cabeza de recuerdo.

Las fotografías de esta nota ilustrará al lector sobre los comedores de perro y los cortadores de cabezas.

Y llamo también la atención del lector que ha seguido la ruta del "ojo viajero" sobre la gruta de las momias. Cuando se sienten viejos y enfermos, estos indios acuden a una caverna a juntar codo con codo, y allí, sin preocupaciones de especie alguna, aguardan, sentados, la muerte.

(1) Fuerza armada.





PASTILLA, 1,30

Un higienista  
recomienda

para el tocador un jabón que no irrite;  
puro, de espuma untuosa; que limpie  
los poros y suavice como éste, expre-  
samente hecho para cutis delicados.

# HENO DE PRAVIA

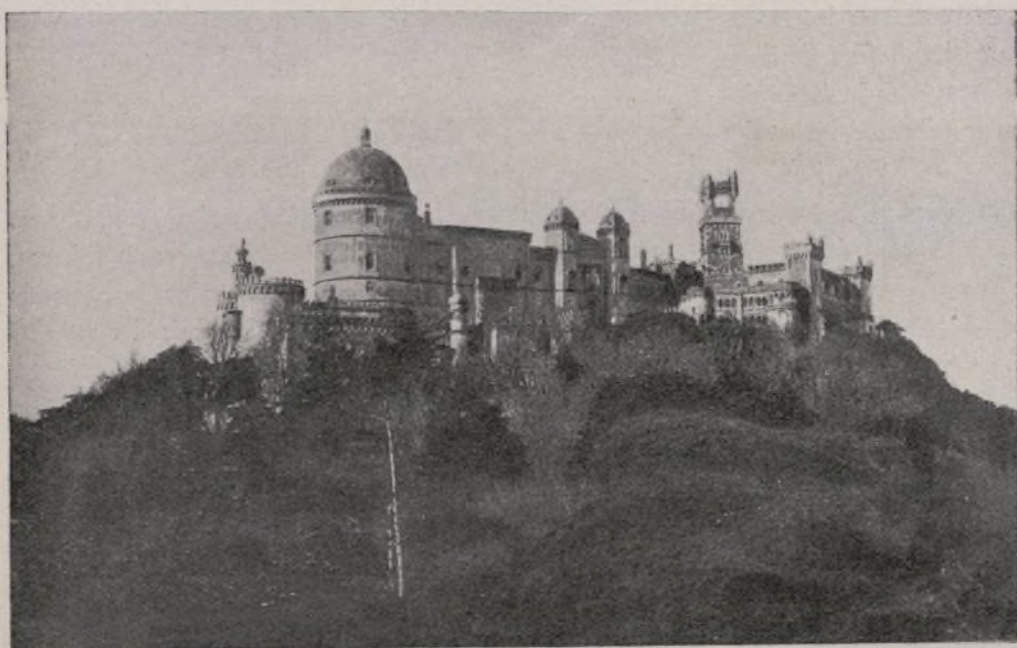
PERFUMERÍA GAL - MADRID - BUENOS AIRES

SI. NO. SI. NO. SI. NO.

## NO BUSQUE MÁS

porque, indiscutiblemente,  
el NUEVO Purgante Yer,  
es el único en el mundo  
que evitará infinitos  
disgustos y contrariedades  
a todas las madres, y mi-  
llones de lágrimas a los  
nenes, ya que su adminis-  
tración, por lo agradable  
que se hace al paladar,  
constituye una verdadera  
golosina.

*Pulido*



## PORTUGAL EN LA SIERRA DE CINTRA

Por Fernando Allúe

*Pela serra de Cintra, onde murmura  
A agoa, sob a verde ramaria...*

Por la sierra de Cintra, llena de agua y de verdura, de agua que canta y rompe en colares vivísimos su cristal, de verdura fresca y silvestre, en que los pinos, los eucaliptos, los limoneros, los castaños, los laureles lanzan sus puntas y erizan de belleza el paisaje, situamos ahora nuestro pensamiento. ¿Y cómo no volver a sentir el encanto único de su hermosura natural y revivir esas estremecidas emociones, repasando los versos de Teixeira de Pascoaes, el gran lírico portugués?

Sitúa el delicadísimo poeta de *As sombras* uno de sus admirables sonetos aquí, en la «serra de Cintra», y canta en él como el ermitaño Juan Bernardes, que vivía en la tierna compañía de una gacela, componía versos y se los decía a las flores, a la gacela, al agua pura, a la bella soledad de la sierra, en fin.

*...E os lía  
A's flôres, a gazella, a agoa pura.*

Y en los ojillos vivos de su única compañera silvestre contemplaba la primera luz de la aurora, que le ordenaba rezar, y, a su vez, el manso animalejo, en los ojos del santo eremita, adivinaba a la estrella vespertina, que obligaba a recogimiento en paz y amor dentro de la gruta.

Es profundamente bello el poema, y tiene ese encanto risueño y jugoso de la visión directa, de la frescura natural del escenario.

Para el visitante de Portugal, el dulce y poco conocido pueblo hermano, Cintra es el punto más admirable y el que luego, en el sueño venturoso del recuerdo, deja más honda huella.

Abandonado el ferrocarril que desde el túnel del Rocio lleva a los pies mismos de la villa, la carretera se abraza a las colinas umbrosas y marca curvas cerradísimas; el arbolado ensombrece el aire y le pone una palpación de misterio; agudos promontorios se levantan al espacio, y, sobre uno de ellos, allá arriba, el «Palacio da Pena»—cumbre suprema del paisaje—alegra con sus colores gayos los verdes y morados perennes. Porque entre verdes y morados del bosque, bajo el esmalte del cielo, sube el camino. El viento azo-

ta, indomable, en lo alto, y el automóvil, por la empinada y estrechísima ruta, parece trepar inverosimilmente.

Palacio da Pena: punto central del paisaje. Castillo señero en la aguda cresta. Adentro, entre sus muros, guardados por la dentadura de sus almenas, por la negrura de sus fosos, duermen recuerdos de la vieja monarquía portuguesa, lejanos cachivaches históricos, cuyo valor nos emociona con el cosquilleo curioso de lo reciente y casi vivido en un sueño infantil de cuento pasado. Retratos, muebles, alhajas, conservan todavía esa huella melancólica de un mundo apenas ido que vacila entre la Vida y la Historia.

Pero es afuera, lejos de las piedras y los muros, olvidados los azulejos que dan carácter a las paredes, proscritos los torreones y capulillas, apagado el rescoldo de las trágicas anécdotas reales, afuera es, ciertamente, adonde llama el latido vivo de la emoción y la fuerte belleza.

Abajo y lejos se abre en redondo el abanico del panorama como un gran mapa palpitante y encendido en colores. Es el mar a ambos lados, el estuario del Tajo, la vieja Lisboa durmiendo tendida a su orilla. Es el bosque siempre fresco, desparramada su arboleda hasta el sinfín del horizonte. Es el sueño gozoso de las «quintas» de recreo y lujo de los magnates portugueses: la de Monserrate, la de Pena Verde. Es el antiguo palacio real, el de allá abajo, perdido en la hondura del pueblo, con el humo cónico de sus dos torres características. Es el mar de nuevo, todo estañado de azules insospechados, bajo el otro azul, también insospechado, del cielo. Y es de nuevo—en retorno a nosotros mismos—este bello y agreste Palacio da Pena, que nos sustenta y nos sirve de mirador, aguda atalaya del frondoso bosque, al que volvemos la vista y el afán.

Nos alejamos de sus cúpulas y sus torres, destejendo lo andado, mientras se empequeñece el perfil al descenso, quedándose sus muros, soberbios, en soledad altiva, allá arriba, posados en un nido gigantesco de eucaliptos y castaños, de laureles y pinos.

Otra vez, al retorno, nos asaltan los versos de Teixeira—espuma de lirismo y sueño—, con su fray Juan, el ermitaño, y la tierna gacela. En la hora del crepúsculo, la pobre alimafia adivinará en los ojos del varón la estrella vespertina que habla de paz y recogimiento.

*Pela serra de Cintra, onde murmura  
A agoa, sob a verde ramaria...*

Ayuntamiento de Madrid



# UNA VISITA A DON FRANCISCO SILVELA



T E X T O Y D I B U J O D E S A N C H A

Se aproximaba el 1900. Estábamos conviviendo con la generación del 98, ¡sin darnos cuenta, con tanto como había de hablarme después de esa generación! Ahora que me pasó como en el cuento de Sacha Guitry: que van a visitar a una centenaria de un pueblo unos periodistas y le preguntan:

—Se acordará usted de la guerra del 70?

—No, no, señor.

—¿Recordará usted entonces la derrota de Napoleón en Waterloo?

—No, no, señor.

—¿Pero se acordará usted de Gambetta?

—No, no, señor... Verá usted: lo que me ha pasado es que, como yo no sabía que iba a ser centenaria, pues no me fijé en esas cosas para contárselas a ustedes más tarde.

Todo era desilusión y desesperanza en el 98. Recuerdo haber oído al editor Contreras, diciéndole a Pío Baroja, que al tiempo era dueño de una tahona, en la librería de Fe, en la Carrera de San Jerónimo:

—¿Déjese usted de novelas! No escriba usted; dedíquese a hacer buen pan, y nada más.

Esto de que los Baroja tuviesen panadería era la envidia de todo el mundo. «Por lo menos no le faltará nunca el pan», se pensaba.

Se perdían las horas del día divinamente. En un piso bajo que tenía Contreras cerca de «El Imparcial», que no tenía muebles, entre una reja y una puerta se ataba un cordel y, Benavente, dando la mano a un amigo, hacía equilibrios en la cuerda floja.

Cleo de Merode era el tipo de mujer representativo de la época, y en Madrid tenía sus imitadoras. La hermana de un dibujante catalán que vivía en Madrid se paseaba por la calle de Alcalá con trajes de terciopelo negro de cola y peinada con los bandos clásicos de la amante del rey Leopoldo de Bélgica.

Poetas glaucos, como entonces se decía, y decadentes, escribían libros de homosexualismo. Recuerdo uno de ellos muy celebrado, que terminaba diciendo: «Decidíos, ¡oh indecisos!»

Los versos de Cirano de Bergerac se sabían en Madrid de memoria. Leal da Cámara y yo andábamos trampeando la vida malamente y decidimos marcharnos a París, acordando organizar el viaje cada uno por su lado y por nuestra cuenta, y en busca de trabajo nos presentamos una noche en la redacción de «El Liberal». Nos recibió enseguida su director, D. Miguel Moya. No se hacían antesalas ni nadie se daba categoría.

Entramos en la redacción, y en una mesa muy larga trabajaban juntos todos los redactores. Recuerdo entre muchos a Alfredo Vicenti, Arimón, Pepe Loma, Enrique Rivas, Antonio Viérgol, «El sastre del Campillo», Antonio Palomero, «Palomerín», como le llamaba todo el mundo, porque era muy pequeñito, y al vernos entrar a los dos con las carpetas, que no dejábamos nunca, dijo, presentándonos:

«Son los cadetes de la Gascuña, que a Carboncillo tienen por capitán.»

El Cirano salía a cada paso.

Don Miguel Moya, con su gran barba y su bigote mayor aún, y con aquella bondad paternal que era su característica, nos hizo acercarnos a él. Trabajaba D. Miguel en una especie de hornacina frente a la mesa de redacción, donde sólo cabía su mesa de despacho, y decoraban la entrada de aquel recinto adornos de madera y metal «art nouveau», creados por el pintor húngaro Muchá, que inundó el mundo con aquellas señoras de pelos en telaraña y llenos de crisantemos, y aquella arquitectura que siguió, de la que nos legó en Madrid un monumento en la casa construida por la familia Longoria. (De todo este arte he de decir, entre paréntesis, y de ahí el por tantos motivos mi admiración a ese país, no entró nada en Inglaterra.)

Don Miguel Moya nos hizo pasar a su hornacina y estaba encantado de nuestra juventud, deseosa de hacer algo, y desde aquel mismo momento quedamos como redactores caricaturistas de «El Liberal».

Salimos a la calle a las dos de la mañana, y en aquella misma hora quería Leal da Cámara que nos encargásemos tarjetas de visita en que constase nuestro nuevo cargo.

Al día siguiente quedamos citados para ir a una imprenta, y nos encargamos un ciento de tarjetas cada uno. Las tarjetas eran grandes, hermosas:

Leal da Cámara

Caricaturista de EL LIBERAL

Sancha

Caricaturista de EL LIBERAL

Y ya creíamos tener todo resuelto empezando a repartir tarjetas a todo el mundo. Fué para nosotros el estar en posesión de estas tarjetas como un salvoconducto del cual todo lo esperábamos.

He de decir que yo estaba también «disfrutando» una pensión de la Diputación de Málaga, que había de durar un mes.

riodo de siete años. Concedida a mí por esta entidad a la muerte de mi padre para que estudiase la carrera que me viniera en gana: mas habían transcurrido ya cuatro años de la fecha de la concesión y no había cobrado ni un céntimo.

Don Francisco Silvela era presidente del Consejo de ministros y ministro de Estado de la Regencia. Yo recordaba que había sido amigo de mi padre, que estaba casado con una malagueña perteneciente a una familia en la que todos habían dedicado la vida en favor de la humanidad. D. Francisco Silvela, todo el mundo lo decía, a más de su gran talento, era cordial y buenísima persona. Una idea genial tuve un día muy de mañana; pensé en mis tarjetas, en el objeto para que fueron creadas, y me fuí a visitar al señor presidente del Consejo de ministros.

Estaba entonces la Presidencia en uno de los pisos bajos de Palacio: me dirigí al portero de tanda, tarjeta en mano, y le pedí que me anunciara.

—¿D. Francisco Silvela?

—Siga usted aquel pasillo. ¿Ve aquella puerta abierta? Pues allí está él.

Me había quedado con la tarjeta en la mano, y pudiendo ver al presidente tan llanamente no era cosa de pasarle mi tarjeta yo mismo, y me la guardé.

Estaba D. Francisco solo, escribiendo en su mesa de despacho:

—¡Adelante! Pase usted. ¿Qué deseaba?

—D. Francisco, yo soy un dibujante de «El Liberal» que deseaba hacer un apunte de usted.

—¿Tarda usted mucho?, porque me está esperando la Reina.

—No, señor; lo hago muy pronto.

—Un poco más hacia mí, D. Francisco; así, muy bien...—y entre trazo y trazo me bullía a mí por dentro lo que llevaba entre ceja y ceja.

—D. Francisco, ¿usted conoce a mi familia, verdad?

—Sí, sí; conocí a su padre...

—Pues verá usted...—yo seguía dibujando para retenerle—. Yo... tengo una pensión de la Diputación de Málaga, pero desde que me la concedieron, hace años, no me han pagado nada... ¿Podría usted influir para que me pagasen parte de ella, porque me quiero marchar a París?

Ya había dicho todo, y aunque no lo consiguiera, un descanso sedante de apoderó de mí.

Don Francisco sonrió y me dijo:

—De la Diputación de Málaga es imposible conseguir eso: ¿pero que necesitaría usted para marchar a París?

—Mil pesetas, D. Francisco—tuve que sentarme con pretexto de arreglar el dibujo, porque me desmayaba. Mi arrojo, la cifra, enorme en aquella época, todas esas cosas, daban vueltas en mi cerebro y no podía más esperando la impresión que le haría.

—Bueno, mire usted—me dijo—, yo ya tengo que marcharme porque tengo Consejo, pero déjeme usted su dirección y yo le contestaré.

Me despedí y salí triunfante; no esperaba nada, pero había visto al presidente del Consejo, le había hablado con desenvoltura y no había dejado de decir nada de lo que quería; sino pasaba nada, no era mi culpa, y salí de Palacio mirando a porteros y policías como a gente de casa.

Aquella noche salí con Leal da Cámara, no le dije ni palabra del paso que había dado, pero algo debió notarme a mí cuando no hacía más que mirar y decirme:

—A ti te pasa algo, te encuentro raro.

Yo varié la conversación, pues no quería que me llamase ingenuo, como me decía siempre que me forjaba ilusiones, pues perder la ilusión de la fabulosa cifra solicitada hubiese sido espantoso; prefería conservar la fe, y guardé el secreto.

A mí siempre me ha producido sorpresa y emoción el recibir contestación a una carta. Después del trabajo de escribir una la suya, siempre he pensado que no había nada que esperar, y así pensaba de mi visita, pero no fué así.

Un día, al llegar a casa, la patrona de la casa de huéspedes donde vivía, con gran emoción, me entregó una carta:

—Ha venido un portero de la Presidencia del Consejo de ministros y ha traído una carta para usted.

El membrete del sobre lo decía bien claro: «Presidencia del Consejo de ministros.»

Mi primera impresión fué no abrirla, pero me decidí. La carta decía así:

«El Excmo. Sr. Presidente del Consejo de ministros me ordena que avise a usted para que tenga la bondad de pasarse por esta Presidencia lo antes posible, de tal a tal hora.

De usted, etc., *Secretaría de la Presidencia.*»

Al día siguiente, con toda puntualidad, estaba en la Presidencia, y el portero, que ya esperaba mi visita, me hizo pasar a un nuevo departamento. No hubo necesidad de grandes requisitos: poner mi firma en un recibo y cobrar mil pesetas en un solo billete... Yo no lo creía verdad, y al contemplarlo, me parecía un billete de anuncio. Aquel día no pude ver a D. Francisco Silvela en la Presidencia, pero le vi en su casa, y no supe tener palabras bastante expresivas para demostrar mi agradecimiento.

Mi salida del Ministerio con aquella fortuna no sabría describirla. Me encaminé al café Suizo, en donde debía algunas consumiciones, amén de unas pesetas a un camarero amigo:

—¿Qué le debo yo a usted, Pepe?

—No se preocupe usted, D. Francisco, no corre prisa.

—Es que necesito cambiar, Pepe...

La sorpresa fué indescriptible al contemplar en mi poder un billete de mil pesetas, y ya no pude más, destapé todo mi secreto. La idea de mi viaje a París, el origen del dinero... ¡Todo!

—Pues que sea para bien y para muchos años—dijo Pepe.

Se debía referir a mi viaje, porque respecto al billete, lo de durar muchos años era pura quimera.



# Cuando el viejo Samuel se rapó las barbas

Por MANUEL IRIBARREN

Apoyado el carrillo en la manaza gordiflona, Samuel Martínez quedó suspenso de un hilo de telaraña invisible ante las páginas optimistas del libro Mayor, tatuadas con la huella grasienta de sus dedazos. Sus ojos, hueros de imágenes, se fijaron en la techumbre resquebrajada con un fulgor lechoso e impreciso. En un momento sentía abrirse ante sí todo el vacío de su existencia. Frisaba en los linderos de la vejez; sus años póstumos estaban asegurados de toda contingencia económica: era rico, muy rico. Pero... La soledad, que constituyó hasta entonces su propio elemento, comenzaba a fastidiarle, y aquel fastidio entrañaba serios disgustos de índole moral y material. Todo cuanto le rodeaba se le antojaba hostil. La misma lealtad de Ruperta, que le servía desde hacía treinta años con estúpida mansedumbre, le parecía sospechosa, pues tras ella adivinaba el hipócrita deseo de heredarle. La fealdad de aquella pobre mujer, en la que apenas si había reparado durante tanto tiempo, últimamente le repugnaba. Sus ojos heridos, sus greñas, indómitas y sucias; la mugre de sus faldas y hasta aquella actitud perruna que todo lo acogía con humildad, le eran insoportables y excitaban en él frecuentes gruñidos.

En aquella habitación irregular y maloliente había transcurrido lo mejor de su vida. ¿Y qué fué lo mejor de su vida? Una laboriosidad constante, una ambición sin límites, pocos escrúpulos... Al hacer el balance de sus actos, Samuel Martínez sentía su conciencia apolillada. Los años afanosos se presentaban repentinamente en su imaginación con la angustia del tiempo perdido en forcejeos estériles. Si él se hubiese casado en su juventud con una mujer hacendosa y bonita—¿por qué no?—, a estas horas tendría un hijo mozo que justificaría sus desvelos, o una hija agraciada en estado de merecer. Bien pudo suceder que el hijo le saliese un muchacho inteligente y estudioso. ¡Con qué emoción hubiese alentado él sus proyectos! ¿Y si en vez de hijo hubiese sido hija? Una criatura deliciosa y alegre como un cascabel... Los labios gruesos de Samuel Martínez bosquejaron una sonrisa. Su corazón se había enternecido. Hacía muchos años que no experimentaba semejantes sensaciones. Pero, de súbito, torció el gesto. ¿Y si en lugar de un hijo o una hija hubiese tenido que soportar el despotismo y la algazara de una docena de bigardos, que le habrían comido hasta los codos? No. Los hijos producen más disgustos que satisfacciones. Lo estaba viendo todos los días. Era preferible escarmentar en cabeza ajena. Sin embargo, no conseguía llenar el vacío de su vida. Aquella habitación, con sus muebles vetustos y empolvados, era como el resumen de ella. El pupitre, de caoba flonde tantos y tantos números había emboronado con codicioso afán. El viejo quinqué, cuya luz mortecina alumbró sus reladas, no exentas de sobresaltos, hasta que, un poco remolón con el progreso, se decidió a instalar la luz eléctrica. Los butacones, ya derrengados; el entredós con sus jarrones de flores de tela, encerrados en fanales de cristal...

De pronto, Samuel Martínez advirtió que el empapelado de las paredes estaba roto en algunos trechos; que la alfombra y el tapizado de las butacas habían perdido por completo el color; que el techo, desconchado, rezumaba. Aquellas manchas oscuras de humedad tenían por causa indudable alguna gotera. Habría que avisar al albañil.

Todos los rincones de la casa guardaban para él recuerdos familiares, no siempre gratos. Su pobre madre se pasó meses enteros en la cama. En aquella buhardilla murió, una noche de enero, cuya sola evocación le hacía tiritar. Si ella viviese ahora, vería con júbilo que la casa le pertenecía. Samuel la compró principalmente por complacer al espíritu de su madre, que se pasó la vida soñando en tener casa propia, y porque nadie profanase su recuerdo, impreso y latente allí

Samuel Martínez no ignoraba que en la pequeña ciudad no tenía simpatías. Le habían puesto fama de avaro, no sin fundamento, y algunas comadres, valedoras de la moral, achacábanle la explotación de dos casas de lenocinio. Esto, a decir verdad, no le preocupaba. Lo que sí le remordía la conciencia era la partida serrana que le jugó a Mariano López, su mejor amigo. Aquella mala acción, como él mismo la calificaba sin atenuantes, fué el cimiento de su fortuna. En el transcurso de los años, lejos de borrarse de la memoria, su

DIBUJOS  
DE  
GUTXI



La soledad, que constituyó hasta entonces su propio elemento, comenzaba a fastidiarle.

granujada iba aumentando de volumen, y causábale escozores en el corazón. Engañábase a sí mismo con la esperanza, siempre remota, de una posible restitución.

Allá en sus años mozos Samuel Martínez empezó por ser amanuense de un notario bastante cicatero. Meses después con lo poco que ganaba y los pequeños ahorros que le dejaron sus padres, emprendió algunos negocios de baja estofa—un baile público en un local cerrado, un tabernucho en el barrio de la Estación—, en los que bien pronto obtuvo un éxito insospechado. Algún tiempo más tarde, Mariano López, que admiraba sus cualidades emprendedoras y que disponía de cierto capital, le propuso establecer juntos una pequeña fábrica de azúcar de remolacha, y conjuntamente, si las cosas se presentaban bien, una destilería de alcohol. Samuel aceptó sin vacilaciones, lo cual no era habitual en él, que nada tenía de expeditivo cuando de asuntos con el prójimo se trataba. El se encargaría de la parte administrativa y Mariano correría con la parte técnica. Desde el primer instante Samuel adivinó que el asunto prometía pingües beneficios. Así se lo expuso a su amigo y consocio, quien, teniendo una prole bastante numerosa y siendo de suyo mal administrador, comenzó a gastar sin freno, alentado por el propio Samuel, que al punto previó y acarició las derivaciones de su estratagema. En efecto, el negocio comenzó bajo los mejores auspicios, aunque Samuel, taimadamente, se cuidaba de retener y traspapelar algunas cartas—pedidos importantes—. Este hablaba de ganancias fabulosas, y su amigo, excesivamente confiado, sin cuidarse de examinar los libros, seguía dilapidando grandes sumas, mientras Samuel procuraba, celoso, no retirar ni una peseta de los intereses que le correspondían. Hasta que, al cabo de cuatro años, cuando nuestro hombre creyó colmadas las cifras de su haber, provocó un altercado violento, exigió la liquidación de la sociedad y se encontró con que todo le pertenecía. El pobre Mariano, de la noche a la mañana, se vió en la calle, sin un céntimo y con el crédito perdido. En un principio, pensó en suicidarse; pero como su mujer le descubriera la páfida maniobra de su consocio, optó por la venganza. Sí, se vengaría de un modo ejemplar. Claro que las súplicas de la esposa le disuadieron, y un día, él y su

prole, desaparecieron de la ciudad para siempre. Samuel nada había vuelto a saber de ellos.

En esto, el roce de unas zapatillas en la tarima le sacó de sus meditaciones. Samuel levantó la cabeza y vió dibujarse ante sí la figura titubeante y estafalaria de la sirvienta. Ruperta, como un garabato, lucía sus greñas hirsutas con expresión sufrida.

—Señor—murmuró la sirvienta, sin rebasar el umbral—, voy un momento a la carnicería. Si piensa usted salir, lleve paraguas. Está lloviendo.

—¿Crees que no tengo oídos?—rezongó Samuel.

En efecto, muy próxima se oía la música de los canalones y el repiqueteo de la lluvia en los cristales.

—Parece mentira—añadió Samuel, irónico, reteniendo con su voz a la sirvienta, que se disponía a marcharse—. A pesar de tus años, no has aprendido todavía a peinarte. Juraría que lo haces con algún peine sin púas.

Y Samuel se rió con estrépito, confundiendo la docilidad de Ruperta, que se esfumó en la negrura del pasillo, más rápidamente que de costumbre.

Al mismo tiempo separaba el sillón del pupitre, arrastrándolo, y se ponía en pie con trabajoso desdoblamiento de riñones. Casi se les oyó crujir.

Samuel Martínez era un hombre grueso, linfático. Llevaba los pantalones con arrugas de acordeón, y sus chaquetas, salpicadas de grasa, tenían unos bolsillos enormes, sin fondo, llenos de papeles sucios. Sus ojos estaban apagados; los párpados, en forma de bolsa, acusaban un temperamento albuminoso. Nada tan descomunal como sus orejas, de grandes lóbulos colgantes. También sus carrillos, flácidos, eran grandes, cubiertos de una barba rala, ni negra, ni blanca, ni amarilla. Aquella barba pringosa era indudable que le envejecía. Samuel se convenció de ello al contemplarse en el espejo empañado, cosa inusitada en él, que nunca se preocupó de su persona. ¿Y si la rapase? Precisamente aquel día era sábado, y también el pelo lo tenía bastante crecido. Iría a la barbería.



Ya se disponía a salir, con el paraguas bajo el brazo, cuando el estruendo de un motor de gasolina le paralizó. Sí, era el maldito camión que ocupaba uno de los locales bajos de su casa, ¡su mayor enemigo! Le tenía declarada una guerra sorda, pero a muerte. Aquel monstruo de ruedas de goma maciza, aquel U. S. A. horripalante, que hacía retremblar todos los cristales, solía despertarle a media noche o de madrugada la mayor parte de los días, y el estrépito de sus explosiones y el ruido escandaloso de su afónica bocina le producían una inquietud insuperable. Lo malo es que no lo podía desahuciar. Las leyes de inquilinato se habían puesto imposibles para los dueños.

♦:

Samuel Martínez se encaminó a la barbería resguardándose de la lluvia primaveral que enfriaba el ambiente. En la torre de la iglesia de San Agustín dieron las ocho. Como víspera de fiesta, la barbería no se cerraba hasta la hora de cenar.

Samuel penetró en el establecimiento, que se encontraba bastante concurrido, y se dispuso a aguardar su vez hojeando la Prensa. La barbería es lugar de tertulia muy español, donde se habla y se discute de todo lo humano y lo divino. Samuel, que era muy suspicaz, aunque fingía leer, escuchaba con el oído atento. En el momento de entrar no le pasaron desapercibidas ciertas tosecitas mal intencionadas con que se acogió su presencia. Pero esto a él le importaba un ardite.

Mientras le llegaba su turno, Samuel pudo advertir que uno de los oficiales le era desconocido. Parecía atento con los parroquianos, y su persona, agradable y joven, no estaba desprovista de cierta distinción. Samuel le miraba con curiosidad, cuando vio que uno de los clientes que acababa de entrar en el establecimiento se dirigía al nuevo oficial y le saludaba en términos cordiales:

—¡Hola, López! ¿Cómo te va? Ayer mismo supe que estabas aquí. No te hubiese reconocido. Eras tú pequeño cuando os fuisteis.

La atención de Samuel Martínez quedó prendida en aquellas frases vagas, que, no obstante su vaguedad, le estremecieron de los pies a la cabeza. López se llamaba su expoliado

amigo. Claro que hay muchos López en el mundo. Pero coincidía que entre la numerosa prole de su ex consocio dos o tres mozalbetes tendrían ahora aproximadamente la edad del oficial. Samuel recordaba a la perfección las facciones del primogénito, y hasta recordaba, con propia extrañeza, su nombre de pila: se llamaba Alfonso.

En esto, la voz del cliente, que se dirigía de nuevo al oficial, le penetró en los oídos como una saeta de fuego.

—Oye, Alfonso—el oficial volvió la cabeza—, tu padre murió, ¿no?

—Hace ya seis años.

—¿Qué, ¿se acordaba mucho de estos viejos lugares?

—Le dolía acordarse. Ya sabes que aquí no tuvo suerte. Le fué muy mal en sus negocios...

Samuel sintió un escalofrío medular que puso un temblor convulso en sus labios. Eran ya demasiadas coincidencias. Miró con el rabllo del ojo y, no sin espanto, creyó descubrir en la fisonomía del oficial los mismos rasgos del difunto Mariano López. El desdichado había muerto ya, según acababa de oír... No cabía duda, aquel joven era su hijo. Seguramente que él no ignoraría las causas del fracaso económico de su padre. Acaso había venido a la ciudad sólo con el propósito de vengarle. ¡Ay de Samuel Martínez! Por un momento el viejo avaro pensó en escabullirse de la barbería; se disponía a ello, cuando le sorprendió el ademán cortés del nuevo oficial:

—Pase usted, señor.

Samuel descubrió en su sonrisa una intención aviesa que le dió miedo. Pero no tuvo valor para resistir, y con paso vacilante se dirigió al sillón que le esperaba, irónico, abiertos los brazos, con el macabro perfil del sillón de las ejecuciones. Fatalmente, moriría degollado.

—¿Qué va a ser?—inquirió el oficial, siempre atento.

—La barba..., ¡rapar la barba!—respondió Samuel, tartamudeando, a tiempo que se acariciaba la mejilla con mano temblorosa.

El oficial comenzó los preparativos. Samuel no le quitaba ojo. Al verle enarbolarse las tijeras, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, pero se dejó hacer. Las tijeras, manejadas con maestría y alarde propios del oficio, en poco tiempo redujeron su barba incolora a la mínima expresión. Ahora em-

## RESTAURANT AMAYA

SERVIDO POR COCINERAS Y CAMARERAS

VASCAS Ptas. 6

CUBIERTO SELECTO:

AMAYA

C. S. Jerónimo, 7 y 9  
Teléfono 13617

TRIUMPH

Las insuperables máquinas de escribir "Triumph" y coser "Wertheim", de fama mundial, a nuevos precios. Cintas "ROS". Reparaciones, piezas de recambio y alquiler de todas las marcas.

CONTADO -:- PLAZOS

CASA HERNANDO

Avenida Peñalver, 3 MADRID Teléfono 16057

## FRUTAS ARGENTINAS

PERAS DE AGUA, MELOCOTONES Y CIRUELAS — ESPÁRRAGOS DE ARANJUEZ

MUNOZ

BARQUILLO, 20 TELÉFONO 10506

pezaría lo terrible. Mientras la brocha le jabonaba la cara, su respiración, gradualmente, se hizo fatigosa. Con indescriptible angustia le vió suavizar la reluciente navaja, que no tardaría en seccionarle el cuello. El momento culminante se aproximaba. Aunque pensó sujetar la muñeca del oficial, el temor paralizó sus movimientos. Inmovilizado así, era ya una víctima propiciatoria al sacrificio. La tragedia era inminente... Pero en el instante fatal, la navaja resbaló con suavidad por su mejilla. Del pecho de Samuel se escapó un suspiro involuntario. Sin embargo, el peligro persistía. Al afeitarse el cuello, Samuel creyó que la navaja, fría y vengadora, iba a penetrar en su piel y cortarle la yugular. Pero también aquella amenaza pasó.

Al cabo de algunos minutos, que fueron una eternidad de angustias y sudores, Samuel se vió afeitado ante el espejo. No consintió en una segunda pasada, y se levantó del sillón con presteza, casi de un salto. De buena se escapaba si salía. En el espejo no se había reconocido. Fué una mala ocurrencia raparse las barbas, que, aparte su antigüedad venerable, le daban carácter y autoridad. ¿Qué diría Ruperta? Samuel ya no era Samuel. Pero estas preocupaciones le duraron poco, y abandonó la barbería sin despedirse, pálido, desencajado, ante el asombro del nuevo oficial, que vió relucir en su mano una peseta de propina.

Samuel salió a la calle como un fugitivo, sin reparar en nadie ni en nada. A cada paso se acariciaba la mejilla con visible contrariedad. Había cesado de llover.

En su indescriptible alborozo por haber salvado la vida, Samuel Martínez experimentaba un no sé qué impreciso que le producía hondo desencanto. Fué mala ocurrencia raparse las barbas. ¿Qué dirían los inquilinos cuando le viesan?

En estos pensamientos, confuso, atolondrado, se dispuso a cruzar la calle. Hombre prudente, en aquella ocasión no se cuidó de tomar precauciones y continuó su marcha apresurada. Dos pupilas enormes y un ruido formidable, inconfundible, le sacaron de su abstracción. Era el maldito U. S. A. Samuel se encontraba en medio de la calle. El camión se le venía encima. ¿Le daría tiempo para pasar? La voz ronca y ordenancista de la bocina apremiaba. Samuel vaciló, quiso retroceder; pero su falsa maniobra desconcertó la pericia del chofer y en un segundo fué atropellado. Las ruedas delanteras destrozaron el cuerpo de Samuel Martínez, y en el lugar del pavimento hicieron vino de sangre.

A tiempo de ocurrir la desgracia, el faro izquierdo del camión esbozó un guiño, que fué para la pequeña ciudad como una contrasena vindicativa.



Salió a la calle como un fugitivo, sin reparar en nadie ni en nada.

Ayuntamiento de Madrid





La recolección del azafrán, tal como se la ve en la película de D. Gonzalo Menéndez Pidal.

El cinematógrafo, hijo de Europa, se escapó de la casa paterna en cuanto pudo andar solo, y quiso—producto, al fin y al cabo, del siglo XX—educarse en los Estados Unidos. De allí nos ha enviado lo peor y también lo mejor de todo lo que hemos visto en la pantalla.

Pero puntualizado esto, es preciso afirmar que ha vuelto a nosotros—nuevo hijo pródigo—en un estado lamentable. El cine yanqui tiene hoy día sobre sus hombros la ingente responsabilidad de haber desvirtuado el sentido genuino del cine—ma con la introducción del teatro en los estudios cinematográficos. Y esto, que al principio fué sólo un resabio que se traducía en la producción de films teatralizados, hoy día, con el cine sonoro, ha alcanzado proporciones tan insospechadas, que es difícil ver películas americanas—y las europeas, por inercia—que no sean teatro filmado. Esto es aterrador, porque el cine ha tomado vía muerta. Se han olvidado de la imagen, es decir, del cine, y sólo recuerdan el texto, es decir, el teatro. Y así como en las malas películas del cine mudo salíamos cansados de leer, hoy abandonamos las salas de proyección hartos de escuchar retórica trasnochada. Es evidente que no van quedando más directores estrictamente cinematográficos que los autores de las películas de dibujos animados. De ellos, en este sentido, hay mucho que aprender.

Resultado de esto es que en el cine, formado no por un solo cuerpo, sino, como hermanas siamesas, por una dualidad, arte y ciencia, mientras ésta crece vigorosamente y nos anuncia ya—cine en colores, cine en relieve—nuevos avances formidables, el arte va quedando canijo y tan a retaguardia, que reclama con urgencia aceite de hígado de bacalao.

El cine, pues, desde el punto de vista artístico, lleva varios años estacionado. No queremos explicarnos esta paralización con la conclusión tristísima de que el cinematógrafo es un instrumento tan prodigioso que rebasa las posibilidades humanas. Es decir, que el hombre no sabe todavía utilizar un instrumento que él mismo ha inventado.

Me falta materialmente tiempo para analizar aquí las tendencias actuales del cine. Veamos solamente una de ellas, la más interesante quizá y, desde luego, la más apropiada para el lugar en que estamos.

Es inútil pretender demostrar la eficacia inmensa del cine en la enseñanza. Y es inútil, porque sobra toda propaganda. Que el cine tiene un valor educativo insuperable es una verdad axiomática: se demuestra por sí misma. Constituye, por ello, una de las preocupaciones de los Estados de todos los países cultos. Voy a leerlos unos datos—muy pocos—facilitados por el Instituto Internacional de Cinematografía educativa de la Sociedad de las Naciones. El Gobierno austriaco ha creado el Instituto de Cultura Cinematográfica. En Polonia se introduce el cine en todas las escuelas. El ministro de Instrucción pública de Hungría crea la Comisión del Control Cineducativo; en Alemania, el cine es declarado medio auxiliar de enseñanza en las sesenta mil escuelas del Reich; los Estados Unidos fundan el American Film Institute, con la misión social de controlar las películas de enseñanza; hasta en China, la Universidad de Nankín ha iniciado una obra activa de propaganda para difundir por el país films industriales y educativos, mudos y sonoros. En Rusia funciona, en Moscú, desde hace seis años, la Universidad del Cinema. La escolaridad es de cuatro años, especializándose los alumnos.

## ACTUALIDAD DEL CINEMA FRAGMENTO DE UNA CONFERENCIA

POR

GREGORIO MARAÑÓN MOYA

según sus preferencias: operadores, directores, actores, etcétera. En esta Universidad, única en el mundo, y a la que pertenece Einsestein, existen, además, espléndidos laboratorios de investigaciones experimentales. Pero el Estado que sin duda alguna más se ha preocupado del cinematógrafo es el italiano. Ha creado una subsecretaría del cine, que es la primera organización mundial del cinema educativo. Hace poco, Mussolini ha asignado en los nuevos presupuestos la cantidad de diez millones de liras anuales con destino a la enseñanza y a las industrias cinematográficas. Y en estos días Roma festeja solemnemente, con Luis Lumière como huésped de honor, los cuarenta años del cine.

Nuestro ministerio de Instrucción pública permanece filosóficamente ajeno a este magnífico movimiento internacional. Sólo un hombre inteligente—D. Fernando de los Ríos—que, como es lógico, fué en el ministerio un ministro inteligente, creó las Misiones Pedagógicas, que se desparramaron, equi-



Deshojando la rosa del azafrán, esta auténtica campesina es un elemento documental más en el film del Sr. Menéndez Pidal.

pos de cine a cuestras, por las aldeas de España. Luego, el ministerio ha cerrado de nuevo sus poros a la realidad nacional.

La película de Gonzalo Menéndez-Pidal *Reportaje breve de España* es una de las primeras que ha realizado, y es, por lo tanto, una de las menos perfectas. La he traído aquí, sin embargo, porque puede presentarse ante cualquiera como ejemplo de lo que debe ser un documental.

Ya vimos, al hacer la historia del cine, cómo éste inicia sus primeros pasos realizando documentales. Hoy, después de cuarenta años, es el documental una de las pocas esperanzas de salvación que aún le quedan al cinematógrafo.

El estilo de Menéndez-Pidal es la sencillez, la facilidad, y



También se asoma a la cámara este espartero castellano, que no siente la menor sorpresa, porque el castellano ya no se asombra de nada.

por eso, su película, como la fábula, se explica por sí misma y sobran los letreros. En brevísimos minutos desfilan ante nuestros ojos, con una extraordinaria potencia plástica, una serie caprichosa de escenas, cada una de las cuales puede simbolizar a nuestra patria: los campos de Soria, la pastora de León, un monje afanado sobre su manuscrito tras de los gruesos paredones del convento austero, la Guardia civil, la romería y la trilla, los molinos de la Mancha, cuyas aspas nostálgicas se han parado de tanto añorar inútilmente al *Quijote*, porque, desgraciadamente para España, el tiempo de los quijotes ha pasado ya. Y vemos también las caras curtidas de una mujer y un hombre de Castilla asomándose con infinita placidez ante la cámara, sin la menor sorpresa; y es que el castellano tiene demasiados siglos de civilización sobre sus espaldas para asombrarse ya de nada.

Luego proyectaremos *El Aventurero*, una de las primeras comedias de Charlot, una de esas viejas películas suyas, cuyo encanto es indescriptible, o que yo, por lo menos, no acierto a describir.

—¿Cómo hace usted sus películas?—preguntaron una vez a Charlie Chaplin.

—Con pedazos de mi vida—contestó.

No ha habido poeta alguno que supere esta definición de cómo un artista forja su propia obra.

A Charlot, como a *Don Quijote*, le mueve siempre el instinto de la mujer. No de las mujeres, sino de una sola mujer. Después de esto, todo lo demás le tiene sin cuidado. Para mí, lo más patético de todo lo que representa este personaje maravilloso es que desprecia el destino y se lo regala indolentemente a la casualidad. Charlot es un soñador. Descubramos ante él.

Y termino ya de una vez. Hubiera querido hablaros de otras muchas cuestiones: del cine *amateur*, del cine y la Historia, de los Cineclubs, del tránsito del cine mudo al sonoro, etc. Pero no hay tiempo para todo.

En el horizonte que hemos examinado hemos buscado con ahínco y con afán un nombre: el de España, y con desaliento hemos descubierto que lo buscábamos inútilmente. España no existe para el cine, y el cine, a su vez, no existe en España.

Hace pocos días, sin embargo, hemos tenido momentos de esperanza viendo la película *Nuevas rutas*, de Adolfo Trotz, Obregón y Goyanes. Hasta hoy, no es más que la excepción que confirma la regla.

Somos, pues, a este respecto, profundamente pesimistas. Pero nuestro pesimismo no significa la propensión a ver y juzgarlo todo en su aspecto más desfavorable. No. Nuestro pesimismo—pesimismo de juventud, al fin y al cabo—significa una sola cosa: disconformidad.

Disconformidad del presente, que es esperanza del mañana. Y así como el nómada del desierto, pegando el oído sobre la arena tórrida, oye soterrado el galopar de las tribus que se acercan, así nosotros, llenos de fe, oímos también de las entrañas de la patria los latidos del futuro que se aproxima y en el cual el cine nacional será una espléndida realidad. Y esto acontecerá cuando, antes y por encima del cine, hayan cambiado tantas y tantas cosas en España que nuestro pesimismo de hoy se trocará en una dura y optimista conformidad.

FOTOS GOYA  
DE  
ANGEL ARACIL

Trasladó su Estudio  
de Caballero de Gracia  
a PELIGROS, 14

Ayuntamiento de Madrid

FEDERO  
SASTRE

Eduardo Dato, 10

Teléfono 21884







Vista de una ciudad de Memel.



El Presidente de la República lituana.



Otra vista de una población de Memel.

## POLITICA INTERNACIONAL

# Memel, en el ruedo de las relaciones continentales

Por JAIME MENENDEZ

### ¿Será Memel la mecha que encienda otra catástrofe europea?

Memel, una pequeña ciudad báltica y sin triángulo de territorio, con unos 140.000 habitantes en total, ha sido uno de los factores que más han pesado en las recientes conversaciones anglo-germanas y atrae actualmente la atención de quienes estiman que para el sostenimiento de la paz no es nada saludable seguir alentando la existencia de estos focos de perturbación y rozamiento. Este pequeño gran problema europeo ha sido exhibido por Hitler para negarse categóricamente a suscribir un pacto de no agresión y mutua ayuda en el Este del Continente, y ha sido interpretado por sir John Simon como una cuestión de la que no pueden desentenderse ni las potencias vecinas ni otras sobre quienes pesa la responsabilidad de velar por el cumplimiento del estatuto de 1924. Antes de que se suscitase el pretexto de que se aprovecha Alemania para movilizar fuerzas, influencias y dinero, el proceso y la condena recaída sobre los 126 encartados en un *complot* para separar a Memel de Lituania, la situación era ya grave allí.

Debe Memel su existencia autónoma al Tratado de Versalles. Dice este documento, en el artículo 99: «Alemania renuncia en favor de las potencias aliadas y asociadas a todos los derechos y títulos sobre los territorios comprendidos entre el Báltico, la frontera Nordeste de la Prusia Oriental, tal y como se define en el artículo 38 de la parte segunda (fronteras de Alemania)... y la antigua frontera entre Alemania y Rusia...» La frontera a que aquí se alude es la trazada por el curso del río Niemen, que desemboca en el puerto de Memel.

En los meses en que se negociaba el Tratado de Versalles se desconocía aún la condición definitiva que había de darse a territorios bálticos, como Lituania. En el caso de que esta pequeña potencia asumiese una posición independiente, tendría opción preferente a la soberanía del territorio y el puerto de Memel; en caso contrario, quizás Polonia, que deseaba extenderse hacia el norte y el este, ocupase su lugar. La cuestión más importante para los estadistas reunidos en Versalles era no dejar a Lituania sin un puerto en el Báltico.

Mientras no se decidiese su *statu* definitivo, Memel sería regido autónomamente, bajo la supervisión de Francia, Inglaterra, Italia y el Japón. Estas potencias continuaban, en el papel al menos, ejerciendo funciones supervisoras sobre este territorio o sobre la forma en que Lituania lo gobierna. No hace muchos días que tres de ellos—el Japón se ha desentendido por considerarse desligado de las cuestiones europeas—han dirigido un comunicado a Kovno, quejándose de la conducta seguida por Lituania.

Antes de que las potencias decidiesen el futuro de Memel—cuestión engorrosa, pues Polonia insistía en que se le adjudicase—, un grupo de aventureros lituanos, arrancando una página de la historia de Polonia misma, organizó un golpe de mano y ocupó el territorio, con la aquiescencia o la tolerancia de un destacamento de soldados franceses encargados de mantener el orden y de hacer cumplir las disposiciones del Consejo de Embajadores. Lituania no hizo más que copiar fielmente la conducta de Polonia, cuando poco antes, en 1923, Zeligowski se apoderó de Vilna. A pesar de las protestas del Gobierno lituano a la Sociedad de Naciones, ésta ni siquiera condenó la actitud de Polonia. Las invasiones de esta naturaleza eran una especie de *leit motif* de la época D'Annunzio había hecho lo mismo cuando los aliados negaron Fiume a Italia.

En 1924, el Consejo de Embajadores juzgó la invasión de Memel, al que los lituanos rebautizaron con un nombre más autóctono, *Klaipeda*, un *fait accompli*, y se encargó únicamente de la preparación de un estatuto que garantizase a los memelenses autonomía administrativa y financiera—con un gobernador, un directorio y una Dieta—, bajo la soberanía de Lituania. Con esto no se perseguía otra finalidad que la de extender el radio de acción del principio de la soberanía popular y dar la mayor amplitud posible al pensamiento democrático y liberal del Occidente. En este estatuto se establece, además, que el territorio puede ser transferido a otro país—ya se pensaba en la probabilidad de serios rozamientos que pudiesen recomendar la reanexión a Alemania, pero sólo en el caso de que Lituania y las cuatro potencias—Francia, Inglaterra, Italia y el Japón—estuviesen de acuerdo.

A partir de 1924, la inmensa mayoría germana en el puerto de Memel ha pesado mucho más que la mayoría lituana en el distrito del interior, sirviendo de aliento a una persistente campaña que ha hecho imposible la convivencia de los dos pueblos y que ha llevado a Lituania a la adopción de medidas que son, en cierto modo, la continuación de la actitud que hizo posible la anexión de este territorio. En 1931, el Gobierno de Kovno designó un gobernador, que fué cambiando la mayoría germana en el Directorio y contrapesando la acción legislativa de la Dieta. En las últimas elecciones celebradas en Memel triunfaron 24 germanos y cinco lituanos. La obra del gobernador no había dado resultado. La propaganda germana salía victoriosa en todos los encuentros electorales. Las medidas autoritarias adoptadas no bastaban. Y, para agravar las cosas, el advenimiento del nacionalsocialismo, en enero de 1933, acabó de extremar una situación ya casi insostenible.

El choque de pueblos, de razas y de culturas en Memel y en los países bálticos es el choque de dos tendencias, agravado por factores imperialistas. De los Estados bálticos—Finlandia está demasiado separada, y sus características fundamentales son más bien escandinavas—, Estonia y Latvia son luteranas; Lituania es católica, como Polonia. Su cultura es una mezcla de polaco y de germano; su idioma, una especie de «bárbaro dialecto campesino».

### ¿Qué complicaciones traerá el veredicto de Kovno?

Lituania ha gozado, como otros Estados bálticos, de una existencia independiente en la edad del feudalismo. En el siglo XIV, su dinastía gobernante subió al trono polaco, dando lugar a una fusión, que terminó con el sometimiento de Lituania a Polonia. No se apagó, sin embargo, la tradición, alentada por la existencia de un idioma propio, que revivió con gran fuerza en el siglo pasado, el siglo del fervor nacionalista, que vuelve a reproducirse, con algunas características independientes, en nuestros días. Fué necesario que se tuviese en cuenta cuando los estadistas aliados pensaron extender a Lituania la soberanía polaca.

Tan brevemente bosquejada la historia de Lituania, a duras penas se puede pedir al lector que fíe en nuestra palabra al decirle que esta misma historia y su propia debilidad—no cuenta más que con unos dos millones de habitantes—son las causas directas de la cuestión de Memel, agravada por la actitud, siempre avasalladora, de Alemania. Sin Memel, sin salida al mar, su existencia independiente no podría durar mucho. Le acechan varios peligros. Alemania por un lado, y Polonia. Está dispuesta, pues, a mantener este territorio a toda costa, ya que su pérdida equivale a la pérdida de la independencia misma. El reciente proceso de Kovno la afirma terminantemente.

El proceso de Kovno tiene su origen en un supuesto atentado contra las autoridades lituanas de Memel, organizado en 1933. En él aparecían encartadas algunas personalidades importantes, incluyendo cinco diputados germanos de la Dieta de Memel. Se acusa de participación directa, con fondos, instrucciones y apoyo, al cónsul general de Alemania y a algunas figuras del partido nazi en Berlín, Königsberg y Tilsit. Abundan los indicios que hacen suponer que tenía como misión el facilitar el desarrollo y realización de la doctrina de Rosenberg, que defiende la idea de la inevitable expansión germana hacia el Este.

Uno de los encartados en el movimiento nazi en Memel ha declarado ante las autoridades lituanas que «el Tercer Reich reconquistará por la fuerza los territorios perdidos por el Tratado de Versalles, incluyendo a Memel». Es Hmara Willy, jefe de una Sección de Asalto nazi, que ha recibido instrucción en la Escuela de «fuehrers» de Berlín. Añadió que la Prusia Oriental es el centro para el avance de la política de dominación del Este, con la ocupación de los Países Bálticos. «Con Polonia, el Reich ha firmado—declaró—un pacto de no agresión de diez años. Este lapso de tiempo debía permitir a Alemania la ocupación de Memel y la anexión de los Países Bálticos... He aquí lo que se nos ha enseñado en la Escuela de «fuehrers»... En 1933 se me anunció la existencia en Memel de un partido análogo al nacionalsocialista alemán, dedicado a la propaganda nacionalsocialista. Tengo entendido que Moser, de Tilsit, había sido nombrado jefe del partido nacionalsocialista de Memel.»

En otros documentos aparece la misma afirmación. Hans Moser, jefe del partido nacionalsocialista del distrito de Tilsit, en la Prusia Oriental, y consejero municipal de esta ciudad, había sido designado comisario de la zona de Memel, en forma parecida al nombramiento análogo de Buerckel como comisario del *Saargebiet*. Siguiendo las recomendaciones—o instrucciones—de Rodolfo Hess, la «Unión Cristianossocialista» de Memel fué organizada en secciones de asalto, con uniformes cuya factura y color y material se amoldó a las recomendaciones del jefe nazi germano: botas negras, pantalones negros, camisas blancas, corbatas negras, etc., todo de fabricación alemana. «Nosotros consideramos—declaró Hess—que la región de Memel forma parte integral del Reich germano.»

Los 126 nazis condenados recientemente en Kovno—cuatro a muerte—están acusados de atentar contra la seguridad del Estado lituano y de haber asesinado a un compañero del que sospechaban—o tenían el convencimiento—que les hacía traición, informando al Gobierno lituano de sus planes. La detención, el año pasado, de 140 supuestos encartados en el movimiento extremó las diferencias y enardeció las pasiones. El gobernador y el Directorio, ya puramente lituano, hicieron caso omiso del Parlamento. Para anular su eficacia, sin suspender las sesiones, se encarceló a cinco de sus miembros, reduciendo la mayoría germana a 19. Como la Dieta podía en cualquier momento retirar la confianza al gobernador, con lo cual su dimisión era obligada, para evitar que se llegase al *quorum* necesario para una votación semejante—20 diputados—, los cinco diputados lituanos se alojaban siempre del salón de sesiones. De esta manera, la Dieta era impotente.

En las últimas semanas, el Gobierno de Kovno ha hecho esfuerzos inauditos por llegar a un acuerdo con los representantes de la opinión germana en Memel. Pero ésta se ha negado. Estima más conveniente su política de oposición implacable, que ofrece analogía sorprendente con la seguida en Dantzig, en el distrito del Sarre, en Austria y en otras partes. Es parte de un concepto general, de *Weltansehung*, de «uniformización» del pueblo germano dondequiera que se encuentre. Esto quiere decir, sin embargo, que, para llegar a ello, será necesario algo más que un propósito en tal sentido de Alemania y los alemanes: habrá que pasar sobre el cadáver de nacionalidades que no aceptarán jamás, mientras perduren, lo que se las quiere imponer. El avasallamiento de Lituania produciría honda sensación, y, con toda seguridad, algo más en otras partes del Continente. No sería necesario siquiera para ello que las relaciones entre Alemania y algunas grandes potencias fuesen todo lo tirantes que ya lo son.



# FIESTA DE ESPAÑA

En Vista-Alegre miden sus armas  
Barrera, Domínguez y Victoriano  
de la Serna

Y triunfan--¡naturalmente!--los toreros

Por FEDERICO MORENA



Decíamos, lector aficionado, en nuestra crónica del pasado miércoles, que el torero anda, como si dijéramos, manga por hombro; que la Unión de Criadores de Toros de Lidia y la Asociación de Criadores de Reses Bravas están empeñadísimas en singular combate, que sólo cesará con el aplastamiento de uno de los beligerantes; y que los toreros, tocados, al parecer, de la locura destructora que invade el mundo y que rebasa los límites del mundillo taurómico, se han dividido en varios grupos, o cuerpos de ejército, y se disponen también a deshacerse lindamente...

Consecuencia de todo este desbarajuste fué la corrida del pasado domingo en Vista-Alegre. Se anunció a bombo y platillo, o, mejor, a tambor batiente, que un inquieto empresario, que se hizo popular en Valencia y que muy pronto también, si se lo propone, lo será en la capital de la República, se proponía organizar en la plaza carabanchelera una serie de corridas a base de toros de la Unión, y la Empresa de Madrid, en legítima defensa de sus intereses, estableció en sus contratos una cláusula por la que los toreros del abono no podían actuar en ningún circo situado a menos de diez kilómetros a la redonda... La cláusula, y el contrato consiguientemente, fué rechazado por algunos conspicuos de la torería, entre ellos los tres que figuraban en el cartel de Vista-Alegre—Vicente Barrera, Victoriano de la Serna y Fernando Domínguez—, y un considerable contingente de aficionados madrileños, de los de pura cepa, de los que no pierden una corrida de toros siquiera hayan de imponerse, como ahora, el sacrificio de un viaje molesto, desfiló, con todo su entusiasmo bullicioso, como en tiempos evocadores de cordiales añoranzas, camino de los Carabancheles...

Pero la experiencia no fué, ciertamente, muy alentadora. Las taquillas no se llegaron a cerrar, y acaso una larga serie de circunstancias desfavorables han hecho pensar al inquieto empresario que nunca segundas partes fueron buenas...

La corrida no satisfizo a los aficionados.

Los toros, de doña Concepción de la Concha y Sierra de Sarasúa, hija de doña Celsa Fontfrede y heredera de la famosa divisa, dejaron mucho que desear. Desiguales, y alguno de ellos sin la edad ni el peso reglamentario, nos sorprendió sobremanera su muy notable variedad de pelos—negro, cárdeno, colorao, sardo—, que daba a la corrida la sensación de un saldo apañadito... Además, como acertadamente y a viva voz hizo observar un buen aficionado desde su contrabarrera del 1, ninguno de los toros acusó las características peculiares de esta ganadería, de pura casta varqueña.

En general—no vale la pena de detenerse a señalar excepciones—, fueron los toros de doña Concepción de la Concha y Sierra de Sarasúa, sosos, muy sosos, que, dados, reservones y huídos...

Una corrida muy diferente a la que se lidió en Valencia el 17 de marzo. ¡Aquella sí que fué, doña Concepción, una corrida con todas las de la ley! ¡Y nosotros que esperábamos una repetición magnífica!...

Vicente Barrera y Fernando Domínguez, toreros y artistas tocados de todas las gracias, pusieron en el lienzo de la corrida algunas pinceladas de asombro.

El valenciano remató algunos quites con enjundia torera, y sacó un partido insospechado del primer toro con la muleta. Hubo pases perfectamente ejecutados,

que el público jaleó fervorosamente. La faena, sin duda, muy superior a los merecimientos del toro. Fué una verdadera lástima que el matador no estuviese a la altura del torero. El cuarto, un toro cobarde y peligroso, pues tiraba, de vez en vez, unos gañafones terribles, fué aliñado valerosa y diestramente. Pero tampoco lo mató bien.

Fernando puso a contribución su destreza, su valentía y su deseo firmísimo de triunfar contra viento y marea. A su primer toro, incierto, y al sexto, reservón y con mucho poder—un toro hecho y derecho—, les toreó con la muleta de modo admirable, jaleado y aplaudidísimo por el público. Dos faenas recias, macizas, en las que expuso más de la cuenta, especialmente en la segunda. Se puede asegurar, dada la índole del toro, que pocos aficionados esperaban una labor tan positivamente meritosa. Pero Fernando prendió al toro en la muleta y lo dobló maravillosamente en dos pases por bajo, lentos, parsimoniosos, templadísimos, imponderablemente ejecutados y rematados. Y porfió con el bicho ahincadamente, y así pudo lograr una serie de muletazos magníficos, por alto, en redondo, de la firma...

Muy torero y muy pundonoroso.

Con la espada, mediano en el tercero, y bien en el sexto.

Fernando fué despedido con una gran ovación.

Victoriano de la Serna, francamente deleznable. En toda su actuación no hubo un lance ni un moletazo de positivo mérito. Buscó el adorno a favor de querencia, y nada más. Al quinto pudo hacerle faena; pero fracasó. Y, para cubrir su incapacidad, se puso de rodillas, y se volvió de espaldas, y se sentó, y arropóse con el capote... ¡Lo que inventa el hombre para no torear!

El segoviano busca el éxito fácil en los aledaños de Madrid; pero no lo consigue. ¡Hay que pasar el Rubicón, compañerito del alma!...

## «Don Quijote» y los molinos

Presidió el nacimiento de CIUDAD un criterio de selección y de limpidez que abarcaba desde el poema hasta el anuncio. Hemos querido que nuestra revista fuese, entre todas, una cosa distinta, por superior en intenciones y, a ser posible, en realizaciones: criterio pedante y arriesgado, pero criterio al fin, y a su rigidez hemos ajustado nuestra norma. Por ello hemos en-

cargado críticas taurinas al distinguido escritor D. José de Quijano, «Don Quijote», limpio en su ejecutoria periodística, en su línea moral, y sagaz en sus apreciaciones técnicas. El hecho de haberle elegido entre cien implica un homenaje inicial y un reconocimiento previo de méritos, que no hemos de borrar ahora con el codo. «Don Quijote», pues, fué llamado a ser colaborador de CIUDAD; así, escuetamente, y no encargado absoluto y universal de nuestra sección taurina, de la misma forma que no hay sólo un colaborador literario ni deportivo. El hecho de que otro crítico haya sido llamado a compartir esta labor, para complementarla, para añadirle matices o para lo que fuese, dió motivo a que «Don Quijote», a quien hemos llamado a esta redacción y esperado infructuosamente una semana para darle cuenta de ello, se descuelgue con un artículo a nosotros dirigido, desde las planas de una revista profesional, y que titula nada menos que «De la charca inmunda», en el que se duele que no estemos en Norteamérica para reclamarnos «una crecida indemnización», que a tanto llega el herido lirismo y el probo desinterés de «Don Quijote». Lamentamos que le falte a este distinguido compañero la ponderación periodística que, por lo visto, le sobra en sus apreciaciones taurinas.

En Norteamérica y en el Cipango, las empresas periodísticas disponen de sus publicaciones y del personal que convino en adscribirse a ellas mediante un sueldo, como les viene en gana o como se lo dictan las contingencias de su labor. Y precisamente en Norteamérica en forma más rigurosa que en otras partes. Y si algo se castigaría allá de todo este asunto, sería el tono insultante y la interesada falsedad de la premisa en que «Don Quijote» apoya su sofisma. Aun llevando las cosas al extremo más cercano a su tesis, quedaría esta conclusión monda y lironda: Que hemos convenido unas colaboraciones, que se han publicado, que se han pagado, y que se suprimió su continuación cuando se creyó conveniente. ¿Qué hay en todo esto de anormal, de delictivo o simplemente de incorrecto? Ninguna otra cosa, como no sea la suspicacia desmedida del probo revistero. Pero ni así sucedió, como ya queda dicho. Fué el propio «Don Quijote» quien, en nombre de exclusividades, por nadie prometidas, se declaró espontáneamente incompatible con un nuevo colaborador. ¡Qué le vamos hacer más que sentirlo! De eso a que nosotros, como dice el infrascrito, atentemos deliberadamente contra «el crédito moral de que yo, justificadamente, disfruto», con «insólita injusticia», por «motivos sin duda inconfesables», y para «hacer crítica prevaricadora», hay un vado muy ancho que «Don Quijote», cegado por su desproporcionada egolatría, se saltó precisamente a la torera. Su crédito nadie, empezando por nosotros, lo ha puesto en duda. Su medida y su buen sentido sí lo ponemos, tomando pie del argumento que nos da con esas dimensiones anormales que en su espíritu toma un incidente que en nada afecta «a su buen nombre y honor». Es lo menos que podemos hacer con quien nos sitúa en una «charca inmunda», de cuya existencia nos hemos enterado por la alusión de «Don Quijote», a lo que parece, muy al tanto de estas sucias intimidades del gremio, que nuestra honradez ignora y seguirá ignorando.

«Don Quijote» ha visto gigantes donde apenas había molinos. Lamentamos que su lanzazo—lanzazo en el aire, claro está—nos obligue, por una vez, a darle esta voltereta, que en nada amenguará ese prestigio «que le testimonian desde Huelva».

Y si hay «banquete de desagravio», como se suele en estas latitudes, que se nos cuente como muy fervorosamente adheridos.

B.

RADIOTELEFONIA  
EMERSON



REPRESENTANTE DE  
Y COLONIAL

CHURRUCA, 1  
TELEF. 17825

MARCA

REGIST.

DIANA

MADRID

ISAAC MARTIN

Ayuntamiento de Madrid





## FIGURAS DE LA SEMANA

### Raúl González Tuñón, poeta y argentino, ha llegado a Madrid

Por R. M. L.

Ha llegado un poeta.

No habrán de reconocerlo quienes lo busquen, para identificarlo, por su melena, su corbata romántica o su fisonomía sideral. Para este poeta la Luna es un reportaje, y, quizá también, un refugio para su alma libre, que llora ante las formas reaccionarias que se van apoderando de las instituciones de su país. Raúl González Tuñón, periodista de Buenos Aires, es poeta de su tiempo y cantor de su ciudad, porque ésta tiene mucho de otras ciudades, y él es un universal que presta su corazón como estación receptora de todos los dolores del mundo. Por eso ha cantado y canta el sufrir de los demás: la tragedia de los negros de Scottsboro..., la muerte estúpida del Chaco Boreal..., las falanges mutiladas y a la deriva de la postguerra..., la desilusión del revolucionario chino... González Tuñón es un auténtico intérprete lírico de esa vorágine cosmopolita que geográficamente se denomina Buenos Aires, pero cuya personalidad espiritual está a merced de toda nueva corriente, y es un día París, otro Madrid, y, alternativamente, Londres, Nueva York, Roma o Moscú. Por eso él tiene en sus ojos paisajes de todas partes, y su sensibilidad interpreta los pesares de naciones y gentes nunca vistas, pero que él sabe que deben padecer y atormentarse como los hombres de todo el mundo que han ido, como sus padres asturianos, a levantar con sus esperanzas ese gigante del Río de la Plata.

González Tuñón no es lírico por fórmula y sí por temperamento, por estar su sensibilidad virgen de «snobismos» y ser su capacidad emotiva todo instinto. Se inició en el éxito de la letra impresa en 1926, cuando todavía sus compañeros de años luchaban con las clasificaciones del colegio; su «Violín del Diablo», ganador del premio Gleizer, revelaba a un poeta personal, que en la difícil época de los veinte años ya sabía alejarse de las influencias y seguirse a sí mismo. Luego, dos años más tarde, conquista el Premio Municipal, aspiración de todo escritor joven de la Argentina. Y sigue produciendo, en 1930, «La calle del agujero en la media»; en 1934, «El otro lado de la estrella». Hoy nos ha traído un curioso volumen de poemas, editado junto con su partida, donde González Tuñón se consagra como el primer poeta de la juventud literaria de su país. Dramaticidad auténtica, ritmo sincopado, veracidad, humanismo, rebeldía y agrupados temas y figuras, por su gran pasión de cosas bellas. Porque este poeta, que canta a lo amargo y es sólo eco del dolor, entona así, porque su anhelo primordial es llegar a ver todas las caras sonrientes.

Y en tantos años de trabajo literario, una diaria preocupación y ocupación periodística en la redacción del periódico «Crítica», batallando por ideales populares, quebrando lanzas por una política honorable, entregándose de cuerpo y alma a un noble deseo de justicia social.

Poeta moderno, nunca por la factura, sino por el contenido ideológico, su sensibilidad está puesta al servicio de los graves problemas del siglo, y a medida que el cable o el teléfono llevaban a la redacción la nota sensacional del día, Raúl González Tuñón supo dignificarla con su nota o su canto.

Con su hermano Enrique fué redactor de un semanario de evolución literaria, «Martín Fierro», donde se agruparon valores ciertos como ellos: Olivari, Ponal Ríos, César Tiempo, y otros huecos que colaboran en la actual tarea de «nacionalismo-extranjerista».

Desde aquellas páginas se abrió fuego de metralla contra lo solemne, que en un país como la Argentina, sin perspectiva de vida, es siempre ridículo. Se «cargaron» a los intelectuales y a los profesionales de la literatura para purificar un ambiente en el cual sólo se respiraba la última moda de París. González Tuñón ha conocido el destierro. Parado, sin dobleces frente al error y a la hipocresía, debió dejar el suelo

de su admirada ciudad, para alejarse por imposición de los acontecimientos, de momentos en que predominaban los falaces. Los espíritus sanos no viven de acuerdo con la inmoralidad, y en las horas tristes por que pasa la Argentina, desde el motín cuartelero de septiembre de 1930, en años de Gobiernos fuertes surgidos de fraudes electorales y golpes de armas, de gobernantes siniestros y prácticas anticonstitucionales, los pensamientos rectos han sido hostilizados y, como en su caso, hasta obligados a emigrar.

Hoy está en Madrid. Viene, según propia declaración, a «admirar y aprender». ¡Bien venido sea! Nosotros saludamos en él a un genuino representante de la nueva y auténtica literatura argentina.

*Nota.*—En otra parte de este número ofrecemos «Los negros de Scottsboro», uno de los más característicos poemas de su libro último «Todos bailan».

## CON EL MEDICO

### EL DOLOR DE ESTOMAGO

#### ELOGIO EXACTO DEL BICARBONATO

Por el Dr. FERNANDEZ-CUESTA

*El estómago es un esclavo que acepta todo lo que se le da, pero que es astuto como un esclavo para vengar sus agravios.*—EMILIO SOUVESTRE.

¿Habrà algo más tristemente generalizado que el dolor de estómago? ¿Y muchas casas donde no se rinda tributo de admiración a esa *panacea* universal que se llama bicarbonato sódico? No creemos muy difícil la respuesta. Fácil y rápida brotará de cuantos me hagan la merced de fijar su atención en estos renglones interrogantes. Pocos serán los mortales que no hayamos ingerido en polvo o en solución líquida el *milagroso* remedio; el bicarbonato entra en todas partes: en el palacio del prócer o en la humilde casa del menestero; con idéntico orgullo de gustar, como elemento de urgente necesidad a quien hay que guardar las mayores consideraciones; el bicarbonato se lleva consigo a los lugares de obligado trabajo y a los sitios de voluntario recreo; con nosotros viene a todas partes; es amigo de los buenos, a quien siem-




pre se le encuentra en los amargos ratos de angustia, en que desconsoladamente miramos en nuestro derredor y no encontramos a nadie. El bicarbonato no nos abandona.

¿Pero es—preguntará el querido lector—que el bicarbonato cura de modo infalible y sirve para todas las enfermedades del estómago? ¿Alto, compañero, que ahí está el quid!, precisamente ahí, en esa interrogación que de manera tan oportuna acaba usted de hacer.

Vea, pues, la respuesta, que aclara las dudas de su asombro. Escuche.

No siempre duele el estómago por la misma causa, y no siempre, por tanto, es el bicarbonato esa *panacea* maravillosa que surte magníficos efectos. Ni cura, en la más amplia acepción y significado de la palabra. Alivia, amortigua, calma la gastralgia; priva, en fin, de la angustiosa luxación de una dispepsia; suprime el intolerable dolor por un lapso de tiempo más o menos largo, pero no sirve para hacer desaparecer siempre—ni mucho menos!—la básica etiología del efecto álgico. Las cosas como son.

Me figuro la decepción de quienes lean esta líneas, aparentemente dictadas por el escepticismo. Aclararé lo que pienso con fe de convencimiento. No quiero, porque sería injusto, quitarle su mérito, que lo tiene de modo que no deja lugar a duda. Lo que digo, al escribir tal, es que el compuesto químico tiene, como todo en terapéutica y en patología, sus determinadas y concretas indicaciones. Se mueve dentro de una



# "Samaral"

## CAMISERIA Y NOVEDADES

C. Peñalver. 16

MADRID

zona limitada y no siempre causa beneficio y hace desaparecer la terrible molestia.

Las razones no pueden ser más sencillas.

El estómago duele—aparte de muy diversas afecciones, cuyo relato sería demasiado extenso, que constituyen el interesantísimo archivo de las dolencias extragástricas—por exceso o por defecto de ácido clorhídrico, y se comprende lógicamente que, si para neutralizar aquél es preciso el álcali cuando el dolor sea producido precisamente por insuficiencia ácida—hipoclorhidria—, la ingestión del *milagroso* medicamento servirá únicamente para aumentar el padecimiento originario y, por tanto, aumentar también el dolor que se intentaba quitar. ¿Está claro?

Es, pues, en la hiperclorhidria, de una manera especial, donde el bicarbonato surte sus efectos sorprendentes. En la clásica acidez de estómago. Ahí, sí, desde luego, cumple a la perfección su augusta misión análgica de manera admirable.

«¿Y qué es la hiperclorhidria?»—dirán algunos—. Hablar, pues, de esta frecuente afección, viene como lógica consecuencia de cuanto hasta aquí hemos tan rápidamente divulgado. No teman, desde luego, nos adentremos demasiado en los laberintos científicos ni en los terrenos demasiado doctrinales. Huyo con premeditación... y *alevosía* de hacer tales cosas. Básteles saber que la dolencia—síntoma de muchos padecimientos del estómago—es producida por exceso de acidez gástrica, y tan frecuente, que puede calcularse en un 90 por 100 la proporción de hiperclorhídricos sobre los demás enfermos del estómago.

¿Síntomatología? ¿Tratamiento? ¿Causas? Hablemos de todo ello en ráfagas de concisión que plasmen de modo conciso el generalizado trastorno dentro del enorme orden patológico del estómago.

La principal característica de la dolencia es el ya citado aumento de ácido clorhídrico durante la digestión frecuentemente, y que produce molestias funcionales y síntomas objetivos.

Es la primera de aquéllas el clásico dolor de estómago, que suele presentarse en sensación de calambres, ardor, quemadura a lo largo del tubo digestivo. La duración de este acceso mortificante varía desde algunos minutos a varias horas. Muchas veces cesa de un modo espontáneo, llegando a constituir—esa es la sensación que produce—unas formaciones acuosas muy molestas, que terminan al verificarse un vómito, en el cual no es infrecuente la violenta expulsión de líquidos tan ácidos, que dan lugar a un aparente más que verdadero alargamiento dentario.

La hiperclorhidria es muy común entre los veinte y los cuarenta y cinco años, y más frecuente en los hombres que en las mujeres, y menos corriente en la gente del campo que en la de la ciudad. ¿Razones? Si las buscásemos, las hallaríamos con seguridad en aquel clásico aforismo de Séneca que dice: «Si te sorprende el número de las enfermedades del estómago, cuenta el de cocineros.» El régimen alimenticio, que tantas transgresiones experimenta en las capitales, lleva un buen tanto de culpa en lo que decimos.

La hiperclorhidria puede tener, como factor etiológico, los trastornos de tipo nervioso, el abuso del alcohol, la masticación insuficiente, el exceso de tabaco, la condimentación picante, etc.; la anemia, el embarazo, la apendicitis, la úlcera gástrica.

¿Tratamiento? Ante todo y sobre todo es menester un régimen de comida antiácido—no quiero fatigar a quien leyera con la enumeración de los muchos planes dietéticos que pueden estatuirse—, supresión de vino y bebidas alcohólicas.

Debe tenerse muy presente el procedimiento de preparar los alimentos, en cuya condimentación debe observarse con cuidado la cantidad de sal que se les añade. En cuanto a la temperatura, ni una cosa ni otra, es decir, ni muy fríos ni muy calientes. Y como remedio rápido, el bicarbonato de sosa; ¡ya salió a relucir!, a dosis de ocho a diez gramos por día.

Aquí sí, en la molestísima hiperclorhidria produce los mágicos efectos que todos hemos experimentado al ingerirlo con ansia salvadora. Por sus magníficos resultados, controlados por la práctica y testimonios por la realidad, el Bicarbonato—con mayúscula, hermano linotipista—ocupa, por derecho propio, lugar preeminente en la anaquelaria farmacológica de los remedios heroicos.

Saludémosle con toda reverencia. ¡Por si las moscas!





# ESTOMAGOS SOLIDOS DE ESPAÑA

Por JOHN GUNTHER

Traducido de la revista norteamericana "Esquire" especialmente para CIUDAD por MANUEL COELLO



Se necesita tener un estómago bien sólido en España, país abundante en curiosidades, donde es prudente tomarlo todo con gran tranquilidad. «Una tortilla no está completa sin una o dos moscas dentro», dice un antiguo proverbio castellano. (Inventado por el autor.) La cocina española se recomienda por sí misma por su desorden y abundancia. Se come cualquiera una ración y parece que se ha hecho frente a una comida pantagruélica.

Hoy en mi hotel, el almuerzo ordinario, al precio de 14 pesetas. Se compone de los siguientes platos, cada uno servido en cantidad abundantísima:

Entremeses variados, pote asturiano, tortilla de champignons, filetes de lengua de San Germán, perdices estofadas chouroute, contra de ternera asada, patatas vapor, Saint Honoré a la parisien, pastelería, quesos, frutas.

A pesar de lo que ustedes puedan creer, este no es un menú ofrecido a un huésped de honor en un transatlántico de lujo, o el de un banquete servido en una recepción oficial, sino el almuerzo corriente de un hotel corriente, el Savoy Hotel de Madrid.

En España se pueden observar muchos milagros; hay muchas cosas que yo no he podido comprender, y una de ellas es saber por qué cada español no pesa 450 libras.

Otra de las cosas curiosas e interesantes en España referente a las comidas, es la hora a que se come, excesivamente tardía. Por lo general el almuerzo es de dos y media a tres de la tarde, y en cuanto a la comida, raro es el restaurante que servirá algo antes de las nueve y media de la noche. Mis órganos internos sufrieron muchísimo teniendo que esperar hasta las diez o las once, y a veces hasta las doce,

por la «V» formada por la Gran Vía, la calle de Alcalá, y una calle obscura y peligrosa, cuyo nombre he olvidado, haciendo grandes esfuerzos para evitar los empujones y no verse arrojado desde la acera al centro de la calle, donde hay un movimiento extraordinario de carruajes. A las cuatro de la madrugada es hora de cenar o desayunar. Para ambas cosas se encuentran millares de sitios. El local para desayunar que yo prefería era el café la India, en una de las calles laterales de la famosa Puerta del Sol.

Hay muchas cosas bellas en España. ¡Tolledo, el alegre y animado Prado, las corridas de toros, la provincia Navarra, los bosques de naranjos a lo largo del río en Sevilla..., y el jamón! El jamón de España es algo excepcional: es el mejor jamón del mundo. Lo hay de varias clases: jamón de Avilés y jamón serrano; yo prefiero el último. Es un jamón como el de Parma o el «prosciutto» crudo de Italia, no cocido, sino curado, tan rojo como la carne de buey, y sacado de la pata de un cerdo de gran tamaño. La pierna es larga (como los jamones de Dalmacia) y tiene la forma de una bota de vino. Casi siempre se sirve frío, limpio de hueso, en lonchas grandes y delgadas, que semejan pétalos de rosas, o bien, y esto es una magnífica innovación, cortado en cuadritos, que se comen con la ayuda de palillos, bebiendo al mismo tiempo manzanilla, un jerez pálido suave, que prefiero a todos los aperitivos del mundo.

No he de hablar mucho de los otros vinos españoles en este artículo, porque casi lo único que bebí siempre fué manzanilla. Es una bebida clara y un poco amarga, de la región de Sanlúcar, demasiado delicada para exportarla e imposible de hallar fuera de España. Y tan barata, que en Barcelona últimamente dos vasos se pagaban como una sola porción. Se puede beber tranquilamente medio litro antes de las comidas, sin consecuencia funesta alguna. En las comidas se bebe Rioja, un vino tinto fuerte, de Aragón, nada malo. La cerveza es excelente, y la mejor es la del café Victoria.

España ha importado de América dos instituciones: los minúsculos bocadillos y el aperitivo. En casi todos los bares se puede pedir a cualquier hora del día o de la noche, «un Pepito», que es un trozo de vaca, tierno, gordo, jugoso, asado de una manera muy rara, y presentado en una de las deliciosas barritas de pan españolas. Me acostumbé a merendar con uno, dos y tres «Pepitos» remojados con manzanilla, y me evité complicadas combinaciones culinarias.

Aperitivos se sirven en casi todos los buenos bares o cafés. Se pide manzanilla y con ella se sirve gratis una pequeña cantidad de «hors-d'oeuvres», en general delicioso. No conozco ningún otro país en Europa que tenga una costumbre tan simpática. Dan aceitunas relle-

nas con anchoas, una especialidad muy corriente en España, almendras de todas clases, sobre todo saladas, los famosos cuadritos de jamón, sardinas sobre trocitos de pan, pedacitos de queso sazonado con pimienta y mil otras chucherías.

Madrid es, cosa curiosa, una gran ciudad para la venta de pescado, estando situada sobre una colina en el centro de la península, con malas comunicaciones hacia el mar. Pero grandes camiones refrigerados traen por la noche lotes de sardinas, merluzas, anguilas, len-



guados, salmonetes, besugos, cangrejos, mariscos y demás anfibios exóticos, desde Valencia, Cartagena, Bilbao, Coruña, a la capital. Nota aparte merecen los riquísimos calamares, una especie de octopus; y hay un restaurante en Madrid que tiene fama, por la manera de prepararlos en su propia tinta.

Pero, sobre todo, se comen gambas y langostinos. Después de Velázquez y Goya, esto es lo más notable que existe en España. Se piden por medias docenas o docenas enteras, y en el restaurante se sirven cocidos o fríos, con salsa mayonesa. También se pueden comprar en la calle, como en América, los cacahuetes; se pelan con los dedos y se van comiendo por el camino. Se venden en bandejas durante las corridas de toros, en cestas ante los limpiabotas, en carritos portátiles en las estaciones del ferrocarril. Y son incomparables.

Los platos regionales más famosos son: paella a la valenciana, pote asturiano y el famoso cocido a la española, que contiene tal cantidad de cosas que, generalmente, se sirve en varias veces.

El restaurante que más me gustó en Madrid fué la «Casa Morán». Está muy escondido, pero cualquier conductor de «taxis» da enseguida con él. Se entra desde la calle en una habitación, de uno de cuyos muros cuelga un monumental espejo; en la pared de enfrente se ve un bar de cinc, idéntico a los que hay en las tabernas de París, y allí se hace la primera consumición, de pie. En el pasillo que parte de dicha habitación hay una cámara frigorífica enorme; si se quiere puede uno mismo elegir

en ella los manjares que se desean comer y llevarlos a la cocina por su propia mano. El camarero, un muchacho muy alegre, habla un inglés disparatado. La primera parada es en el mostrador para beber unas cañas de manzanilla, acompañadas de rojo chorizo de Pamplona, aceitunas rellenas y al natural, grises y tan grandes como albaricoques; también dan un extraño abanico de peces chicos, sujetos el uno al otro por la cola, que se llaman «boquerones de Málaga», o si se es muy habilidoso, se comen «percebes», una especie de dedos negros con uñas, que se pescan en las costas de Galicia, en las rocas, semejantes a un pólipo, que al pelarse dejan ver una carne negro-rosada, que se chupa con el jugo que contiene. Finalmente hay los langostinos, y debo confesar que es el manjar más exquisito de todos los pescados que yo he probado en todas las partes del mundo. El resto de la comida en «Casa Morán» es sólido, sencillo, exquisito, y se acaba como se empezó, en el bar. Se pide «Fundador», que sirven en unas botellas viejas de «kirsch», con azúcar dentro, y su sabor recuerda mucho al «punsch» sueco. Finalmente, y esto es el colmo de la gentileza, el camarero entrega un paqueto de bicarbonato para que los langostinos permanezcan en paz dentro del estómago.

Hay muy buenos restaurantes en Madrid, pero el más famoso, sin duda alguna, es Botín. A mí me gustó extraordinariamente. Fundado en 1620, se siguen asando las viandas en la misma parrilla, que cuenta en la actualidad más de trescientos años. Botín no es muy caro, a pesar de su fama; la prueba es que siempre se ve muy concurrido por turistas. Por dos dólares se puede tener una comida copiosísima, con vino abundante para nadar dentro una semana entera. La especialidad suprema de esta



casa es el cochinillo asado, servido para cuatro personas; tierno, rosado, sin pellejo, parece un ser humano, de unas 20 a 22 pulgadas de largo. Se rocía con un estupendo vino tinto de la Mancha, la patria de Cervantes.

Antes se pueden comer los exquisitos calamares, y como postre un extraño y gustoso queso manchego, también de la región de Don Quijote. Después del cochinillo se bebe una botella de «sidra asturiana», una especie de champagne espumoso, hecho con el jugo de las manzanas, que es un líquido nuevo y de lo más desconcertante que he bebido en mi vida.



para empezar a comer. En los restaurantes no empieza el movimiento antes de las diez de la noche; a las once están animados, pero a media noche es cuando están en todo su apogeo. Y luego, de repente, pasadas las doce, cierran. Pero no se va uno enseguida a la cama, por lo menos en Madrid. Es preciso hacer la digestión. Para ello hay que dar un paseo hasta el café más próximo, unos veinte pasos, en donde desde la una de la madrugada hasta las dos se puede tratar muy confortablemente de negocios. A las tres de la madrugada ya se ha descansado bastante para dar una vuelta

## ¿Qué plato prefiere el paladar madrileño?

Lo que opinan los cocineros

Por ENRIQUE ZORREGUIETA

No hay nada como el cocido.

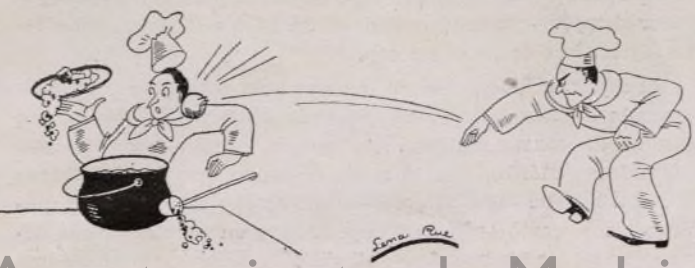
—¿Está el «chef»?—entramos preguntando en el popular restaurante de la calle de la Madera.

—Aquí no hay «chef»—nos responde D. Félix Heras con una humildad que intenta en vano disfrazar su orgullo—. Aquí lo único que hay es un buen cocinero.

—Bueno—argüimos—, lo del nombre es lo de menos. Queremos saber cuál es, a su juicio, el plato favorito de los madrileños.

—No lo sé, pero si usted me pregunta cuál es el plato de más aceptación de la casa, se lo diré. La fama de la casa Félix la ha hecho el cocido. Comenzamos a hacerlo en nuestro local de la calle de la Bola; pero bien

pronto debimos fundar una sucursal en este lugar. En ningún restaurante de Madrid es posible comer un cocido como el nuestro. Ciertamente es que este típico plato madrileño requiere una serie de ritos que nosotros cumplimos al pie de la letra: de ahí nuestra fama. En pri-



mer lugar, el cocido debe hacerse en unos pucheros de barro, con capacidad para una sola ración. Nuestros pucheros son hechos especialmente para nosotros en Alcorcón. Luego, cada puchero debe ser puesto a un fuego hecho con carbón de encina. Y no quiero decirle a usted de los ingredientes, que deben ser de lo mejor. Todos estos factores hacen que nuestro cocido sea célebre en toda Europa.

—¿En toda Europa?

—Sí, no le exagere. No hay turista de París o Londres que al venir a Madrid no sepa dónde se come el mejor cocido del mundo. En Londres lo popularizó un artista, cuyo nombre lamento no recordar. Vivía en el

Ayuntamiento de Madrid





hotel más caro de Madrid, pero venía a comer a mi casa. Recuerdo que una vez, después de comer, le hice la cuenta en un velador de roble que a él le gustaba mucho, porque era antiguo, y me dijo: "Está bien, pero me llevo la factura." Y como realmente la salida era ingeniosa, le regalé aquel viejo velador. Ahora hago las cuentas en un papel...

#### ¡Vaya albóndigas las nuestras!

—¿Que cuál es el plato predilecto de los madrileños? —pregunta a su vez el dueño de una "tasca" de la calle de Toledo—. ¿Pero es que, acaso, usted no sabe lo que son nuestras albóndigas? Anda, tú, Ruperto—exclama, dirigiéndose a un chaval que hace las veces de camarero—, sirvele media docena a este caballero.

La perspectiva de comer a la media hora de haber dado cuenta de nuestros garbanzos nos pone la carne de gallina. Se hace necesaria toda la persuasión de Arteché para convencer a aquel forajido que no podemos comer dos veces y que de todas maneras damos crédito a sus palabras. Y nos deja tranquilos, eso sí, después de hacernos jurar por nuestra honra que hemos de ir pronto a probar sus albóndigas.

Habla de ellas como se puede hablar de la novia de



los veinte años. Al describir su confección, sus manos dibujan volúmenes en el aire como si describiese las curvas de alguna mujer de Rubens. Aunque no lo diga, se adivina que pone un renovado amor cada vez que su cocina prepara la milagrosa salsa de sus albóndigas. ¿Qué de extraño tiene, pues, que las albóndigas sean para él el centro del mundo y que las considere el mejor plato de todas las cocinas del planeta?

#### Todos los platos del Capitol gustan.

En la inmensa cocina del Capitol todos los cacharros relucen. Se creería estar en la cocina de algún transatlántico. Pero los amplios ventanales nos muestran la llanura de la Mancha y, al fondo, azuladas, las sierras del Guadarrama. No está el "chef". Ni el pinche. Sólo queda un ayudante y dos mujerucas que le sacan lustre a las mayólicas que cubren las paredes.

Consciente de su responsabilidad, el ayudante no quiere hablar si no está presente su jefe.

—Vamos, no tiene importancia—le explicamos—. Se



trata de hacerle dos preguntas que usted mismo puede contestar.

—Vayan—exclama, mientras Arteché toma un apunte. Para que el retrato sea lo más fiel posible, el ayudante habla sin mover un músculo, parece que tuviera



torticolis. No volvería la cabeza aunque le picara el más descomunal mosquito.

—¿Cuál es el plato que prefiere la clientela del Capitol?

—Todos gustan. Es difícil saber cuál preferirían, porque hay una lista fija. Si se comiera a la carta, podría decirle cuál es el plato que tiene más salida. Pero los clientes no muestran preferencia por un plato determinado. Nuestra cocina es selecta, y todos los platos son para paladares hechos a toda clase de refinamientos.

—¿Cómo se llama usted?

—Antonio Castro Fernández.

#### El "changurro" es una cosa muy seria.

En el "Or Kompon", a las cinco de la tarde. Ya ha terminado toda la tarea. Junto al mostrador de la en-



trada, el "maitre", Toribio López, conversa con el dueño del establecimiento y con un parroquiano rezagado que ayuda su digestión con unos "whiskeys".

—Es difícil contestar a su pregunta—nos responde el Sr. López cuando se ha enterado del motivo de nuestra entrevista—. Si usted me hubiera preguntado cuál es el plato más celebrado de la casa, no habría vacilado en contestarle: el "changurro". Efectivamente, esta es la única casa de Madrid que sirve el "changurro". Ya sabrá usted lo que es: es la carne de la centolla, preparada de una forma especial y servida en la misma caparazón. Es, posiblemente, el plato más sabroso de "Or Kompon" y el que más salida tiene entre nuestra clientela; pero lo mismo gozan de la preferencia de nuestro público aquellos platos típicamente vascos, a los cuales nos dedicamos. Así, por ejemplo, es muy grande nuestra venta de chipirones, de merluza en salsa verde, de sopa de pescado y, sobre todo, de esa maravilla de postre vasco que se llama tostada vasca o leche frita, que somos también los únicos en preparar

#### "La carne en salsa y los asados", dice Eladio.

No podía faltar en esta consulta el "restaurant" de Eladio Leirana, una de las más populares y castizas casas de comidas de Madrid. Aunque escondida en un



recodo de la calle de la Independencia, la gente que husmea y figonea antes de meterse en un lugar para comer, ha sabido descubrir este original local, en donde el freír un huevo, según la conocida anécdota del viejo Eladio, es un arte que exige tanta disciplina y devoción como el que se requiere para dirigir "Parsifal"...

—¿El plato preferido por la clientela?—nos dice don Eladio—. Pues, verá usted: eso depende de inúmeros factores; pero, en general, lo que más se pide en mi casa son los asados y la carne en salsa, platos de los que hemos hecho una verdadera especialidad. Ya podrá usted imaginarse que cincuenta años de cocina son más que suficientes para haber logrado la perfección en la confección de más de un condimento.

—Si fuéramos a hacer una lista de los platos, en orden a su preferencia—agrega Eladio—, habría que anotar a continuación de la carne en salsa y los asados, a la pepitoria de gallina, a los calamares en su tinta, a los mariscos y a los pescados, comenzando por la merluza y el congrio.





"BENJAMIN", este zapato medio "sport" y el bolso idéntico son de una concepción nueva, con sus incrustaciones de piel de "ranula" de la India.



"FLORIDA", zapato "sport" hecho de ante o box fino guarnecido de ojete esmaltados en el color del cuero. Bolso idéntico.

Como ya os decía en un artículo anterior, mis queridas lectoras, se procura más que nunca ajustar todos los detalles necesarios para la elegancia de vestir bien, y el calzado ocupa casi el primer lugar en este conjunto. Pero no hay que olvidar que el calzado está hecho para los pies, y no los pies para el calzado.

Sólo después de muchos titubeos, encontramos la forma que nos sienta bien, tanto desde el punto de vista de comodidad, como del de la elegancia; pero una vez descubierta, no dudemos de adoptarla para toda nuestra vida, si en realidad nos parece ideal. Para romper

te" en consonancia con esas excentricidades. Sin criticarlas, repitamos juntas que la verdadera elegancia está hecha de acto y de oportunidad, y detengámonos en lo que nosotras, pobres mortales, llevaremos este verano, seguramente será menos original, pero más práctico e igual de bonito...

### Las formas y las pieles en su conjunto

En conjunto, veremos menos formas acortando el pie. Serán más alargadas, lo que armonizará mejor con los vestidos, más ensanchados en el bajo.

tímetros de altura, y son muy rectos y afinados. Algunos son casi chatos (dos centímetros). Estos últimos sólo se llevarán en ciertas horas del día.

Otros zapatos, de medio "sport", son más ligeros. Los tacones van recubiertos de cuero, y su altura variará de dos a seis centímetros. Estos se podrán llevar a cualquier hora del día.

Estos modelos son de líneas y cortes verdaderamente nuevos. Muchos menos zapatos de cordones que se cruzan varias veces sobre el empeine, pero zapatos de "sport" que cubren casi todo el empeine. Algunos ten-

# EL CALZADO Y SUS FANTASIAS

Por MADELEINE MILLET

su monotonía, podremos añadir una nota que haga "moda", adorno, color o material.

Sabemos muy bien que el tacón alto hace destacar la pierna, sobre todo si no es perfecta (esto no se refiere a vosotras, amables lectoras, que tenéis fama de poseer piernas bonitas); pero las mujeres esbeltas que posean piernas bien proporcionadas podrán usar el tacón bajo, confortable y práctico, ¡y lo a gusto que se encontrarán con él!

Como en todas las ramas de la moda, se admiten las fantasías más atrevidas, cuando son lanzadas por un gran artífice. ¡Qué cosas se ven! Para un té, un concierto, se llevan sandalias que se calzan como las babuchas y no tienen revés... Las punteras y los talones, cuadrados... Escarpines de raso en una sola pieza, con una sola costura bajo la suela, desde la punta hasta el talón... Otras sandalias, de tacón chato, dejando al descubierto los dedos de los pies, sujetas al tobillo sencillamente por una tira que se cierra con un broche... Ya comprenderéis que todas estas originalidades, llevadas por mujeres muy elegantes, son admisibles y logran el máximo del "chic", resultando, en cambio, grotescas sobre mujeres, no ya sencillas, sino de una elegancia corriente, que no lleven el resto de su "toilet-

CORRESPONSAL EXCLUSIVO DE MODAS EN PARIS

## Modelos P. A. I. S.

Reproducción prohibida

### Creación "Edith"

4, Rue Tronchet

El ante, el antilope serán los favoritos, en contra de los cueros lustrados.

Los vestidos, abrigos, sombreros, que irán adornados con guarniciones brillantes, de cuero plisado, clavos, adornos de metal, ojete de color, enrejados horadados: todo esto lo encontraremos también en los zapatos.

### Para el zapato de "sport" y de medio "sport"

Las formas no son ni cortas ni largas. En general, los tacones son de cuero. Varían entre tres y cinco cen-

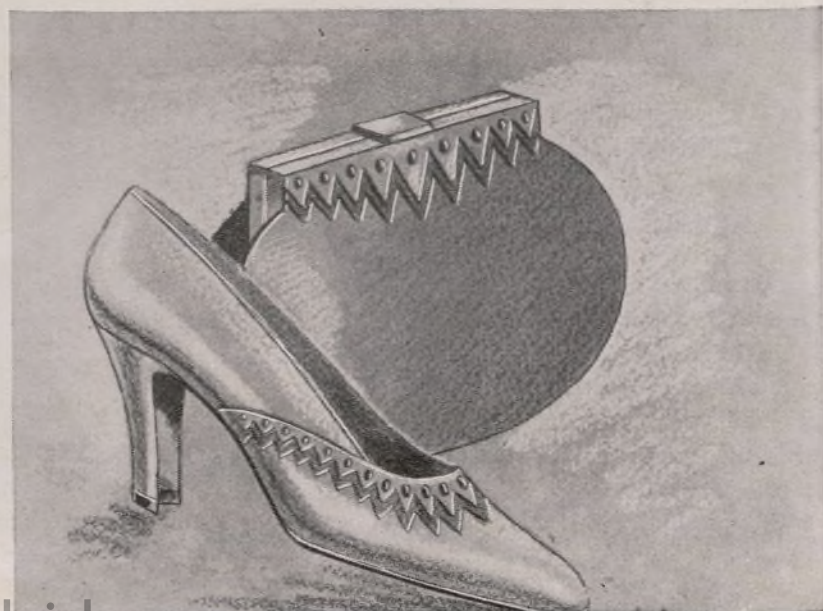
drán un cordón de dos o tres ojete; otros, una gran lengüeta, adornada con gruesos clavos de metal, o bien una raya cabalística o también unas iniciales en metal. Algunas de estas lengüetas irán incrustadas de tiras de cuero o guarnecidas de grandes agujeros. Otros modelos de corte más sencillo están perforados por varios sitios, guarnecidos de ojete de color de la misma tonalidad del cuero.

Las pieles empleadas para su confección serán, sobre todo, el ante bastante fuerte y las telas de lino. El ante azul marino, marrón rojizo, azul claro, verde oscuro se mezclará a los tejidos de lino "beige", gris, o blanco. Algunos zapatos hechos totalmente de box fino hacen una tímida reaparición. En general, el reptil se deja de emplear, excepto el cocodrilo de escamas finas, que sigue haciendo un zapato muy distinguido. Se podrá ver igualmente algunas combinaciones de serpiente y box o de serpiente y ante. Algunos otros modelos van incrustados de cocodrilo o de piel de sapo de la India; la particularidad nueva de estas pieles de reptil es que ahora son curtidas a la manera del "ante-aterciope-lado", en vez de ser lustradas.

Las tonalidades de moda serán: azul marino, verde, un poco de "beige". Para pleno verano, el blanco, mez-



"ROYAL", zapatos y saco muy sencillos, en piel de antilope, en tonos del color de moda. Ambas piezas realizadas con un broche y cerradura idéntica en oro o plata.



"ZIG-ZAG", este zapato y su bolso, guarnecidos de aplicaciones de cuero en dos tonos opuestos, adornados con clavos esmaltados.



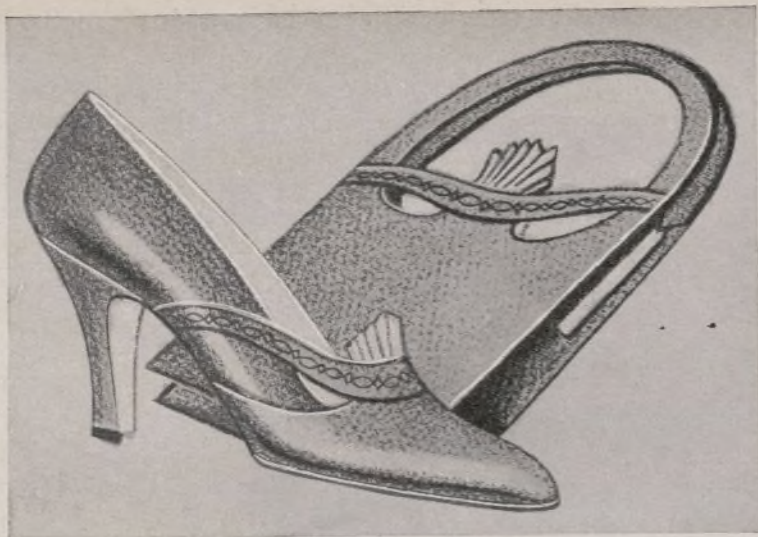
clado con el marrón, con el "beige", y el azul marino serán las tonalidades que se empleen más.

## Para el zapato de calle

Las formas son francamente más largas: algunas, bastante puntiagudas. En cuanto a los tacones, se adaptan todas las alturas para esta nueva temporada. Sin embargo, diremos que la mayoría de estos tacones son de altura media o bastante bajos.

Todas las innovaciones de la costura y de la moda se vuelven a encontrar en los delicados detalles de estos zapatos.

He aquí "Bella", sobriamente perforado en los labios; la delantera del pie está cubierta totalmente, y



"BELLA", creación muy original con el empeine terminado en un plisado y guarnición de finos pespuntos. Bolso idéntico.



"CARLOS", zapato de "sport", muy confortable, aunque muy ligero, hecho de ante inglés negro, marrón, azul marino o de cabritilla muy fina.

"DANDY", zapato de línea sencilla, guarnecido con una lengüeta de cuero brillante en un tono más fuerte. Bolso idéntico.



se termina por una lengüeta plisada guarnecida de pespuntos.

Luego tenemos "Zig-zag", zapato escotado, con incrustaciones de cuero terminando en puntas de diferentes largueras; estas últimas guarnecidas con clavos de color.

Y después, modelos hasta el infinito, todos diferentes los unos de los otros.

Los cueros que más se emplearán serán: el antílope en todos los colores, guarnecido a menudo de cuero lustrado o barnizado en los mismos tonos; alguna cabritilla fina.

Los colores que más se llevarán serán: azul marino, negro y marrón. Después vienen el verde en varias tonalidades, "beige", coral, albaricoque, los azules y el rosa pastel.

## Para los vestidos de noche

Las formas serán, en general, largas, pues es indispensable que tengan un tacón alto y fino para acompañar los vestidos de noche: éstos no admiten ser llevados con tacones bajos, pues la mujer debe conservar el máximum de esbeltez y agilidad. No olvidemos que el efecto más bonito de un vestido de noche se consigue a base de la largura que se dé desde el talle.

Contrario a los modelos para la calle, éstos serán de una gran sobriedad: en su mayoría, escotados; otros llevarán múltiples y finas correitas, que se abrochan muy arriba del empeine.

La cabritilla de plata o de oro será la más fácil para ajustar a todos los vestidos. Muchos modelos se repiten igualmente en el tejido del vestido, adornado con incrustaciones de cabritilla de plata, oro o cabritilla metalizada en todos los colores.

Observad que cada modelo de calzado puede llevar su bolso idéntico, en donde se reproducen los mismos adornos que llevan los zapatos. Pero ya hablaremos en otra ocasión de éstos.

Y ahora, para distraeros un poco, quiero preguntaros si sabéis que:

En tiempos del historiador Gregorio de Tours (evi

## "CIUDAD" conquista a Bilbao

"Ciudad", como un reguero de pólvora, corre por toda España.

Ayer publicábamos las fotografías de su triunfo en Barcelona. Hoy ofrecemos las de la favorable acogida que le ha acordado Bilbao. Cuatro meses de vida apenas, y "Ciudad" ya se ha impuesto hasta en los más apartados pueblos. Y no es sólo en España donde "Ciudad" triunfa. De Francia e Italia llegan diariamente los pedidos de ejemplares y suscripciones. La España nueva y limpia que aparece en nuestras páginas se muestra al extranjero con los consiguientes beneficios de atraer turistas.

"Ciudad" ha recibido en Bilbao el "espaldarazo" de Teresa Irala de Simón, propietaria de la "Casa Ira-

dentemente, es algo antiguo: 538 a 594...) se regalaba un calzado a los prometidos, al mismo tiempo que el anillo de boda...

Antiguamente, en vuestro bello país se fabricaban sandalias con retamas...

En el siglo VIII, algunos pares de zapatos formaban, a veces, parte de los regalos ofrecidos a los Papas por los soberanos... En tiempos de Luis-le-Débonaire, Salomón III, duque de Bretaña, su contemporáneo, encarga a los embajadores que envía a Roma de presentar en su nombre, al jefe de la Iglesia, con una estatua de oro de tamaño natural, un mulo ensillado, treinta túnicas, treinta piezas de lienzo de todos los colores, treinta pieles de ciervo y... treinta pares de zapatos para sus criados...

**Nota.**—A causa de un error tipográfico, hemos ortografiado mal el nombre del gran sastre parisiense que nos había entregado el documento que ilustraba nuestra página de modas masculinas en el número XI de CIUDAD. Pedimos mil perdones y rogamos a nuestros lectores y lectoras lean: "Creaciones DEBAC-KER & Co. Avenue de l'Opera, Paris."

la", afamada Agencia ubicada en la plaza Nueva, 1, quien ha sabido distribuir tan acertadamente nuestra revista, que apenas colocada en los quioscos y puestos de venta, los ejemplares se agotaron.

Hoy, más que nunca, podemos indicar la verdad que encierra nuestro subtítulo: "Revista de Madrid para toda España".



# MANTILLAS

# VESTIDOS

# SEDAS

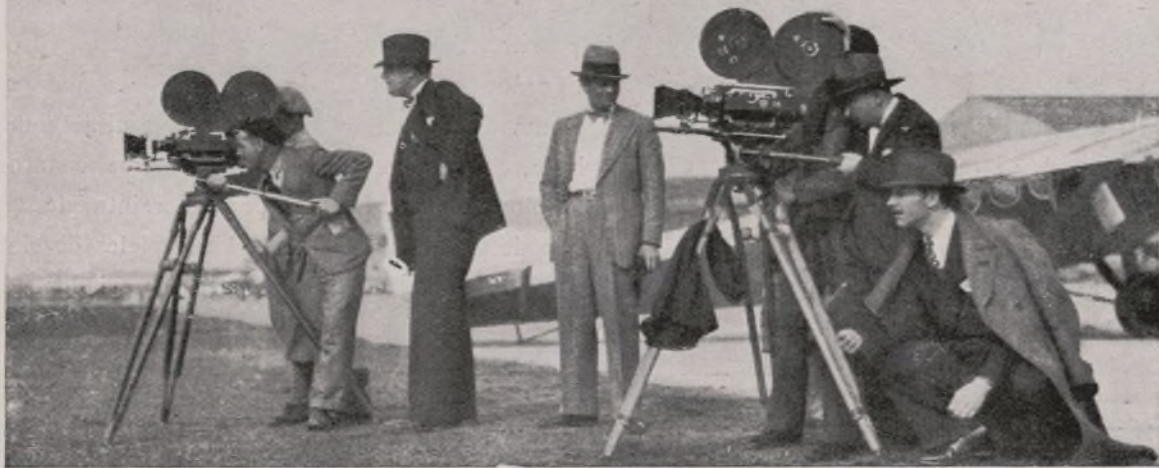
# Eleuterio FUENCARRAL, 14

Ayuntamiento de Madrid



# LUIS ALVAREZ POR LOS ESTUDIOS DEL MUNDO

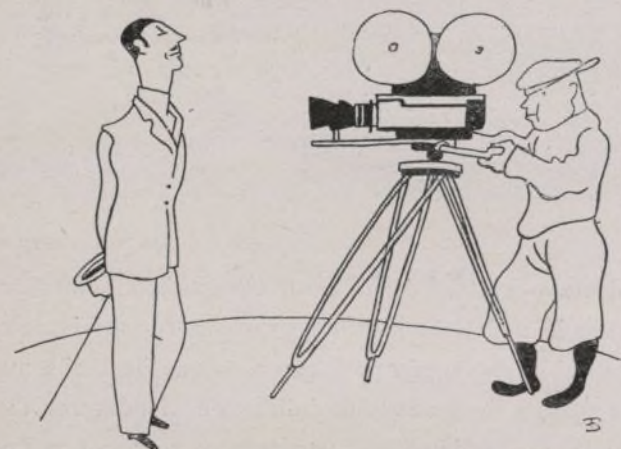
## POR FERNANDO G. TOLEDO



Como una porción de fenómenos naturales, el comienzo de nuestro amigo Alvarez en el campo cinematográfico tuvo su origen en tan remotas causas, que hacen casi imposible el determinar, de una manera inequívoca, las fuentes de tan feliz resolución. Es un hecho, sin embargo, que su espaldarazo en la orden del celuloide lo recibió en Madrid.

He aquí cómo:

En uno de los principales cafés de la Gran Vía—hoy ha de-



jado de existir—se reunían alrededor de una de las mesas un grupo de individuos que, por la manera de comportarse con los extraños a ella, más bien parecían conspiradores que unos tranquilos adictos a la cafeína. Se hablaba, generalmente, en voz muy baja y como desconfiando del vecino, se inclinaban los unos hacia los otros cuando tenían que hacer alguna observación o confidencia, o bien la conversación tomaba un crescendo al borde de la gritería cuando llegaba un individuo poco conocido en el grupo misterioso y, con un mutuo acuerdo sorprendete, se hablaba entonces de las cosas más ingenuas: de toros, de libertad en las diferentes formas de gobierno o de la mejora de los cigarrillos de la Tabacalera.

La primera noche que Luis fué admitido en la tertulia se habló de la bondad de los impermeables ingleses y sus diferencias con los paraguas del Japón.

Cuando todo parecía más tranquilo en aquella noche memorable, llegó, envuelto en una ráfaga de aire frío y de un grisáceo abrigo, un venerable anciano de barbas blancas, inmaculadas, que fué a sentarse al lado de un individuo cetrino verdoso y de cóncavo frontal, a quien todo el mundo hablaba con una melosidad y un respeto dignos de mejor causa.

Sentóse nuestro viejecillo, y el camarero, solícito, se acercó:

—¿Café?

—No, Damián. Tengo el estómago estropeadillo...

—Si D. Cirilo quiere se lo traigo y ya lo anotaremos... —insistió.

—Bueno, hombre. Ya que te empeñas, tráemelo con unas tostaditas..., ¿sabes?... Pródigas en mantequilla..., ¿eh?

Y sin dar importancia a la conversación terminada con el camarero, comenzó una nueva, en voz muy baja, con el bilioso individuo que tenía a su lado. Mas paulatinamente aquel murmullo fué subiendo de tono, hasta adquirir unas proporciones inverosímiles. El resto de los contertulios se miró sorprendido de la osadía del viejito de las barbas. Todos, intranquilos, parecían temer que algún secreto formidable se escapara en el fragor del debate, que alguna orden privadísima se pudiera hacer pública. Las facciones del cetrino tenían ahora un definido color verde esmeralda; las del anciano habíanse tornado rojo escalata, y ambas caras, separadas por la blanquísima barba, recordaban una bardera italiana furiosamente batida por un fuerte viento de los Apeninos. Al fin levantóse el señor respetable, y encarándose con el otro le dijo en una voz profunda que resonó por todo el café:

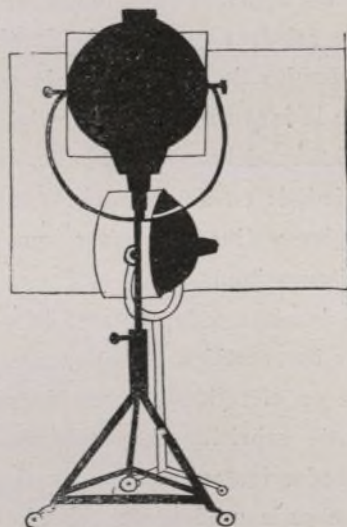
—¡...Y la suya también! Pero sepa usted que un Martínez, ni ha hecho ni hará películas a diez pesetas. ¡Ea!

Pasaron varios meses, durante los cuales Luis Alvarez fué un asiduo concurrente al mencionado café, y, sin saber en qué momento preciso, se dió cuenta de que era un «chico del cine». Sus amigos así lo decían, su patrona también, y—prueba la más concluyente—los contertulios, a quienes pagó el café más de una vez, ya no cambiaban de conversación cuando él llegaba a la mesa:

—Parece que Mengánuez va a «rodar» algo, ¿sabes?, y —oye, dame un cigarrillo—la película va a tener muchos papeletos. Zutáñez ya firmó.

Pero, por fortuna, aquella película nunca se llegó a «rodar», porque en cuanto el capitalista cambiaba dos palabras con «los del cine», se llevaba, casi siempre, un susto tan fenomenal, que no le volvían a ver en un quinquenio.

¿Qué era y cómo era una cámara cinematográfica?—se preguntaba muchas veces Luis Alvarez lleno de inquietudes y sinceridad. El conocía cámaras, ya lo creo: frigoríficas, nupciales, neumáticas, claras, etc. Pero de las otras, no. ¡Aquellas eran un arcano indescifrable!



Alvarez sospechó muchas noches que sus compañeros de tertulia se hallaban en idéntica ignorancia. Porque, ¿quién iba a ser el guapo que llevara una cámara cinematográfica al café? Y, no siendo así, ¿cómo tener la oportunidad de ver una?

Pero al cabo del tiempo, Luis tuvo no sólo la oportunidad tan deseada de ver una cámara, sino de trabajar, además, ante ella. ¡Qué cosa maravillosa! Se le antojó un insecto de gran tamaño al que el fotógrafo había logrado domesticar: se levantaba, se agachaba, giraba su cabezón enorme en todas direcciones, y no apartaba jamás su mirada escrutadora del entrecejo de Luis. ¡Qué fuerza de voluntad se necesitaba para no caer en la tentación de mirarla también correspondiendo a su impertinencia!

Se trataba de una película de ambiente del siglo pasado, y Alvarez se creyó el más feliz de los mortales al verse ante el espejo recién «maquillado», con sus pantalones estrechos, un levitín de cerrada solapa y un sombrero hongo muy dig-

no, a pesar de sus manchones, rematado todo ello por un bastoncillo de junco que daba la mar de carácter. Sus cejas negras, su bigotillo, le hicieron sentirse orgulloso de su físico. Aquella cara de él era, sin duda alguna, muy fotogénica; se parecía, incluso, a alguno de los astros consagrados por el cine... John Gilbert, Ronald Coddamn, Gilbert Roland..., no podía determinar...

Pero su ilusión duró poco. Unos nenes que vagabundeaban por el patio—llamado estudio—se pusieron muy cerca de Alvarez, y con un dedito en lo más profundo de la fosa nasal y señalándole con otro para evitar toda duda, le dijeron a boca de jarro:

—¡Anda ese! ¡Si parece Charlot!...

Alvarez amagó un puntapié destinado al niño y salió loco en busca de un espejo. ¡Recáspita! El angelito tenía razón.

Después de siete días de trabajar en «El valiente del mamporro», los ojos de nuestro ciudadano, presa de una conjuntivitis magistral, parecían hechos de Cantimpalos selecto. Así se hallaban de picantes y coloradotes. El médico tuvo que hacerle dos visitas; la farmacia le costó más de cinco duros, y entre «taxis» y gafas ahumadas otros tantos. De manera que gastó bastante más que lo que le pagaron. Pero, eso sí, cuando por la noche entraba en el café con sus gafas ahumadas y guiándose por instinto hacia la mesa «del cine», se sentía tan ancho y orgulloso, que todo lo daba por bien empleado.

—¡Hay que conformarse, chico—le decía algún veterano—, las luces son nuestro peor enemigo!

Pero una noche aciaga—Alvarez no la olvida jamás—, el café se hallaba tan concurrido, que el lugar de las diferentes mesas había sido cambiado. Así es que al dirigirse a su sitio habitual en la penumbra de sus gafas ahumadas y sus ojos doloridos, palpando los respaldos de las sillas, tropezó con el hombro de un individuo. Volvióse el caballero, y al verle con las manos extendidas en suplicante ademán y unas enormes gafas ahumadas, siendo de noche, le dijo con la más caritativa de las voces:

—Perdone, por Dios, hermano.

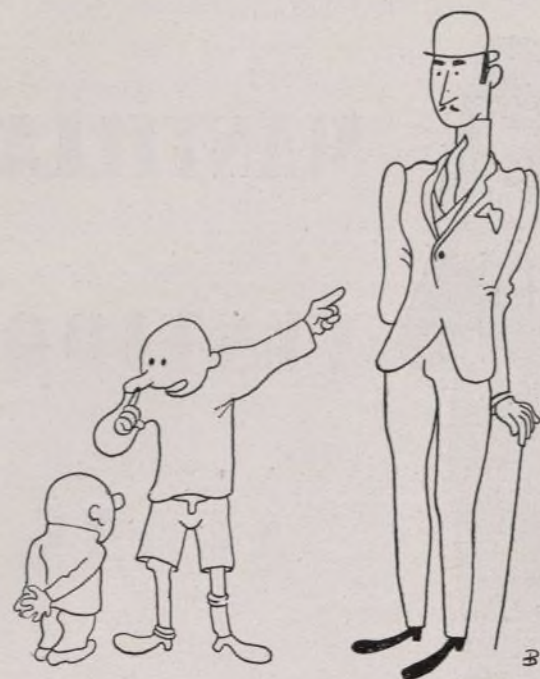
Alvarez sintió enormes deseos de abalanzarse sobre el infame y estrujar aquella garganta blasfema hasta convertirla en un calcetín, pero como no estaba seguro de acertar el sitio en que se hallaba la ruin, decidió adoptar una postura de dignidad:

—Yo no soy ciego-mendigo—exclamó—. Soy «estrella», señor, y por eso las luces son mi enemigo.

Al oír, asombrado, el individuo aquella extraña rima y la altivez del que así hablaba, se quedó sin aliento.

Alejóse Luis Alvarez del lugar, tropezando acá y acullá, y le pareció oír un susurro muy suave en el que figuraba la palabra «Leganés».

Sus amigos de la tertulia «del cine» le aseguraron que, desde aquella noche, el señor del incidente le miraba con mucho respeto.



**Lubrificantes Americanos "KLIFF-LAND"**

ACEITE PURO MINERAL 100 POR 100 SUPER-REFINADO PARA AUTOMOVILES Y TODA CLASE DE MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL

Exclusiva Región Centro: **FERNANDO GUTIERREZ**  
Paseo de Santa María de la Cabeza, 1 - MADRID - Teléfono 71670

Ayuntamiento de Madrid



## Los proyectos de Ernst Lubitsch

Desde que Ernst Lubitsch ha tomado la dirección de los estudios Paramount, parece concentrar todos sus esfuerzos en contratar directores de primer orden. Ha empezado por solicitar los servicios de King Vidor, que realizará «So red the rose» («Rojo como la rosa»), según una famosa novela de Stark Young. Sus principales intérpretes serán Pauline Lord, Fred Stone y Fred Astaire. Lubitsch ha contratado también a Lewis Milestone por un plazo de dos años. Milestone rueda en estos momentos «París en primavera», y empezará enseguida «13 hours by air» («Trece horas en avión»), con Gary Cooper y Carole Lombard.

Lubitsch ha anunciado que, mientras esté de director de la Paramount no dirigirá ninguna película por falta de tiempo, pues sus nuevas funciones le acapararán por completo.

¿Quién se encargará entonces del próximo film de Marlene Dietrich? La estrella alemana ha sido llamada a Nueva York para continuar filmando algunas escenas de «The Devil is a woman» («Capricho español»), y al mismo tiempo ha firmado un nuevo contrato con la Paramount por dos años, a razón de dos «films» por año, y con un sueldo de medio millón de dólares (cerca de cuatro millones de pesetas) por los cuatro films.

Mas como Sternberg se va de la Paramount, Lubitsch debía dirigir el próximo «film» de Marlene... ¿Quién le reemplazará? ¿Vidor, Milestone, Mamoulian o Frank Tuttle? ¿Y cómo «será» la nueva Marlene?

## Erich von Stroheim vuelve

Erich von Stroheim acaba de firmar su primer contrato después de dos años de vacaciones forzosas. El que fué uno de los más grandes realizadores de films ha sido contratado por David Selznick para escribir un escenario original con destino a la Metro, y al mismo tiempo trabaja en la preparación del próximo «film» de Greta Garbo, «Anna Karenina», que dirigirá Clarence Brown.

## El primer film de Fritz Lang en América

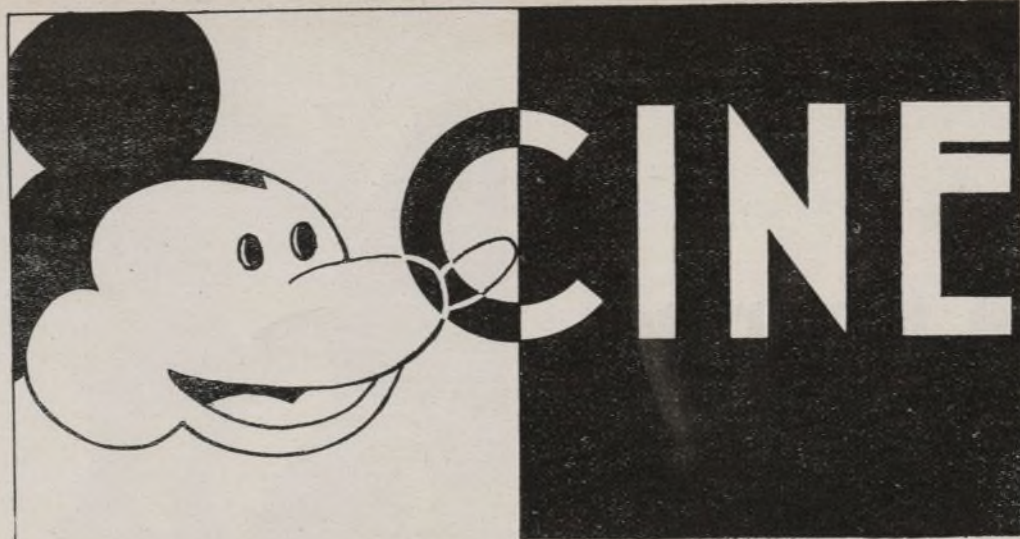
«Hell Afloat» («Infierno flotante») es el título de una misteriosa aventura marítima que dirigirá para el cinema, en Hollywood, el famoso «régisseur» alemán Fritz Lang. Se pensó para esta película en la pareja que forman Myrna Loy y William Powell; pero hubo que desistir de este propósito porque ambos artistas están ocupados en otros papeles.

## «La historia de la aviación»

Este es el título del film que se prepara en Londres. Alexander Korda, que dirigirá esta producción, quiere reconstituir la maravillosa hazaña de Blieriot atravesando el Canal de la Mancha. También aparecerán en esta película Vedrines, Legagneux y todos los «ases» gloriosos de la aviación.

## Ramón Novarro, director de películas

Ramón Novarro, cuyo contrato con la Metro acaba de vencer, abandona, por ahora, la interpretación de films para hacerse director. Por el momento dirigirá películas en español. La primera que ha empezado se titula «Contra la corriente», con José Caraballo, campeón de natación argentino, y Juan Alcañiz como principales intérpretes. Novarro ha escrito él mismo el escenario, y sus proyectos futuros dependerán del éxito de este primer ensayo.



P o r G A B R I E L G A R C I A E S P I N A



CONTROL

CINEMATOGRAFICO

- «ALTO» Deténgase usted y lea: la película merece la pena.
- ⊕ «CUIDADO» Un film con determinadas debilidades artísticas.
- «SIGA» Obra deficiente que no merece ni que usted se detenga a considerar su título.

⊕ *Doce hombres y una mujer.*—Un argumento poco corriente en el manido cinema español llevado al celuloide de una manera desigual y desconcertante. Muy bien de fotografía, bien de escenarios y regular en todo lo

N A N C Y C A R R O L



que resta. Fernando Delgado es el realizador de este film, que en el mejor de los casos no añade ningún jalón ilustre a nuestra mediocre historia cinematográfica. Irene López Heredia, primera figura de la película, «dice» su papel con admirable empaque.

⊕ *Gente de arriba.*—Es una película con cierto contenido moralista y aleccionador, a la manera norteamericana, claro está. Interesa el film—más en la primera mitad—por el excelente trabajo profesional de los actores, sobre todo por parte de Warren Williams, sobrio y expresivo como nunca. Excelente en decorados y en «foto». Mary Astor—nuestra reverencia para su jugosa veteranía—y Ginger Rogers, la deliciosa «flapper», ocupan en el reparto los dos principales papeles femeninos.

⊕ *Mujeres peligrosas.*—Película tomada de una novela de Vera Gaspary por James Flood, con resultados felicísimos para el insomnio. Warner Baxter procura, como puede, evadirse del asedio de numerosas damas. No falta ni la consabida escena judicial con su

bello y plúmbeo diálogo. La interpretación no está mal. El maduro galán que nos ocupa se defiende dignamente ante el tomavistas. Ellas son: Rosemary Ames, Mona Barrie y Herrieta Crosma. La película no es que sea mala, pero... ustedes se harán cargo.

● *Cautivo del deseo.*—Un film ingrato y sombrío, interpretado por Leslie Howard. Bette Davies y Frances Dee, en un segundo plano de valores interpretativos, tienen a su cargo los dos opuestos papeles femeninos de la película.

⊕ *Stingare.*—Richard Dix nos trae a la grapa de su montura un buen puñado de incongruencias cinematográficas. Se trata de una leyenda australiana del siglo pasado, llevada a la pantalla de una manera primitiva, y no exenta de interés. Irene Dunne es la pareja de Richard Dix en esta película atrabiliaria y divertida en medio de todo.

⊕ *Bolero.*—Estimamos que George Raft no llegará nunca—acaso afortunadamente para él—a ese puesto privilegiado que parecen destinarle los productores yanquis. Buen actor, excelente bailarín en esta película, le falta algo—estatura y «perfil»—para llenar ese cupo de perfecciones varoniles, monótona y vulgarmente necesarias como cánón de belleza cinematográfica. «Bolero» es un film endeble de concepto, pero bien realizado. Ambiente de «avant» guerra, decorados lujosos y exactos, bella disposición escénica para los motivos coreográficos. Pero todo ello, más la belleza inquietante de Carole Lombard, no bastan a sostener el interés de un asunto monótono y falto de perspectivas para el cinema.

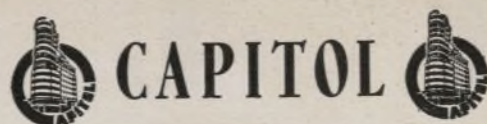
○ *El arrabal.*—Una buena película sobre un tema retrospectivo de la vida de Nueva York. Este matiz es acaso el menos interesante. El film está casi totalmente rodado en interiores y con admirable disposición. Luego, Wallace Beery, George Raft y Jackie Cooper, llevan adelante su trabajo con tan preciosa maestría, que sólo por esta interpretación rebuscante de gracia, de picardía y de ternura, merece el film la calificación excelente que no le regateamos.

○ *Dos en uno.*—Fritz Kampers al frente del reparto de este film, que ha resultado en primer término, muy gracioso. Y ya es bastante. Buena dirección de Fric, llevada con soltura y facilidad. Y bien de «foto» y de escenografía. La película divierte en extremo.

## Noticias cinematográficas

*La vida privada de Napoleón I.*—Una vez que el gran director francés Duvivier haya terminado el rodaje del film «Gólgota», que actualmente realiza, emprenderá la impresión de un film histórico titulado «La vida privada de Napoleón I».

Sabemos que los documentos necesarios para construir este escenario han sido reunidos por una alta personalidad del mundo jurídico. Se dice que esta película supondrá un gran es-



E S T R E N Ó

## En Capri nació un amor

Producción Hispano Fox Film

Huch Williams

Mona Barrie

Helen Twelvetrees

fuerzo del cinema francés en una época en que América e Inglaterra parecen ser las únicas que evocan en la pantalla los grandes personajes de la historia.

*De Hollywood.*—Warner Baxter ha sido clasificado en un reciente concurso como el mejor vestido de los 10 hombres más elegantes de Hollywood. En cuanto se ha conocido el resultado, Warner Baxter ha recibido infinidad de ofrecimientos extraordinarios de sastres, camisereros, zapateros y sombrereros de todo el mundo.

*Los corredores de antorchas.*—La Fox ha decidido llevar a la pantalla una célebre comedia americana que lleva este título. El film será dirigido por B. G. de Sylva e interpretado por Will Rogers en el papel principal.

*Elisabeth Bergner.*—El próximo film que interpretará esta gran artista alemana será «Juana de Arco», la heroína francesa, en la versión arreglada para el cine de la famosa obra de Bernard Shaw. Actualmente, Elisabeth Bergner está trabajando en Nueva York, donde consigue unos éxitos rotundos en la obra de teatro «Escape me never».

*Proyectos para Jean Harlow.*—La Radio Picture tenía la intención de filmar con Katharine Hepburn una adaptación de «La bella tarasca», y según la obra de S. H. Adams; pero después renunció a este proyecto. Y la Metro Goldwyn Mayer acaba de comprar los derechos de esta obra, que interpretará seguramente Jean Harlow.

*Claudette Colbert.*—La Paramount ha elegido como primera película para Claudette Colbert la obra «A Bride comes home» («Una recién casada vuelve a su casa»). Sus compañeros serán probablemente Fred Mac Murray y Ray Milland, los mismos de «The Gilded Lily» («Ida y vuelta»), con Wesley Ruggles de director. Pero antes de estos dos films, Claudette Colbert trabajaría para Columbia en «If you could only cook!» («¡Si supieses guisar por lo menos!»)

M I R I A N H O P K I N S





# A L I X

## por

### CLARE THORNTON

Contrariamente a su habitual temperamento apacible, aquella mañana Peter Milsom, sentado ante el escritorio de la oficina central de «Milsom e Hijo», hilvanaba pensamientos inquietos y confusos. Se iniciaba para él un día de mucha actividad, pues su tío, presidente de la sociedad, se hallaba ausente, acosado por uno de sus periódicos ataques de gota.

La firma «Milsom e Hijo»—el hijo había muerto en la guerra y Pete había sucedido en su cargo comercial—, ocupábase de la exportación de productos de la India, y aunque, debido a la crisis general, los negocios escaseaban, la situación no era, en su conjunto, tan mala como podría serlo teniendo en cuenta el difícil desarrollo del comercio internacional.

Las preocupaciones de Peter se centralizaban en una causa principal: esa misma mañana, indefectiblemente, debía telegrafiar a la sucursal de la firma en Calcuta, aceptando o rechazando la gerencia que se le ofrecía. Su tío veía en ello una excelente oportunidad y, financieramente, un movimiento de conveniencia.

Pero... ¡estaba Alix Grant!... El interrogante que vibraba constantemente en el corazón de Peter buscando con afán una respuesta feliz era si debía ir a la India por un par de años o permanecer en Inglaterra para dar amplia expansión a la profunda simpatía que por Alix sentía. Este dilema escapaba del conocimiento de su tío John, a quien poco interesaban las actividades de su sobrino fuera de las horas de oficina.

Habiendo dictado una docena de cartas a una rubia dactilógrafa que hubiera ciertamente perturbado la modalidad del más pacífico de los hombres, pero cuya gracia nada significaba para él, pues era pequeña y rolliza, lo que equivalía a la antítesis de Alix, Peter sentóse ante su escritorio, ensimismado en las reflexiones conectadas con el problema que le intrigaba sobremanera. En su actitud pensativa, sus dos ojos vivaces y serenos iluminan su rostro, ligeramente ensombrecido por la preocupación. El hecho era que Peter estaba ya más o menos enamorado de Alix, pero... sentía miedo. Miedo de no ser feliz en el casamiento que concebía y consideraba ineludible si afianzaba y acrecentaba aquello que era una simple simpatía. El no se había imaginado nunca que podría llegar a enamorarse de una muchacha del carácter de Alix. Había desechado siempre oportunidades en las que podría alternar con jóvenes locuaces, coquetas e indiferentes. No obstante, una noche conoció, en todo el auge del bullicio y la alegría, a la joven Alix, que evidenciaba en cada uno de sus gestos frívolos exactamente el polo opuesto de la mujer de sus ensueños.

¡Alix! Veíala, imaginariamente, en todo el radiante esplendor de sus hechizos que tanto le subyugaban, sin desprenderse, en su visión, de aquella faz opuesta, que lo era su fría sensibilidad, y que él tanto desdénaba. Una silueta grácil, alta, delgada, de formas esbeltas; un rostro jovial y resuelto al que dos ojos verdes y fríos daban encantadora expresión, constituían para Peter un hermoso motivo de ensueño, que disipábase de súbito al recordar aquella boca provocativa y pintada en la que nunca faltaba un cigarrillo.

Alix no estaba, sin embargo, acostumbrada a la molición. Con su gesto moderno y distinguido ocupaba un cargo importante en las oficinas de una firma de primer orden, en las que debía crear ideas relacionadas con decorados de interiores suntuosos. Tenía, además, infinidad de parientes con amistades encumbradas, por cuya circunstancia los pedidos inundaban el comercio, desde que ingresara a él. Era laboriosa en grado sumo, trabajaba con ahínco, y, hasta en el juego mismo se evidenciaba su gran afán de vencer, reduciendo a un mínimo sus ratos de ocio. Este exagerado concepto de la actividad disgustaba a Peter, cuyos ideales de feminidad los formaban cualidades tales como la dulzura, la consideración y la delicadeza. Había momentos en que Alix le desagradaba enormemente; pero no eran sino efímeros momentos,

Alix amenizó la fiesta, ejecutando al piano algunos «fox-trots» ligeros, a los que imprimía todo el brío de su ánimo juvenil.



consideraciones rápidas que se disipaban prestamente para dar lugar a pensamientos dulces, llenos de ternura, con los que engalanaba siempre el gratísimo recuerdo de Alix. De aquí que, si alguna sombría conjetura empañaba, por algunos brevísimos instantes, la encantadora visión de Alix Grant, durante largas horas desfilaban por su mente soñadora los exquisitos atributos de la muchacha.

Ella tenía infinidad de admiradores y él no tenía en qué fundar sus esperanzas. Hombres que gozaban de situaciones mejores que la suya, hombres mucho más atractivos que él, formaban la legión de sus fervientes adoradores. Pero ninguno de ellos se sentía optimista; los ojos verdes y fríos eran a menudo burlones y sarcásticos; aquellos labios pintados tenían un encanto penetrante y parecían murmurar constantemente audaces, cínicas palabras que, presentíase, eran movidas por la picaresca intención de provocar un comentario.

Peter se daba perfecta cuenta del carácter frívolo de Alix, y a no ser por su temperamento sensitivo y romántico desechando toda vacilación, todo razonamiento, le hubiera declarado su amor y si hallara de parte de ella una respuesta hostil, telegrafiaría de inmediato su aceptación a la oficina de Calcuta.

Pero la calma y la meditación constituían el temple mismo de Peter Milsom. El no estaba, en realidad, tan profundamente enamorado como para no poder razonar... Y la razón le decía: «Eres un insensato si te casas con mujer tan frívola, con tan despiadada y egoísta criatura. La vida con ella sería imposible para ti luego de un tiempo. Eres de un corazón demasiado tierno, de un carácter demasiado sano e idealista para convivir con tendencias tan opuestas. Vete pronto, que ya hallarás la mujer de tus sueños.»

La noche anterior, en la velada ofrecida por los Crests, ella había sido, como siempre, la figura central. Sin embargo, no era la más bulliciosa de las jóvenes, pues, en realidad, su trato, dentro del carácter jovial que le distinguía, era sobrio y afable. Pero había en sus modales un encanto tan particular, partía de aquella exquisita figura una corriente tan familiar de simpatía y distinción, que prácticamente todos los invitados de la fiesta la consideraban el motivo mismo de la reunión, colmándola de atenciones y de cumplidos.

Accediendo gentilmente al unánime pedido de los presentes, Alix amenizó la fiesta ejecutando al piano algunos «fox-trots» ligeros, a los que imprimía todo el brío de su ánimo juvenil. Peter sabía muy bien cuán difícil le resultaría despedirse de ella esa noche y partir, pues el acecho inextinguible de su retrato perseguiría pertinazmente. Vería en todo momento la profunda blancura de sus manos, que se posaban con hábil movimiento sobre el teclado de aquel piano obscuro, al que ella daba todo el impulso animoso de su espíritu y del que sabía arrancar, con singular maestría, el verdadero ritmo de la «jazz» chillona y trivial. Vería a cada instante a Alix Grant, pletórica de encantos, su delicado cuello parcialmente cubierto por algunos bucles de azabache que rozaban ligeramente su cutis aterciopelado, toda vez que, con un gracioso movimiento de cabeza, retribuía una lisonja o festejaba

algún cumplido. Y vería también... dando las últimas bocanadas de humo de su infatigable cigarrillo.

Sus modales denotaban que nadie podría ejecutar esa clase de música con tanto acierto. Y luego, de súbito, dejó el piano y se puso de pie. ¡Oh, la sublime esbeltez de ese cuerpo armonioso en aquel atrevido vestido blanco! Y se volvió hacia él, dirigiéndole una mirada firme y fugaz, como significándole que, no obstante la semiobscuridad del salón, ella sabía donde él estaba sentado.

—Ven, baila conmigo, Peter.

El consintió, pero siempre sin desprenderse de su tenaz razonamiento que lo inmunizaba del peligro que irradiaba la seductora belleza de aquel cuerpo de coqueta. Estaba firmemente determinado a no ceder. ¡No! No podría ceder. Sería un insensato. Una muchacha moderna, indiferente y fría calculadora; que cultivaba la «jazz» y sus frívolos anexos. ¿Qué bondad, qué ternura podría alojarse en el corazón de la pobre Alix? El tipo de mujer que ella encarnaba era el que siempre había temido y eludido.

Por un momento pensó si no lograría ella seducirlo, si se lo propusiera. Alix había invitado a bailar. Otras jóvenes, por el contrario—las del temperamento femenino que a él agradaba—, esperaban que los caballeros las solicitasen. Estas y muchas otras reflexiones forjábanse Peter, inducido por la vacilación a que le abocaba el hechizo de una mujer frente a sus defectos más sobresalientes. Concebía el sentimental cuadro de una joven madre de rostro dulce y candoroso, sentada, en la feliz quietud del hogar, meciendo amorosamente a su querido niño, que tenía fuertemente asido en sus brazos, prodigándole todo el calor de su cariño materno. Imaginaba también la risa burlona y ligera de Alix si le fuera ensalzada la profunda belleza de una escena tan conmovedora. Parecía oír, con precisión, su voz vacía y cruel, al concretar desdeñosamente su material respuesta:

—Nada de niños.

De sus gestos, de su temperamento, transfundíanse claramente estas presunciones. Alix era moderna...

Una ráfaga de disgusto y repulsión detuvo el desfile de sus reflexiones. La sola idea de entregar su vida en manos de una mujer así le torturaba.

Sería una locura. Pocos minutos más tarde su actitud estaba decidida. Telegrafió a la oficina de la firma en Calcuta comunicando aceptar la oferta y que partiría dentro de una quincena.

Llegó la hora del almuerzo. Pensó que sería quizás conveniente que se pusiese el gabán. El cielo estaba cubierto de espesos nubarrones. Al mirar por entre los cristales de la ventana vió lo que es sumamente común en las calles de Londres: un hombre arrollado por un automóvil.

No podría decir exactamente cómo se produjo el accidente. Hubo, en tumultuosa confusión, gritos de espanto, ruido de frenos, precipitación de transeúntes, y luego, el coche que había provocado la desgracia se detenía. Otros coches se detuvieron también. La gente formaba círculo alrededor de algo obscuro que había quedado tendido en el suelo.

—¡Qué veo, mi Dios!—dijose para sí, sorprendido.



Una joven alta, vistiendo un traje claro, abrióse paso autoritariamente entre la muchedumbre y arrodillóse resueltamente al lado de la víctima. ¡Era Alix!

Como siempre, ella dominaba. La gente se retiró a su pedido al tiempo que ella levantaba delicadamente la cabeza del hombre herido. Un policía se acercó junto a la joven, indagándole, a lo cual ella contestaba con presteza, no sin desatender su humanitaria tarea.

La sorpresa causaba a Peter una extraña conjunción de efectos: estupor primero, dolor y regocijo después. Por brevísimos instantes se resistía a creer lo que sus ojos presenciaban. Bajó velozmente las escaleras sin esperar el ascensor. Los curiosos formaban ya una masa compacta; se mezcló en ella, pues felizmente era alto y podía ver por sobre las cabezas de los demás. Debajo de la cabeza del infortunado peatón, que descansaba sobre las rodillas de Alix, una gran mancha de sangre se extendía rápidamente sobre el vestido de la muchacha. Peter pudo observar este detalle sombrío aprovechando el claro que dejaba un policía al moverse para recoger los datos del accidente.

Y prosiguieron a la escena los procedimientos que siempre se adoptan en estas circunstancias. Los policías detuvieron al conductor, cuyo rostro lívido y nervioso denotaba la agitación que tan ingrato suceso le ocasionaba. Peter contemplaba la escena, y su gran asombro acrecentábase más y más al observar la noble y tierna actitud de Alix, que difería tanto del concepto que de ella se había formado. Atónito, no cesaba de mirarla, en toda la magnífica expresión de ese gesto tan digno. ¡Era asombroso! Ella, Alix, sencilla, buena, de corazón...

¡Y pensar que era la Alix de la noche anterior, sentada ante el piano de los Crests, imprimiendo bulliciosos y ligeros aires de «jazz», entornando con maliciosa intención sus ojos fríos de coqueta!...

¡Alix, que contestaba con burlona ironía a todo cuanto de tierno y femenino se hacía mención! ¡Cuyos labios pintados decían siempre, audaces, cínicas palabras! ¡Alix, a quien él suponía carente de sentimientos!...

Su rostro era ahora maravillosamente dulce; sus blancas manos prestaban un auxilio de misericordia.

Procedíase a practicar las primeras curas a la víctima mientras se aguardaba la llegada de la ambulancia. Cuchicheos, conjeturas de circunstancia que partían de los labios de los presentes, contribuían a aumentar el desconcierto de Peter.

—Cruzaba sin mirar... No puede culparse a nadie.  
—¿Qué muchacha bondadosa!...  
—¿Habrá muerto?  
—Ya llega la ambulancia.

El estridente sonido de la campana del vehículo dispersó el grupo de curiosos. No obstante, permanecían obstinadamente en la acera, saciando sus ávidos deseos de sensación.

Y Peter veía, por sobre las cabezas de la gente, a los empleados recogiendo el cuerpo inmóvil del infortunado peatón y colocarlo en la ambulancia. Cubría su frente la venda que Alix le colocara, ya completamente cubierta de sangre.

Los agentes ordenaron descongestionar el tráfico, y paulatinamente la calle fué asumiendo su aspecto normal.

Peter tocó suavemente el brazo de Alix, quien se volvió rápidamente.

—¡Oh! Tú, Peter... Naturalmente, tu oficina queda por aquí. Yo...

En lugar de terminar la frase, dirigió una mirada a su vestido. Peter despojóse de su sobretodo y, ofreciéndoselo a la muchacha, insinuó:

—Tomaremos un «taxi».

Así lo hicieron, ante el asombro de los pocos curiosos que aún quedaban en el lugar.

En el coche, Péter acercóse hacia ella, tomándola del brazo. Vió que algunas lágrimas deslizábanse por sus mejillas y llegaban hasta sus labios pintados y trémulos por efectos de la excitación. Alix no se preocupó por secar esas lágrimas, que eran para Peter la feliz revelación del profundo sentimiento que ocultaba ese subterfugio de coquetería. En sus manos crispadas y frías quedaban aún vestigios de sangre.

—¡Oh! Peter...—suspiró ella.

—Ya lo sé, querida. Es horrible; tú eres maravillosa.

—Pero... Ha muerto, ¿tú sabes?

—No lo sabía. ¿Estás segura?

—¡Oh! Sí; me lo dijo el agente, y pude comprobarlo yo misma. ¡Oh!... No puedo soportar esta visión de horror.

—Querida Alix. Lamento mucho que hayas tenido que presenciar un espectáculo tan triste.

—¡Qué triste morir así!... Tanta gente contemplando su agonía... Ninguno capaz de hacer algo por salvarlo...

Pronunciaba entrecortadamente estas palabras con voz áspera y agitada por la emoción. Sus lágrimas sinceras mezclábanse con la engañosa pintura de sus labios. Su boca trivial, su rostro de coqueta hallábase ahora congestionado por el dolor que la exquisita ternura de su alma femenina no supo disimular.

El trató de reconfortarla:

—El pobre no se daba cuenta que la gente lo miraba morir.

—Sí; eso es cierto. ¡Oh! ¡Qué contenta estoy de que te halles aquí, Peter!

—Y yo también, Alix.

Le tomó con dulzura la mano manchada de sangre—aquella mano hábil y fría que bosquejaba líneas decorativas con el propósito de ganar dinero, aquellas manos inquietas y nerviosas que sobre el teclado del piano traducían la voluble modalidad de su alma trivial—, aquellas manos que él ahora adoraba porque las había visto actuar generosas, tratando de mitigar un dolor, prestando un magnífico socorro... Vería ahora en ella el rostro dulce y delicado de la mujer de sus sueños. Veíala sentada mecendo amorosamente a su querido niño, que estrujaba contra su pecho, al recordar la

# C O R R E O

**V. F. C. Oviedo.**—No están mal sus cosas, pero deben ustedes huir de la influencia de lo “demasiado simple”, que es tan afectada como lo demasiado complejo. La poesía tiene que ser algo más que verbalismo brillante, y lo mejor que ustedes, hombres del norte, pueden hacer, es no someterse demasiado al influjo de la lírica andaluza contemporánea, que si ya es bastante falsa en sus autores, lo resultará muchísimo más en sus imitadores, por discontinuidad de sentimiento y de ambiente. Lo importante hoy en España no es tanto el descubrir brillantes individualidades, sino ahondar en los rasgos diferenciales de cada región, para que la poesía peninsular vuelva a tener el gran sentido polifónico que tuvo en el romanticismo. Contra el “imperialismo” del sur, tan respetable sin embargo, debemos reaccionar todos para volver a una exacta conjugación de estética y medio. No vean su mundo a través de lecturas, sino a través de ustedes mismos. Esto y saludos a esa animosa peña.—B.

**L. C. F. Naval moral.**—Sobre lo mismo tenemos centenares de originales. El ser joven es algo más que tener pocos años, supone también ver el mundo con una mirada más recién nacida. Piense otra cosa menos sobada.

**C. P. Madrid.**—Muy convencional y muy para la moraleja de su cuento. Mándenlos algo más real, que lo hará usted muy bien, señorita.

**R. P. N. Barcelona.**—Sus dibujos, magníficos. ¡Ya teníamos esta opinión hace dos años, cuando los hemos visto en la revista italiana donde usted los copió con tan benedictina prolijidad!

**R. S. Zaragoza.**—¡Nada, que es usted un carámbano! Que plagie usted al moro Muza, vaya, y pase porque a este autor apenas si lo leyó el señor Cotarelo; pero que nos endilgue usted páginas de Pío Baroja, con las que hemos destetado nuestra lejana impericia literaria...

**M.**—Esas cosas no están bien que ocurran; pero está muchísimo peor el contárselas a la gente. ¿Le parece a usted que hay pocas publicaciones dedicadas a ensalzar la cochambre de la España negra? Y, aunque no hubiese ninguna, no seríamos nosotros los que empezásemos.

**A. V. I., Palma.**—Hemos recibido sus cosas. Lo enviado no nos satisface.

**J. O. A., Valencia.**—Ya ha visto usted que tenemos las mejores intenciones; pero esto de ahora no nos sirve. Mándenlos cosas más vivas, más periodísticas. Todos los números, hasta el 11, están agotados.

**A. C. P., Córdoba.**—No, no. Demasiadas penas, guitarras y alelías. ¿Cuándo van ustedes, los andaluces, a cambiar el disco?

**J. M. G.**—Irás “La sirvienta”. El resto es falso. ¿Por qué no insiste en estos temas humildes, que usted ennoblecía con tanta maestría? ¡Pero, señor, qué ganas de dar rodeos!

—Me molesta ser tan débil, Péter—dijo, aún embargada por el sollozo.



DIBUJOS  
DE  
SANTONJA

frente ensangrentada de aquel extraño que descansaba sobre sus rodillas.

—Me molesta ser... tan débil, Peter—dijo, aún embargada por el sollozo, al tiempo que secaba sus lágrimas con el pañuelo.

—Esto no es debilidad, querida: es...

Pero no halló las palabras adecuadas para expresar lo que significaba aquello que ella calificaba de debilidad.

Subieron hasta el piso donde ella habitaba.

—Entra, Peter, que improvisaremos un almuerzo frugal.  
—Con mucho gusto.

El botones del ascensor trató de ocultar su sorpresa ante el cuadro extraño que presentaba la joven, envuelta en un sobretodo de hombre, su rostro humedecido por las lágrimas. A ella no le importaba el juicio de terceros. Nunca le había importado el comentario de los demás.

En el pequeño «hall», Alix le dijo:

—Anda al comedor y prepara dos cócteles, Peter, mientras yo me cambio.

—Lo haré, pero es preciso que hable primero por teléfono. Tengo que transmitir una importante comunicación.

—Bueno, ya sabes dónde está el aparato.

Y Peter obtuvo la comunicación que deseaba. Era el envío de un telegrama a la oficina de la firma de Calcuta, anulando el mensaje en el que una hora y media antes había anunciado la aceptación del cargo que se le ofrecía.



# TEATRO

P o r A L F R E D O M U Ñ I Z

## Cartelera madrileña

Novedades escénicas más o menos relativas

Lara: «Los nietos del Cid».—Cerró el turno de los estrenos celebrados—celebrados más por ese elemento imponderable que aplaude escandalosamente al final de toda primera representación, venga o no venga a cuento, que por el sano auditorio que pone cara de asombro ante el chasquido estrepitoso de cada palmas—durante el pasado marzo esta comedia de don Francisco Serrano Anguita, que busca sus antecedentes titulares nada menos que en una de las figuras más representativas de la raza: Rodrigo Díaz de Vivar.

No tildaríamos ni siquiera de audaz el propósito del señor Serrano Anguita, si en *Los nietos del Cid* campeara, al menos, un leve destello de heroicidad aventurera, un chispazo de genialidad característica, que hiciera pensar que por las venas de los hombres de su comedia, descendientes por voluntad creadora de una casta magnífica de agudeza temperamental, corría sangre histórica, extraída de las páginas de Hurtado de Mendoza, de Cervantes, de Quevedo o del propio Romancero. Pero no; este descendiente del Campeador castellano, como los pobres satélites que vagan a su alrededor, tal vez por una degeneración de la raza, son de un natural tan blando, de una inventiva tan inocente, de un sentimentalismo tan cursi, que, francamente, nos parece equivocación garrafal pretender alentarlos con palpaciones heroicas.

Así, pues, desposeída la nueva obra de Serrano Anguita de toda raíz—manifestamente pretenciosa—genealógica, esto es, podándole cuanto de antecedente racial hay en ella, quedaría, posiblemente, convertida en discreta comedia de pícaros, en la que los personajes hablan y se comportan con arreglo a normas impuestas por el buen estilo literario de un escritor inteligente. Y los valores de sorpresa, de agudeza teatral que indudablemente hay en ella adquirirían perfiles más acusados. Y nuestro aplauso—aunque cuente poco—tal vez habría sido tan incondicional como el tributado por el público la noche del estreno.

La interpretación—rompamos por una vez el molde del rigor—no nos satisfizo por completo. Manuel González, tan magnífico actor siempre, sorteó a lo largo de su actuación extensas lagunas de vacilación y de inseguridad. Concha Catalá, Ana María Custodio—esta actriz, que no pasa de ser una dama joven de discretos recursos escénicos, desempeña siempre con manifiesta dificultad los papeles de primera figura—, Soledad Domínguez, y los señores Campos, Arbó, Moya y Rodríguez tampoco pueden apuntarse tanto alguno en el cuadro de los éxitos artísticos justificados. Todos cumplieron, pero nada más.

Fontalba: «Los hermanos de Betania».—La Biblia, fuente inagotable de temas literarios, ha tentado la inquietud dramática de los señores Martínez Kléiser y L. del Palacio, quienes, con arreglo a preceptos de rigidez inadecuada en esta hora de rebeldías juveniles, han compuesto una obra de pretensiones simbólicas, engañados, sin duda, por los coqueteos de una vieja musa hebrea, que había de traicionarlos prontamente en una añoranza de entregadas más puras a través de cien historias o leyendas del Medioevo acá. Obra desventurada—que no quiere decir absolutamente nada—, sin brío, sin emoción, sin calor de vida; exenta totalmente de calidades de convicción y hasta de interés.

La extraña clasificación de «tablas de retablo primitivo», con que denominan los autores el bíblico fruto de su ingenio, hacía esperar ciertas delicadezas de matiz y, sobre todo, obligaba fuertemente a escritores de la talla intelectual de los señores Martínez Kléiser y L. del Palacio a una pureza de estilo, a una sobriedad de léxico que únicamente se advierten en los raros momentos de acierto poético que salpican el tono mediocre que es la línea general de *Los hermanos de Betania*.

Un acierto indiscutible tiene la obra: el pictórico. Manuel Fontanals, fino artista de la escenografía, halló la nota luminosa, justa y magnífica de una concepción plástica admirable. Inmediatamente después de Fontanals, en el orden de los valores totales, debe consignarse la labor realizada por la excelente actriz María Guerrero. La línea firme de su arte culminó en la escena de la terraza, donde la gama de sus dotes artísticas recorrió la escala de todos los sentimientos, para hundirse, al fin, en una mística conversión a la fe del rabí galileo.

Fernando Díaz de Mendoza, y con él el resto de comediantes que interpretaron la obra, se esforzaron todos y cada uno, en la justa medida de sus posibilidades, por cooperar a un acierto general, que no siempre brilló por su fortuna.

Coliseum: «La casa del olvido».—Sevilla. ¡Otra vez Sevilla! Con su cielo azul, con sus macetas de tulipanes, con su ceceo y su agudeza en el decir, con sus mocitas, atormentadas unas por los puñales de una pena huragándose en el corazón, inanimadas y vacías de sentimiento otras, y unas y otras, siempre, «sembradas» de ocurrencias de almanaque... Demasiado sevillanismo, demasiado cielo azul, demasiado ceceo y demasiadas mocitas. ¡Por los clavos de Cristo, cantores de Andalucía! ¡Ya está bien! O, mejor dicho, ya está mal, muy mal, esta insistencia hasta la hartura de temas andalucistas. Conceded unos lustros de reposo a esta parcela de nuestra geografía y pasead vuestros ojos por otros horizontes del tipismo español, donde vuestras pupilas, si saben mirar, descubrirán la entraña viva de cien problemas que harían vibrar de emocionado entusiasmo a ese mismo auditorio que escucha, con taponos de aburrimiento en los oídos, el discurrir cansino del conocido mundo azul y rosa de vuestras comedias andaluzas...

Un crítico o cronista teatral no es sino un espectador al que se le concede el derecho de opinar públicamente. Y, pues soy crítico o cronista, tengo ese derecho. Y si lo tengo, puedo ejercitarlo. A ejercitarlo me apresto.

La casa del olvido, comedia de don Luis

L A Y A N K E E



Aquí tienen ustedes a «La Yankee», tan notable bailarina como real hembra, que no sabemos por qué razones ha popularizado ese sobrenombre de añoranzas norteamericanas bajo el que oculta un nombre tan genuinamente español como el de Reyes Castizo, que es el suyo verdadero. De todas formas, con nombre o con sobrenombre, no puede negársele guapeza a esta artista de la danza.

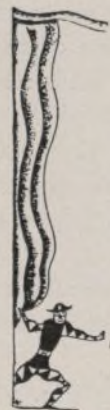
Fernández de Sevilla, estrenada días pasados en el Coliseum, no me gustó ni poco ni mucho. Razones: El ambiente es falso, por su deformación colorista. En ningún establecimiento religioso, por muy intenso que sea el azul de su decorado, por mucho sevillanismo que chorreen sus cimientos, pueden vivir en peligrosa mezcolanza monjas, corrigendas, hortelanos, mozos de hortelanos, estudiantes y

hasta donjuanes más o menos afortunados. La acción es lánguida, y este defecto, de gran monta, sólo puede contrarrestarse con un diálogo chispeante y agudo, cosa que no ocurre en la obra de nuestro comentario. La psicología de los personajes, desconcertante e inhumana. Sólo María de la O inicia una firmeza sentimental, una fuerza característica, que acaba perdiéndose totalmente entre el laberinto espiritual que la rodea. Sor Consuelo, personaje central de *La casa del olvido*, tiene trazos elementales de humanidad, que también se esfuman en el contorno general de un tipo de reacciones psicológicas incomprensibles. El resto humano que pulula por la obra apenas si merece atención. Está compuesto por muñecos manejados ya con pluralidad de fortuna por cien autores distintos, que buscaron su antecedente en *El genio alegre*, de los Quintero...

Y como culminación de picardía teatral, más duramente censurable a nuestro criterio, aquel final del acto segundo, en el que llegan hasta la paz de Dios del silencio conventual las notas de un manubrio en fiesta, para arrancarle de la garganta a Sor Consuelo gorjeos recatados de copla flamenca. ¡Que estamos en un convento, Sr. Fernández de Sevilla!

Lola Membrives se mostró en todo instante la actriz admirable de siempre. Sólo ella, con su arte personalísimo, con su aliento dramático, podía sostener en equilibrio interpretativo la atención espectadora.

Después de ella, Helena Cortesina, magnífica de tono y de gesto; Maximino, menos feliz que otras veces, pero seguro y buen actor. Y nadie más, ya que la brevedad y la línea mediocre de los otros papeles anuló las posibilidades artísticas de varios intérpretes notables que figuraban en el reparto.



## ENTRE ACTO Y ACTO

DIALOGOS IRRESPONSABLES

—Las huestes de don Tirso Escudero han comenzado a ensayar.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y qué ensayan?

—Pues una cosa que dicen que es una comedia.

—Eso dicen siempre. ¿Quién es su autor?

—Sus autores, porque son dos: Muñoz Seca y Pérez Fernández. *Papeles* la titulan, y... ¡dicen que es más graciosa!

—¡Malo! No confío nada en esos vaticinios de gracia que se hacen siempre de las comedias de Muñoz Seca, con o sin Pérez Fernández. A pesar del tiempo transcurrido, aún me acuerdo del estreno de *La raya negra*. Y también se había dicho que era la mar de graciosa.

—¡Por Dios, no hable usted de cosas tristes!

—¿Qué sabe usted de Antonio Vico?

—Que es un buen actor y una excelente persona.

—Digo de sus planes artísticos. ¿Se marcha? ¿Se queda?...

—Ni lo uno ni lo otro.

—No lo entiendo.

—Pues está muy claro: Hasta el momento, aún no tiene decidido nada en firme. Parece que una empresa madrileña quiere llevarle a su teatro para que haga una temporada popular; parece que varias empresas de provincias le ofrecen sus locales para que actúe; parece que una firma cinematográfica desea que interprete un papel importante en una película; parece que cierto acreditado agente se empeña en llevarle a América... Bueno, pues, a pesar de tantos pareceres, lo único seguro, irremediable, es la terminación de su temporada en el Muñoz Seca.

—«Martes, 13»...

—¡Pare usted la jaca, amigo, que soy supersticioso!

—¡Y los Quintero! Sin embargo, *Martes, 13* es el título de la obra que han escrito para Pepita Díaz de Artigas y Manuel Collado.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. Así, nada más que así, se llama.

—¿Comedia andaluza?

—Supongo.

—¿Graciosa?

—Supongo.

—¿Se estrenará pronto?

—Supongo.

—¿Tendrá éxito?

—Supongo.

—¿Nada más?

—Nada más. ¡Los tiempos que corren son tan malos para el teatro!

—Don José María Pemán está indignado con el público.

—¿Por qué?

—Porque le dió promesa de adhesión cuando el estreno de *El divino impaciente* y luego no se la ha cumplido. Cisneros y *Cuando las Cortes de Cádiz* han recorrido los teatros de España sin otra asistencia que la de las butacas... vacías, naturalmente.

—¡Pobre poeta gaditano! ¡Con el trabajo que le cuesta sacarse versos de la cabeza!

—Verdaderamente al público no hay quien lo entienda.

—Y eso ¿a qué viene ahora?

—Viene a cuento de *El gran ciudadano*.

—¿Qué le ocurre a ese benemérito sujeto?

—Que no va nadie a verlo.

—Vivirá en la Ciudad Lineal.

—No lo crea. Habita en el centro de Madrid: en la mismísima plaza de Bilbao.

—¡Ah, vamos! ¿Se refiere usted a *El gran ciudadano* del Benavente?

—Sí; al del Benavente, pero de Muñoz Seca.

—¿Qué, no va el público a verlo?

—Muy poco.

—¿Está usted seguro?

—¡Hombre, tanto como seguro...! Pero esa precipitación en poner la comedia a precios populares es un dato que no falla.

—¿Recuerda usted la obra que se estrenó en el María Isabel, de Luis de Vargas?

—Sí; *Tres a uno* se titulaba.

—¿A que no acierta cuántos días estuvo en los carteles?

—¿...?

—¡Tres!, como la primera parte del título.

—¿Qué barbaridad! ¡Y eso que no la «me-nearon»!

—La excelente actriz Josefina Tapias, que fué dada de baja en la compañía Martí-Pierrá, a causa de un feliz acontecimiento familiar, está actuando nuevamente.

—¿Con quién?

—Con compañía propia.

—¿Y se defiende?

—Admirablemente.

—Pues me alegro mucho.

—Y yo. Ya ve usted: «No hay bien que por mal no venga».

—¿Estamos solos?

—Completamente.

—Oiga usted un secreto: ¡No me gusta nada Carmen Díaz!

—Acaba de ser representada en París una adaptación de la comedia de Manuel Abril ¡Pero si yo soy mi hermano!

—¿Y ha gustado?

—Extraordinariamente. La Prensa de París dedica a la obra calurosos elogios, y afirma que Manuel Abril es uno de los autores españoles más inteligentes.

—Ya ve usted. Y en España siguen aferrados a la idea de que Manuel Abril es únicamente crítico de arte.

—La actriz sevillana Carmen Díaz anda ya pensando en la obra que representará el día de su beneficio.

—No me extraña; esa actriz es muy previosora. ¿Y se sabe qué obra hará?

—Parece que un admirador suyo le ha aconsejado que interprete *Don Alvaro o la fuerza del sino*; pero ella optará seguramente por *Los volcanes*, de Serrano Anguita.

—Pero esa comedia ¿no la tenía Irene López Heredia?

—La tenía.

—¿Entonces...?

—¡Ah!

F E I T O



# Promesas

POR  
JACK LONDON

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

La señora Sayther apareció en Dawson y desapareció de allí como un meteoro. Llegó en trineo, con los últimos hielos, y se marchó en barco al primer deshielo, después de haber brillado, durante poco más de un mes, en las esferas sociales de los solitarios «Four Hundred», que la recibieron con los brazos abiertos y lamentaron su despedida amargamente. La señora Sayther era simpática, fascinadora y viuda; y estas cualidades le aseguraron, mientras estuvo allí, la admiración de todos los hombres.

Los directores de las minas veneraban aún la memoria de su difunto marido, el coronel Sayther; y los hombres de negocio recordaban, con cierta discreción respetuosa, la forma en que aquel hombre cerraba los tratos de compra y venta. En efecto, el coronel Sayther había gozado de mucha fama en el ambiente minero de los Estados Unidos y en los bursátiles de Londres. Para aquella gente práctica e incapaz de razonamientos teóricos, la llegada de la señora Sayther constituía una gran interrogante, y, para muchos de ellos, una cuestión personal. Pero la señora Sayther resolvía rápidamente todas aquellas cuestiones «personales» con rápidos y decisivos rechazos. Su partida disipó muchas ilusiones, pero la gran interrogante quedó abierta.

La respuesta a esa interrogante fué dada por el azar a Jack Coughran, la última víctima de los encantos de la viuda. Jack Coughran había arrojado a los pies de la señora Sayther su propio corazón y muchos millones de dólares; pero la viuda no se dignó recoger el corazón ni los dólares. En una de sus peregrinaciones nocturnas, Coughran tropezó con Peter Fontaine, el jefe de los guías francocanadienses, que había estado al servicio de la señora Sayther. Entre los vapores de una borrachera común, los dos hombres charlaron largo rato.

—¿Usted me pregunta por qué la señora Sayther visita estos lugares?—barbollaba Peter Fontaine—. Mejor será preguntárselo a ella. Todo lo que puedo decirle es que a cada rato la señora pregunta por un hombre a quien no conozco. «Peter—me dice—; Peter, si encontramos a ese hombre, le daré mucho dinero. Ayúdeme...» ¿Quién es ese hombre?... ¿Cómo se llama?... David Payne... *Oui, M'sieu: David Payne.* La señora no hace más que repetir ese nombre... Y yo busco por todas partes, y no consigo encontrar a ese hombre. ¡Maldito sea!... Una vez nos topamos con algunos tipos de Circle City que le conocían... La señora, contenta, me dijo: «Peter, prepare los perros. Vamos a Circle City. Si encontramos a David Payne, le daré mil dólares más.» Y yo le contesté: «*Oui, enseguida. Allons, madame.*»...

»Pero... ¡al diablo!... Llegaron otros tipos de Circle City y nos dijeron que aquel hombre había vuelto a Dawson. Y por eso no hicimos el viaje. La señora ahora me ha dicho: «Peter: compre un barco, que mañana bajaremos siguiendo la corriente del río. Sí, mañana...»

Y, al día siguiente, ya disipados un poco los vapores de la borrachera, Jack Coughran difundió la gran noticia, y todos los habitantes de Dawson se esforzaron por descubrir quién era David Payner y qué relación existía entre él y la llegada de la señora Sayther. El mismo día, como Peter anticipara, la señora Sayther se embarcó hacia el sur, hacia el dédalo de las islas.

—*Oui, madame: éste es el puesto. Una, dos, tres islas al sur de Stuart River. Y ésta es la tercera isla.*

Un ágil marinero saltó a tierra y, con una cuerda, sujetó la embarcación a la orilla.

—Un momento, *madame.* Voy a ver si no nos equivocamos. Un coro de ladridos saludó la aparición del hombre. Este regresaba poco después para anunciar a la señora:

—*Oui, madame.* He visto la cabaña. Pero en ella no hay nadie. Sin embargo, el hombre no puede tardar, porque, si no, no hubiera dejado los perros solos en la isla.

—Ayúdeme a bajar, Peter. Estoy cansada. Me parece que hubiera podido prepararme una cucheta más blanda.

Y Karen Sayther se incorporó, apartando las pieles que la cubrían. Era frágil como un lirio, y sus miembros delicados poseían una fuerza oculta que se reveló en la energía con que su mano blanca se aferraba al brazo de Peter.

Avanzaron hacia la cabina. La mujer miraba aquella construcción con mucha reverencia. Quiso examinar el interior por la ventana, pero el papel aceitado que hacía las veces de vidrio no ofrecía mucha transparencia. La mujer fué entonces hasta la puerta y la abrió, aunque sin atreverse a entrar. De pronto, ante la perplejidad de Peter, cayó de rodillas y besó el umbral de la cabina.

Peter, para disimular su extrañeza y su emoción, dió algunos órdenes a los guías. Y como la señora parecía agotada de cansancio, la cucheta de a bordo fué llevada a tierra.

Tendida de costado sobre las pieles, la señora miraba con

fijeza la inmensa cinta del Yukón. Sobre las montañas, en la otra orilla, el cielo se velaba con enormes espirales de humo, que ascendían de las selvas invisibles. El sol, casi en el ocaso, brillaba débil y frío, difundiendo sobre la tierra una luz vaga y dibujando sombras irreales. En el horizonte, las islas esfumadas, las aguas oscuras y profundas, los promontorios rocosos marcaban, como anchas heridas, el inmaculado candor de la soledad. Ningún signo de vida humana. El paisaje parecía desvanecerse envuelto en el misterio de lo infinito.

Por todo eso la señora Sayther debía estar tan nerviosa. Cambiaba a cada rato de posición, mirando ya hacia las fuentes, ya hacia la desembocadura del río.

Una hora después, los marineros fueron enviados al interior de la isla para que preparasen el campamento; pero Peter se quedó en la orilla, junto a su patrona.

Un largo silencio. Luego, Peter dijo:

—Allá viene.

Una canoa de dos remos se acercaba a favor de la corriente. Un hombre a popa y una mujer a proa remaban con esfuerzo parejo. La señora Sayther no reparó en la mujer sino cuando la embarcación estuvo muy cerca. Y le impresionó la extraña belleza de aquella muchacha: un saquito de piel de alce, fantásticamente bordado de perlas, dibujaba las líneas armoniosas de su busto, y un pañuelo de colores cubría con gracia sus cabellos tupidos, de un negro azulado. Pero fué sobre todo el rostro, un rostro como esculpido en bronce, lo que impresionó a la señora Sayther. Los grandes ojos negros, un poco oblicuos, se abrían luminosos bajo el arco sutil de las

cejas; y sus mejillas, un poco salientes, armonizaban maravillosamente con la línea suave de su boca. Era un rostro que denunciaba su lejano origen mongol, a pesar de la nariz aquilina. Sangre tártara y sangre india se habían mezclado, a través de muchas generaciones para producir aquella belleza.

La canoa llegó a la orilla. Un instante después, la muchacha saltaba a tierra, sosteniendo por un lazo media res de alce. El hombre saltó tras ella. Entre los dos pusieron la canoa en seco, mientras los perros de la cabina se abalanzaban hacia ellos, ladrando y gruñendo de contento. La muchacha aplacó el entusiasmo de los perros con voz cariciosa.

Y sólo entonces la mirada del hombre se posó en la señora Sayther, que se había incorporado. Se restregó los ojos, como quien cree engañarse, y volvió a mirarla.

—Karen—dijo, por fin, yendo hacia ella y tendiéndole simplemente la mano—. Tuve por un momento la impresión de que soñaba. La primavera última, mis ojos se enfermaron por efecto de la nieve, y desde entonces me juegan malas pasadas.

La señora Sayther, con el corazón agitado y el rostro en llamas, consiguió dominarse a pesar de que esperaba cualquier acogida menos aquella, tan sencilla y tan vulgar. Estrechó la mano del hombre y dijo:

—Muchas veces me propuse venir, David. Y lo hubiera hecho antes si no hubiese sido porque...

—... yo no daba señales de vida...—completó David, riendo, y esperando que la muchacha indígena desapareciese en el interior de la cabina.

—Entiendo, David. En tu lugar, yo habría hecho lo mismo. Pero ahora he venido, y...

—Supongo que dispondrás de tiempo como para visitar la cabina y tomar algo—le interrumpió David—. Estarás cansada. ¿De dónde vienes? ¿Bajaste por el río? ¿Pasaste el invierno en Dawson?... ¿Cómo andan tus campos?...

La mirada del hombre se detuvo sobre los guías un breve instante. Luego, el hombre abrió la puerta de la cabina e hizo pasar a la señora Sayther.

—Estuve en Circle City el invierno pasado—explicó enseguida David—. Me quedé allí algún tiempo. Ahora estoy pensando en comprar algunos lotes de tierra en Henderson Creek; y si los negocios me van mal, me quedaré aquí...

—¿Has cambiado mucho, David?—preguntó la señora Say-

(Continúa en la página siguiente.)



ARTECHE 35

—Supongo que dispondrás de tiempo para visitar la cabina y tomar algo—le interrumpió David.

Ayuntamiento de Madrid



ther, deseosa de llevar la conversación a un terreno más personal.

—No estoy tan gordo, y tengo más músculos—sonrió el hombre—. ¿No te parece?

Karen Sayther se encogió de hombros, como no dando importancia a esa observación, y contempló a la muchacha indígena, que encendía el fuego y se disponía a freir unas tajadas de alce con trozos de tocino.

—¿Estuviste mucho tiempo en Dawson?—preguntó el hombre con naturalidad.

—Pocos días—contestó Karen Sayther, siguiendo a la muchacha con los ojos—. Apenas un mes. Y estoy contenta de haber salido de ese infierno. Los hombres, en estos parajes, son un tanto primitivos, y no saben dominar sus impulsos.

—Es que aquí desaparecen todos los convencionalismos, Karen. Pero has hecho bien en marcharte de Dawson... Se acerca la estación de los mosquitos, y tú no puedes imaginarte qué significa eso.

—Tal vez... Pero hálame un poco de ti mismo y de tu vida. ¿Tienes vecinos? ¿O estás solo?...

Mientras Sayther hablaba, sus ojos no se apartaban de la muchacha, que, con una calma asombrosa, pulverizaba ahora los granos de café entre dos fragmentos de cuarzo.

David Payne reparó en la curiosidad de Karen. Y una ligera sonrisa asomó en sus labios.

—Tuve algunos compañeros—contestó—. Pero todos se fueron a Eldorado.

La señora Sayther preguntó de pronto, mirando a la muchacha con más fijeza:

—¿Hay muchos indígenas aquí?

—Los indígenas se han ido a Dawson hace tiempo. Por aquí no hay un solo indígena, a excepción de Winapie, que es una *koyotuk*. Vino de muy lejos, a lo largo del río.

Una súbita debilidad física invadió el cuerpo de la señora Sayther. Le pareció que el rostro del hombre se alejaba hasta perderse en el infinito. Y tuvo la impresión de que las paredes de la cabina empezaban a girar en torno a ella.

Se aferró a la mesa. La indígena, entretanto, servía la comida. Y sólo cuando la cena terminó, pudo la señora Sayther reaccionar por completo, sobreponiéndose a aquella inexplicable debilidad.

Durante la cena, la señora habló poco. David, por el contrario, disertaba con elocuencia acerca del trabajo en los meses de verano y del aburrimiento en los meses de invierno.

—¿Y no me preguntas por qué he venido hasta aquí?—le preguntó Karen Sayther—. No puedes ignorarlo—agregó, incorporándose, mientras David Payne tomaba una rama de abedul—. ¿No recibiste mi carta?

—¿Una carta reciente?... No. Quizá viaje hacia Birch Creek, donde estuve un tiempo; o acaso se haya quedado olvidada en alguna estación del Lower River. El correo tiene aquí una organización deplorable.

—¿Por qué me contestas así, David?—se quejó Karen; y el tono de su voz fué firme como un témpano—. ¿Por qué no me preguntas nada de mí misma ni de nuestros comunes amigos?... ¿Ya nada te interesa en el mundo?... ¿Sabes que mi marido ha muerto?...

—¡Oh! Mis condolencias... ¿Hace mucho?

—¡David!...—el grito se le murió en los labios—. ¿Nunca recibiste ninguna carta? Alguna debió llegarte, aunque no me la hayas contestado.

—Evidentemente, no recibí la última, en que quizá me anunciabas la muerte de tu marido. Y alguna otra se habrá perdido también. Pero... una que otra llegó a mis manos, sí. Se las leí a Winapie, para que aprendiera algo... ¿entiendes? Para hacerle conocer la maldad de sus hermanas, las mujeres blancas. Y creo que esa enseñanza le ha valido de mucho. ¿No opinas lo mismo?

Karen eludió el tema:

—En mi última carta, que no recibiste, yo te hablaba de la muerte del coronel Sayther. Hace un año de eso. Y te decía también que si no regresabas a mi lado, yo vendría a buscarte. Y como te lo prometí, vine.

—No sé nada de esa promesa.

—¿Y mis primeras cartas?—dijo ella recostándose desahogada sobre unas mantas.

—Tienes razón. Pero como yo no pedí ni acepté nada, la promesa carece de valor. En resumen: ignoro la existencia de esa promesa. Sé, en cambio, de otra que tú también has de recordar. Una promesa de otros tiempos—David levantó la cabeza, y sus manos abandonaron la rama de abedul—. De tiempos lejanos. Pero yo no me he olvidado de ese día ni de sus menores detalles. Estábamos en un jardín florecido de rosas. Tú y yo... En torno nuestro todo era una promesa de nueva vida. Y la primavera fermentaba en nuestra sangre. Y yo me incliné sobre ti por primera vez, y te besé en los labios. ¿Te acuerdas?

—¡Calla, por favor! Yo revivo continuamente esos instantes. ¡Cuánto he llorado! ¡Si pudieses comprender cuánto he sufrido!

—Y prometiste ser mía, repitiéndome esa promesa millares de veces en los dulces días que siguieron. Cada mirada de tus ojos, cada caricia de tus manos, cada palabra de tus labios, era una nueva promesa. Luego... ¿necesito recordártelo?... Llegó un hombre. Viejo, tan viejo, que podía ser tu padre; pero, según la gente decía, «distinguido». Era un hombre que nunca había violado la ley; es decir, un hombre respetable. Y tenía muchas minas: veinte, por lo menos... Y usaba libreta de cheques. Ese hombre...

—Pero hubo otras cosas—le interrumpió Karen—. Presiones familiares, negocios que iban mal... Estábamos en la ruina. Deberías comprender cuál era la situación de los míos. Yo tenía que sacrificarme o sacrificar a mis padres... Tú no has sido justo conmigo, David. Nunca quisiste comprender, escu-



La mirada del hombre cayó sobre Winapie, que salía a llevarle la comida a los perros.

char... ¿Piensa en todo lo que debí sufrir! No procedí por mi propia voluntad, sino...

—¿No procediste por tu propia voluntad, Karen?... ¿Qué si no tu propia voluntad podía obligarte a ir hasta el lecho de aquel hombre?

—Pero yo siempre me interesé por ti...—dijo ella, incorporándose.

—Yo no compartía tu opinión sobre el amor, Karen. Por eso no pude comprender nada de aquella.

—Pero ahora, ahora...

—Ahora estamos hablando del hombre con quien accediste a casarte. ¿Qué hombre era, Karen?... ¿Podría atraerte, podía cautivar tu alma?... ¿Tenía cualidades superiores?... Sí; tenía garras de oro, fuertes garras de oro. Y en ellas te aprehendió. Era, además, muy experto en las negociaciones que rinden el cien por cien. Hombre sin inteligencia, intuía, no obstante, la debilidad de los demás hombres, y se apoderaba siempre del dinero ajeno. Y las leyes no podían condenarlo. No era, según el criterio de la sociedad, un malhechor. Pero ¿ante tu conciencia, Karen, ante la mía?... Para nosotros, que soñábamos en el jardín... ¿qué era aquel hombre?...

—¡Recuerda que ha muerto, David!

—Pero la verdad no cambia por eso. ¿Qué fué aquel hombre?... Un materialista grosero, sordo a la poesía, ciego para la belleza e insensible a toda espiritualidad.

—Ha muerto, y nosotros vivimos ahora. Ahora, ¿entiendes?... Escúchame, David. Yo fui inconstante, pequé; es cierto. Violé mi promesa; pero... ¿no la violaste tú también? Tú me decías, en el jardín de las rosas, que tu amor era eterno. ¿Y dónde está ese amor?

—¿Está aquí!—gritó David, golpeándose el pecho con la mano abierta—. ¡Aquí, donde estuvo siempre!

—En el jardín de las rosas me dijiste que tu amor era grande, tan grande, que ningún otro amor podría superarlo!... Sin embargo, no es lo bastante grande, lo bastante sublime para concederme el perdón a mí, que lloro a tus pies.

El hombre vaciló. Su boca abrióse, pero las palabras salie-

ron en vano de aquellos labios. David veía su propio corazón desnudo; y lo sentía afirmar la verdad que durante tanto tiempo quisiera ocultarse a sí mismo. Y Karen era hermosa en el ardor de su pasión: era el recuerdo y la promesa de una vida más fácil y serena.

David volvió la cabeza para no verla; pero Karen, arrastrándose en el suelo, se colocó otra vez bajo los ojos del hombre.

—¡Mírame, David; mírame! Soy siempre la misma. Y tú también. No hemos cambiado.

Las manos de Karen ascendieron por el cuerpo de David, hasta presionarle los hombros. Y David se inclinaba ya hacia ella cuando el crepitar de un fósforo le hizo enderezarse.

Winapie, indiferente a la escena que se desarrollaba junto a ella, arreglaba la mecha de la lámpara. Y la luz iluminó de pronto, contra el fondo oscuro de las paredes, su belleza bronceada, de tibios reflejos dorados.

—Mira...—dijo David a Karen, apartando suavemente la cabeza rubia de la viuda—. ¿No ves?... No puede ser. Es imposible, imposible...

—Yo no soy una chiquilla, David—contestó ella—. Y no tengo las ilusiones de una chiquilla—. Sin atreverse ya a acercar su rostro al del hombre, continuó:— Veo la vida con ojos de mujer que conoce el mundo. Los hombres son hombres. No me considero ofendida. Lo adiviné todo desde el principio... Pero ¿se trata de un matrimonio al estilo de estas regiones, o... de un verdadero casamiento?

—En Alaska no se hacen esas preguntas.

—Lo sé, pero...

—Ya que te interesa: es un matrimonio al estilo de estos lugares, nada más.

—¿Tienes hijos?

—No.

—¿Crees que tendrás uno pronto?

—Tampoco. Pero te repito... que no puede ser.

—¿Por qué, David?—exclamó Karen, acariciando levemen-





Portada del Sur, Basilica del Salvador. Siglo XVI.

Jamás sintió el cronista gravitar sobre sus hombros con tanta intensidad el peso abrumador de la ignorancia, ni sufrió más hondo el dolor de la impotencia, que cuando, absorto su espíritu con el dulce rememorar de las grandezas de ese maravilloso muestrario del Renacimiento español, que se llama Ubeda y debiera llamarse Museo Arqueológico o relicario hispánico, puesto en trance de verter sobre las cuartillas las impresiones recogidas, se nota el alma ausente, como prendida en el encaje de aquellas filigranas platerescas, constituyendo un verso más de aquel inmortal poema de piedra.

Ya, desde antes que nuestra vista atónita tenga ocasión de quedar prendida en los hechizos de la ciudad, el alma viajera se siente encantada, al decir del llorado Muro García, «por la amplitud de los bellos horizontes y dilatadas perspectivas, que desde aquellas alturas recrean los sentidos». Pero cuando el encanto llega a ser embeleso y arrobamiento y éxtasis, es al adentrarnos por su entraña, acariciados por esa inefable sinfonía de las piedras labradas y vetustas que nos hablan de pretéritas grandezas, de esplendores imposibles de igualar.

te la mano del hombre—. Conozco muy bien las costumbres de estos lugares. Los hombres buscan uniones de esta clase, pero no renuncian por ello a regresar algún día a su mundo. Cuando quieren, les basta dejar provisiones para un año a la muchacha; y la muchacha se considera dichosa... Tú puedes hacer lo mismo. Le aseguraremos provisiones no para un año, sino para toda la vida... Cuando la recogiste no era más que una salvaje: comía pescado en verano y alce en invierno. Se saciaba en los periodos de abundancia y sufría hambre en los de escasez... Y hubiera seguido siendo la misma, si no la hubieses encontrado... Gracias a ti, fué feliz; y cuando nos vayamos, gracias al bienestar que le aseguraremos, lo seguirá siendo.

—No, no—protestó el hombre—. No es justo.

—Vamos, David: reflexiona. Ella no es de los nuestros. No hay ninguna afinidad de raza entre ustedes. Es una aborigen, nacida en esta tierra, arraigada en esta tierra, de la que nadie podrá arrancarla. Nació salvaje y morirá salvaje. Pero tú, yo, la raza evolucionada y dominadora, los amos del mundo... Somos el uno para el otro, David. La voz suprema es la de la raza... Tu razón, tu sentimiento, tu instinto te lo dicen. No puedes renegar de ellos. No puedes substraerte al mandato de las generaciones que te precedieron. Tu estirpe dura desde hace millares de siglos y quiere continuar existiendo; tú no tienes derecho a impedírselo. El instinto es más fuerte que la voluntad; la raza es más fuerte que tú... Vamos, David... Todavía somos jóvenes, y la vida es hermosa.

La mirada del hombre cayó sobre Winapie, que salía a llevarle la comida a los perros. Sacudió la cabeza lentamente, débilmente, pero las manos de Karen se ciñeron en su cuello, y una mejilla suave se apretó contra su rostro.

Y David tuvo en ese instante la visión de su existencia, dura y áspera: la lucha contra las fuerzas implacables; los oscuros años de hielo y de hambre; el rudo, agotador contacto con la vida elemental y primitiva; el deseo angustioso de lo que allí nunca tendría. Y ahora, a su lado, aparecía la seductora promesa de países tibios, de ciudades llenas de sol: la promesa de todo el pasado que renacía. El imaginó, sin quererlo, caras olvidadas que le sonreían, rápidas visiones de escenas lejanas, recuerdos de horas serenas, ecos de cantos y explosiones de risa.

—Vamos, David..., vamos... Soy rica...—Karen miró la miserable choza—. Muy rica... El mundo será tuyo... Vamos, vamos...

La mujer se estrechó temblorosa contra el hombre, que ya cedía, acogiéndola en sus brazos.

Y David se incorporó.

Pero el ladrido de los perros hambrientos, y los gritos de Winapie, que trataba de calmarlos, atravesaron las paredes

## CIUDADES DE ESPAÑA

### ÚBEDA, JOYA DEL RENACIMIENTO

Por SALVADOR V. DE LA TORRE

Un libro, muchos libros, millares de páginas se precisarían para conceder la necesaria atención a cada uno de esos mudos testimonios del genio humano, y sería pueril pretender rebasar los estrechos límites de una mera información con algo que, a la postre, no sería otra cosa que una burda caricatura de guía turística.

Nombres y siglos, arte de muchas centurias y oro de múltiples arcas se unieron en apretado abrazo para formar ese inmenso caos arquitectónico de la iglesia parroquial de San Pablo, en la que todos los estilos, desde el románico primitivo hasta el plateresco; desde el gótico florido hasta el barroco, parecen porfiar en elegancia y majestad de líneas y formas en holocausto de su apóstol titular. Los primeros sillares de esta obra parece que fueron labrados antes de mediar el decimotercio siglo, y su más preciada joya, como que el pueblo la llama «La perla de San Pablo», es la «capilla del camarero», de insuperable belleza y valor artístico.

Por notable contraste, la iglesia de San Nicolás, en la pureza de su estilo ojival, en la austeridad de sus claustros severos, ofrece al alma sólo motivos de recogimiento y devoción. Se siente allí el espíritu más cerca de Dios y más al amparo de su bondad infinita. ¿Qué, si no es esa protección divina, pudo inspirar al artista ese milagro de rejería que cierra la capilla del Deán?

Toda la ciudad, dorada por el sol de muchos siglos, es una inmensa pira que arde en honor del arte legendario, y cuya zona luminosa culmina con resplandores de apoteosis en esa inefable plaza de Santa María, toda reposo, serenidad, paz infinita, silencio augusta.

En ella exhiben su maciza elegancia la colegiata de Santa María de los Reales Alcázares, a la que presta gran sabor histórico la circunstancia de ser el primer recinto sagrado que pisara la conquistadora planta del Santo Rey, en cuyo séquito figuraba el arzobispo de Toledo, Ximénez de Rada, y que no precisa de ese interés anecdótico para ser admirada como reliquia por el hermoso grupo de su portada principal, que representa la adoración de los pastores, el bello claustro gótico, su valiosa custodia, algunos cuadros de extraordinario mérito y, sobre todo, por la magnífica reja de su «capilla de la yedra».

Los soberbios palacios de los Vázquez de Molina o de las

de madera. Y otra escena fulguró ante David: una lucha en el bosque, el ladrido de los perros y los gritos de Winapie, que los azuzaba; él, bajo las garras de un oso, debatiéndose como otra fiera; la nieve manchada de sangre; y Winapie, los cabellos sueltos, la mirada encendida, asestando golpes con su largo cuchillo de caza.

La frente se le perló de sudor frío.

Se libró de los brazos de Karen y buscó en la pared sostén para su cuerpo.

Y Karen, adivinando que había llegado el momento supremo, pero no atinando a comprender lo que pasaba en el espíritu del hombre, destruyó de golpe todo lo que había sabido conquistar.

—David: no quiero violentarte... Si no deseas volver, me quedaré aquí. El mundo no me interesa; el mundo vale menos que tú... Me convertiré en una mujer del Norte. Te haré la comida, cocinaré para tus peros, te ayudaré a abrir el camino en la nieve, remaré. Soy fuerte. Me siento capaz de todo eso...

David no lo dudaba. Pero su rostro se había puesto duro y frío, y la luz se había apagado en sus ojos.

—Pagaré a Peter y a sus marineros... Les diré que se marchen. Y me quedaré aquí, y te seguiré adonde vayas, venga o no venga un sacerdote a bendecir nuestra unión. ¡David, David! Escúchame. Me equivoqué, sí; pero déjame purgar mi culpa. Si no supe amar como debí hacerlo, déjame demostrarte que todavía hay mucha ternura en mi corazón...

Arrodillada en el suelo, Karen le abrazaba las rodillas y sollozaba:

—Tú me amarás, David... ¡Piensa en mis largos años de sufrimiento y de espera! Nunca, nunca podrás imaginarte qué fué eso para mí.

Pero él, inclinándose, la levantó serenamente:

—Escucha—articuló con acento autoritario, abriendo la puerta y empujando a la mujer hacia afuera—: te he dicho que no puede ser. No se trata únicamente de nosotros dos. Regresa al lugar de donde viniste. Buen viaje. En Sixty Mile quizá tengas algún contratiempo; pero tus marineros son hábiles y no te sucederá nada. Adiós, Karen.

Aunque había recobrado por completo el dominio de sí misma, Karen elevó hacia David dos ojos llenos de desesperación:

—Y... si... si Winapie se mu...

Dejó truncada la palabra. Y tembló al oír que los labios del hombre contestaban:

—En ese caso, sí.

Pero enseguida, comprendiendo la enormidad de aquel pensamiento, David balbució:

—No... Tampoco eso puede suceder.



Fachada de la Basilica del Salvador. Siglo XVI.

cadenas y de los Mancera; la cárcel del obispo, el antiguo pósito, después cárcel de partido y, por sobre todos, como gran señor que recibe complacido el mudo homenaje de sus vasallos, la mágica joya del Renacimiento: la Sacra capilla del Salvador, «uno de los mejores templos renacentistas de nuestro país», en pluma de Moya e Idigoras.

La gracia alada y juguetona de las piedras venerables que la rodean, obligó a la pluma magistral de Luis Bello a confesar: «Es la iglesia del Salvador la más pagana, la más sensual que inspiró en España el Renacimiento italiano, con su portada y su sacristía llenas de evocaciones mitológicas; parece fondeada en la loma de Ubeda frente a la sierra de Mágina, como una nave que vuelve abarrotada de botín.»

Eso es Ubeda; eso es la ciudad entera: una nave cargada del más espléndido botín de arte, que balancea su gallarda silueta en ese mar esmeralda de su ubérrima loma, en tanto acaricia sus oídos la canción de plata del Guadalquivir, que camina hacia la baja Andalucía añorando las grandezas de estas tierras altas por donde transcurrió su mocedad.

—¿Me das un beso?—dijo Karen, en un susurro, mostrando de pronto un rostro milagrosamente iluminado.

Luego, volvió el rostro y se alejó.

Cuando alcanzaba la orilla, un rumor de pasos precipitados le hizo girar bruscamente sobre sí misma. La joven indígena corría hacia ella, escoltada por los perros. Una expresión de profundo dolor le contraía el rostro.

—¿Qué le ha hecho a mi hombre?—preguntó, brutal, la indígena—. ¿Qué le ha hecho?... Se tiró en la cucheta, y tiene una mirada que nunca le vi. Yo le dije: «¿Qué le pasa, David? ¿Está enfermo?» Y él no me contestó. Yo insistí. Y él me dijo: «Nada, Winapie. Me siento bien.» ¿Qué lo ha hecho a mi hombre?... ¡Hable!...

Karen miró con honda curiosidad a la muchacha salvaje, que era dueña de la vida de David, mientras ella, la mujer blanca, tenía que regresar sola en las tinieblas de la noche.

—Creo que usted es mala—continuaba Winapie con la voz lenta, de quien tiene que buscar las palabras de una lengua extranjera—. Y es mejor que se vaya, y que no vuelva más. ¿Entiende?... Yo soy una indígena y no tengo más que un hombre... Usted, americana, es linda... Usted puede tener muchos hombres. Sus ojos son azules como el cielo. Y su piel es tan blanca, tan suave...

Con la mayor desenvoltura, Winapie apretó su dedo contra la mejilla de Karen. Y ésta, dicho sea en su honor, ni se movió. Peter, el guía, temiendo algo desagradable, corrió al lado de la patrona; pero Karen lo tranquilizó:

—Vaya, Peter; no pasa nada...

Y Winapie prosiguió:

—Piel blanca, suave, como la de los chicos... Ahora vendrán los mosquitos y la piel se enfermará... Hinchada, así, y colorada... Muchos mosquitos, muchas picaduras... Es mejor que se vaya antes de que lleguen los mosquitos, sí. Vaya a Saint Michael; después, a Adyea...

Y entonces, la señora Sayther hizo lo que a Peter debió parecerle la cosa más extraordinaria del mundo. Echó los brazos al cuello de la muchacha indígena, la besó y, rompiendo a llorar, gritó:

—Sea buena con él, muy buena... Adiós...

Y corrió hacia el barco, con los ojos llenos de lágrimas.

Peter la siguió presuroso. Fué al timón y dió la señal de partida. Uno de los marineros entonó una vieja canción francesa.

Semejantes a espectros, los hombres flotaron en la niebla nocturna, soltando las amarras. Los remos cortaron la corriente sombría, y el barco, resbalando silencioso en la noche, desapareció.



## EL POEMA NATURAL

Por Munkacsi

## EL POEMA HUMANO

Por Outerbridge

## DESDE PARIS

# Cuatro poemas fotográficos

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

*Especialmente para CIUDAD, he escogido esos cuatro poemas: el «Poema Humano» (de Outerbridge); el «Poema Animal» (de Cloche); el «Poema Natural» (por Munkacsi), y el «Poema Vegetal» (de Zielke). Cuatro poemas prodigiosos, cuatro paisajes de la creación, cuatro documentos sensacionales...*

Los «sujetos», de una variedad infinita y sugestiva, realizaban un esfuerzo igual al que desarrolla la pintura. Hemos visto paisajes, desnudos, naturalezas muertas, cubismo, naturalismo, impresionismo. A veces, nuestra vista caía sobre un documento que, coloreado, bien hubiera podido firmar Picasso, Pissarro o Manet. Otras veces nos encontrábamos enfrente del motivo surrealista capaz de despertar los entusiasmos líricos de Andrés Bretón. Y a veces la nota humana, y hasta la demasiado humana, irrumpía llena de frescura y de armonía. Todo lo cual nos probaba que, en las alturas de 1935, una cámara logra un triunfo plástico y que en el

fondo de los grandes fotógrafos modernos hay un pintor y un escultor bien despiertos.

He aquí, pues, la Fotografía, respetuosamente mayusculada, que después de haber sufrido el desdén y hasta la ironía de los críticos de comienzos del siglo, realiza hoy sus Salones y despierta mil ecos en las columnas críticas. Sería curioso seguir los avatares de la fotografía a través de sus ciento trece años de vida (sabido es que la fotografía nació en 1822, en un pueblecito francés de la Borgoña, en donde vivía Nicephore Niepce, su inventor). Si el propio Niepce, o su compañero de investigación, Daguerre, tuvieran la suerte de visitar este Salón, creerían seguramente que se trataba de otra cosa. La implacable veracidad de los objetivos modernos, la sensibilidad extrema de las películas, la precisión de los obturadores y el arte de revelar, se unen hoy a una suprema voluntad estética, perfectamente dormida en la conciencia de los primeros fotógrafos. Un sentido decorativo, una preocupación plástica, un soplo poético.

El Salón anual de la Fotografía despierta ya tanto interés como los Salones de pintura, escultura y humorismo. Como los años anteriores, París corrió a ver lo que los fotógrafos realizan en su oficio, elevado ya a la categoría de arte puro. Junto con los más célebres críticos de arte—Vauxelles, Salmón, Oudot, Tériade, etc.—, se dieron cita en el Salón de la Fotografía artistas consagrados, como Picasso y Van Dongen, Despiou y Mateo Hernández, María Vasilieff y Fietz. Jean Cocteau deambulaba con Giraldu, no lejos de Philippe Soupault, de Paul Morand, de la princesa Bibesco, lo que quiere decir que la Pintura, la Escultura y la Literatura se interesan igualmente.

Los envíos congestionaban generosamente los muros. Había, junto a la fotografía francesa, la alemana, la rusa, la yanqui: esos tres polos imantados de la cámara. Los grandes artistas de la fotografía se llaman hoy Man Ray, Zielke, Munkacsi, Cloche, Germaine Krull, Jean Moral, Hoiningen-Huene, Kozianka, Cecil Beaton, Scheeler...

## EL POEMA VEGETAL

Por Zielke

## EL POEMA ANIMAL

Por Cloche





Andalucía, con la clásica bata de cola de la "bailaora" flamenca, nos sugiere este lindo modelo de traje para la noche.

Es de gasa negra sobre viso de lamé de plata; una pañoleta de volantes de tul cubre los hombros y se anuda a la cintura. Todo el vestido se salpica de "estrass", remedando brillantes lunares.



## LOS ESTUDIOS de la CEA en CIUDAD LINEAL

han producido en su primer año de actividad cinematográfica **OCHO GRANDES PELÍCULAS**: «El Agua en el suelo», «La traviesa molinera» (en tres versiones: español, francés e inglés), «Una semana de felicidad», «La Dolorosa», «Crisis mundial», «Vidas rotas» y «La bien pagada», más numerosos films de corto metraje, documentales, culturales, de propaganda, etc., y gran cantidad de sincronizaciones y doblajes de películas mundialmente célebres ♦ En junto, cerca de **CUARENTA FILMS** al terminar el año.

Los **ESTUDIOS DE LA CEA** están equipados con aparatos de sonido Tobis-klang film y cámaras Super-Parvo y Eclair, uno de los cuales va montado sobre dos magníficos camiones para exteriores sonoros.

La producción que se prepara para el año próximo excederá en mucho a la ya realizada, para lo cual se está construyendo un nuevo Estudio.

### Cinematografía Española Americana

S. A.

Oficinas: Barquillo, núm. 10.—Teléfono 16063  
Estudios: Arturo Soria, núm. 350.—Teléfonos  
núms. 53287 - 61329 - 61838

Ciudad  
Lineal  
(Madrid)

Una de las tonterías que andan por ahí como artículo de fe es la de que el déficit presupuestario supone la ruina de los Estados.

Por evitarlo se han perpetrado las mayores monstruosidades. Se negó dinero para obras, a sabiendas de que representaba el privar de pan a millares de hogares. Se negó aumento a funcionarios modestos, a pesar de reconocerse que no podían vivir con los sueldos que tenían. Y mil delitos más.

No para ahí. Funciona actualmente en España una comisión encargada de introducir economías hasta 200 millones de pesetas. Se sabe que sobra de todo en la nación: artículos de comer, de beber, dinero, herramientas, hombres, etc. Pero el presupuesto no se nivela. Se disponen a destruir todas esas riquezas existentes.

Una mancha para la Humanidad. Un baldón y una vergüenza para los llamados técnicos de las finanzas.

El déficit presupuestario no significa una desviación del eje terrestre, con tales trastornos que pueda desaparecer el planeta que habitamos. Tampoco significa la aparición de una peste que, de no contenerse, diezme en pocos meses a todos los seres de la Tierra. Menos significa que las semillas no germinen ni que el Sol deje de dar calor.

Con déficit presupuestario, con nivelación o con superávit, las riquezas de las naciones son absolutamente iguales. No pueden alterarse por un manejo de cifras.

Por los frutos se conoce el árbol. Los frutos de la Economía política, esa ciencia absurda frente a cuya supuesta infalibilidad nos declaramos herejes, son el someternos a privaciones de todo género..., precisamente porque hay una superabundancia de riquezas como jamás se recuerda.

Insistimos en que el déficit nada representa. Vamos a estudiarlo por las mismas reglas de los economistas.

En su mayor amplitud, el déficit significa que no ha entrado en las arcas del Tesoro tanto dinero como necesita para sus compromisos. Por tanto, o no paga o recurre al préstamo.

### Nuevos rumbos para la Economía

## EN DEFENSA DEL DEFICIT PRESUPUESTARIO

Por ISAIAS TABOAS

Supone eso—dicen—la misma situación del comerciante que se declara en quiebra: la ruina.

No, señores economistas. Ya que en las reglas comerciales se basan, es necesario conocerlas todas, y no una sola.

Eso de cobrar y pagar no significa más que un renglón de la vida o situación del comerciante: su caja. Lo que es lo mismo, el Tesoro en un Estado.

La caja en un comerciante, y el Tesoro en un Estado, no pueden servir de base para juzgar la situación ni del uno ni del otro. Es más. Al comerciante, la cuenta de caja es la que menos le importa. No le produce beneficios ni perjuicios. Nunca podrá salir más dinero del que entró. Tampoco saldrá menos.

El dinero no da crías. Tampoco se gasta, ni se deteriora, ni se cansa jamás. Es por otras cuentas, por otras modalidades, por donde le ha de venir al comerciante su bienestar o su ruina. De la misma manera, un Estado no puede esperar su bienestar ni su ruina por la situación del Tesoro. Son otros aspectos, son otras modalidades las que han de reflejarlo.

Un comerciante puede no tener un solo céntimo en caja. Deber a todos los Bancos. No poder pagar, incluso, muchos días. Y a pesar de ello, ser su situación próspera, envidiable, de enorme potencia.

Cabe no tener dinero en caja, deber a todos los Bancos, y ser rico en toda la extensión de la palabra, porque esos importes pueden estar en grandes "stocks" de nobles mercancías, en herramientas, en edificios, en

partidas del activo, en fin, que le permitan considerar su situación en franco progreso y dar un balance de grandes utilidades, a pesar de esa carencia de dinero y de andar apretado en sus pagos muchas veces.

Contrariamente, otro comerciante puede tener dinero en caja y también en todos los Bancos. Pero no existe activo. Su capital lo ha perdido. No llegan esas existencias para su pasivo. Con dinero y todo, está quebrado.

De la misma manera, un Estado puede liquidar su presupuesto, digamos con 10.000 millones de déficit. Pero esos 10.000 millones, haberlos empleado en carreteras. Tiene ese valor en su activo. Existe déficit. Su situación sería igual no teniendo déficit ni carreteras. Sólo que esas carreteras valorizaron enormes extensiones de tierra que antes nada valían. Un valor de 20.000 millones que se aumentó. Luego ese Estado, a pesar del déficit, está mejor y es mucho más rico que antes de tenerlo.

Hagamos el mismo ejemplo al revés. Un Estado tiene 10.000 millones de superávit, extraídos de carreteras que debiera construir. Se los quitó a la nación, empobreciéndola en esa suma. La privó, además, de una valoración de 20.000 millones. Con superávit y todo es más pobre y se halla más arruinado que el otro que tiene déficit.

Sepamos de una vez algo de Economía. Todo lo que refleja la liquidación de presupuestos es:

El superávit, obra de gobernantes avaros y torpes, que sometieron a la nación a toda suerte de miserias para darse el gustazo de ver las arcas del Tesoro repletas de dinero: un delito.

La nivelación, el fruto de hombres mediocres, incapaces de dar un paso adelante.

El déficit, la manifestación del genio emprendedor, de deseos de un más allá. En el déficit está basado todo el progreso de la Humanidad. Quítese el déficit de los presupuestos, quítese del gobierno de los Estados y de las empresas mercantiles a los hombres que no temieron deber dinero, y nos encontraremos en la pobreza de muchos siglos atrás.

Ayuntamiento de Madrid



## ¡¡BREAK!!

### Freddie Miller continúa de "verbena"

Ni toda su fama, ni su magnífica clase de auténtico y legítimo campeón, ni el «chin-chín» estridente y admirativo de la propaganda fué suficiente incentivo para llenar el Circo el miércoles pasado. Freddie Miller—«ya suenan los claros clarines»—frente al cata-



lán Micó era escaso plato para saciar el apetito emocional de la afición, por muy alegre y confiada que acudiese al cuadrilátero.

El «boy» de norteamérica—un chatillo, rubio, simpático y feliz en su optimista juventud—llegó a Madrid y subió al ring a bailar la carioca delante de su adversario, que, cegado por el esplendor de la celebridad contraria, se daba con las cuerdas, huidizo y temeroso del *punch* enemigo.

Pocas veces vimos miedo mayor. El catalán pisó la lona con un solo y exclusivo pensamiento: «¡Dios mío, una hora cortita! Los malos tragos, pasarlos pronto.»

Freddie Miller — París-Lyon-Mediterráneo, pasando por las ramblas—posee tal cantidad de boxeo en sus músculos de hierro, que ni antes ni después del combate, ni en el combate mismo, dió la menor importancia al juguete cómico que tenía que representar. Como quiso, cuando quiso, en el instante mismo que le dió la gana, terminó con el contrincante, sin dar a la cosa una trascendencia que hubiera dado a un «punchig-ball». ¿Para qué? Freddie, sin un gesto, sin deshacerse siquiera el ondulado, contemplaba, ingenuo y divertido,

cómo un hombre de la excelente clase de Micó se desplomaba en aparatoso k. o. al recibir aquel *crochet* de izquierda, preciso y académico.

Freddie Miller no tiene hoy rival español que frene su marcha triunfal. Nadie.

Ni Gironés. Ni Bartos. Ni Micó. Nadie. La noche del miércoles hubiese dado fin, con la misma facilidad e idéntica sencillez que lo hizo con el que le pusieron delante, con otros dos sin salir del cuadrilátero siquiera. Uno detrás de otro.

¿Podía a nadie sorprender aquella victoria?

Lo absurdo es concertar estas peleas donde existe tan marcada diferencia de categoría.

Absurdo y algo más. Si Freddie Miller no tiene en España rival que pueda siquiera inquietarle, ¿para qué estos combates, fijos sólo en la faceta crematística!

¡Siete pesetas!—entrada general—para ver al campeón hacer *guantes*, son demasiadas pesetas, por pago de un «soliloquio», aunque sea de la clase extraordinaria del chatillo rubio, que noqueó a Pepe Gironés.

De la categoría, sin precedentes, del verdadero, auténtico y legítimo campeón del mundo.

Que con toda su categoría, todo su historial, no llenó el miércoles el circo.

Sencillamente, porque la gente quiere un mínimo de emoción, aunque se la proporcio-



nen en cuantagotas, ¡pero algo! Y no este grotesco juego del ratón y el gato, que se puede comprar en la Puerta del Sol por una «perra gorda».

### Vísperas de un acontecimiento

Alf. Brown, «el negro que tenía el alma blanca», tan alta y tan límpida, que supo salir derrotado por la «pantera de Rurafa»—hablamos de Schangchili—resignado y contento



de su suerte, va a encontrarse pasado mañana con el «caro amigo» Quadrino.

Ring del circo madrileño.

¡Pobre negro! Nos da el *pálpito* que tu suerte está echada. Miller—incansable viajero—anda todavía por tierras hispanas, y unos duros a ganar no son nunca despreciables.

A lo mejor, nos equivocamos en la profecía y vence el lago del Panamá.

Y ya tenemos otro combate en puerta. Ese mismo que están ustedes pensando.

Es lo menos que puede suceder después de ver temblar al «Miquelet».

### Leemos y pegamos

«Ha llegado a Palma de Mallorca el distinguido «sportman» Freddie Miller. Después de recorrer la población y mostrarse encantado del cordial recibimiento que le dispensó la afición local, asistió como espectador a una interesante velada de boxeo.

El público, al darse cuenta de la presencia del campeón, le hizo subir al ring. Freddie Miller rogó a los organizadores que le opusieran un contrincante para demostrar su agradecimiento a los aplausos recibidos.

Jhony Cruz fué el designado por los promotores, y el combate quedó concertado en el acto, en medio de grandes ovaciones.

Venció Jhony Cruz, por k. o., en el quinto asalto.

Freddie Miller está consternado por este fin, el que no esperaba.

Ha salido para Barcelona, donde le esperan sus numerosas amistades.

El triunfo de Jhony Cruz es muy comentado. No se habla de otra cosa.»

## El domingo futbolístico

### PANORAMA

No sucedió nada que no estuviera previsto en el augurio de los *entendidos*. Acaso el resultado de Las Corts sea la única nota sorprendente en la jornada del domingo, compás de espera para tardes decisivas en este emocionante forcejeo—Madrid-Betis—en consecución del éxito final. Ni en Chamartín pasó algo distinto al cálculo ni en el Patronato los blanquiverdes encontraron rival de consideración en sus contrarios.

Y en la pugna de madridistas y béticos está la salsa de este plato fuerte de la liga. Así lo han puesto unos y otros.

Digamos, sin embargo, que las huestes de Quincoces—un buen primer tiempo—ganaron al Rácing de Santander por los pelos. Una precaria victoria, que la justicia obliga decir que no se merecieron justamente, aunque nosotros nos alegremos por lo que de localista tiene el triunfo. Un tres-dos, mínimo, que pudo convertirse, a poco que Temis—esta vez, algo velleidosa—se hubiera acordado de la tropa montañesa, en un empate, cuando menos. No es nueva la acometividad de la gente del Sardineiro en pugna con la de Chamartín: el Rácing santanderino ha tenido en el rectángulo de los campeones sus mejores actuaciones. Esta del domingo fué del todo meritoria. Ni se arrojó por la categoría del enemigo, ni se asustó por aquel primer *goal* en contra, conseguido apenas dar comienzo la partida, ni le amedrentó el griterío del partidismo. Fuerte, impetuoso, bravo siempre, sacó del fondo de sus reservas físicas las energías suficientes para contrarrestar la técnica indiscutible del conjunto madrileño y se impuso al enemigo en espacio demasiado largo para la impaciencia de los devotos. El larguero actuó de remedio salvador. El partido, pues, terminó como estaba previsto: victoria blanca y una buena actuación del Rácing, al que no le acompañó ciertamente la fortuna.

Las líneas blancas respondieron, en general, bien. Quincoces sobre todos. Excepción del elogio, Alberty, que en este partido confirmó plenamente nuestra primera impresión. Nervioso,



inseguro, vacilante. Dará más de un disgusto al equipo.

Por los montañeses, todos en reiterada demostración de su gran preparación física. Pusieron en la pelea cuanto podían oponer a la clase enemiga: entusiasmo y empuje.

Sólo la indicación del tanteo—cinco-cero—puede dar idea de lo que sucedió en la casa bética. Mejor dicho, de lo que no sucedió. Los andaluces, dispuestos a no dejarse escapar lo que con tantos deseos y tan legítimas esperanzas esperan, dieron cumplida cuenta de los españolistas de modo definitivo y espectacular. No sólo la ya clásica pareja defensiva evidenció su extraordinaria forma—nadie pasó por aquel valladar—, sino que la vanguardia disparó con tal precisión y tan buena puntería, que los cinco obuses que hicieron diana en la casilla blanquiazul demuestran que todo el conjunto, de punta a punta, responde de la



## JABÓN TRIANA

CREACIÓN DE LA UNIÓN COMERCIAL ACEITERA (S.A.)

## JABÓN TRIANA

**Fabricado exclusivamente con el finísimo aceite puro de oliva UCA, elaborado dentro de los más modernos procedimientos de fabricación.**

La pureza de sus aceites, su agradable y persistente perfume y su abundante espuma, hacen del JABÓN TRIANA el preferido de toda persona distinguida.

**INDISPENSABLE A TODO CUTIS DELICADO**

**INSUSTITUIBLE EN TODO BUEN TOCADOR**

*Venta exclusiva: Rosalía de Castro, 36-Fuencarral, 88*



misma manera. Los medios ayudaron eficazmente al resonante triunfo.

Una jornada que nada ha decidido y un domingo más de aliento para unos y otros. ¿Quién tropezará primero?

En Mestalla fué derrotado nuestro Athlétic por el Valencia. Otro partido previsto en el papel de la profecía. El tanteo no fué excesivo, si se tiene en cuenta cómo las gastan los «chés» en su casa regional: dos-cero. Quiso la desgracia que un jugador local—Juan Ramón—sufriese la fractura de un brazo al disputar un balón al hombretón EliceGUI. Un accidente infortunado, achacable sólo a la fatalidad. Alguien no lo vió así, y aquel golpe desgraciado fué el toque de clarín para que la masa espectadora se lanzase a una intensa ofensiva contra los rojiblancos, que, desconcertados por la injusticia del griterío, anduvieron por Mestalla desconcertados y deseando que el árbitro silbase la terminación, para coger el tren. Un encuentro duro, donde el Athlétic, una vez más, resultó juguete de la mala suerte clásica en el club madrileño. A pesar de todo, el juego forastero produjo una buena impresión, y, en condiciones de más normalidad, el resultado pudo ser otro.

Ya hemos dicho que la sorpresa se produjo en Barcelona. Allí, el Sevilla, en el campo de los azulgrana, terminó vencedor por tres a dos. El fútbol, ya hemos dicho, muchas veces tiene estos sorprendentes altibajos. Un equipo que en su casa concluye derrotado ampliamente—partido Sevilla-Madrid, hace ocho días—, queda triunfante en la ajena, ante un contrario que en su rectángulo es siempre enemigo de cuidado.

Si quieres ser feliz, como me dices...

Nada en San Mamés. Un partido más. Otra vez el Arenas derrotado. El Athlétic bilbaíno gana por uno a cero en un encuentro en donde la nota a destacar es la actuación de Cilaurren como medio centro.

Tampoco en su campo logra ganar el Donostia. Una oración por su alma. Y por el alma del Arenas. El Oviedo lo deja completamente «groggy» al vencerle por cinco a tres.

Malos vientos soplan por las Vascongadas.

En segunda división, el Hércules bate al Osasuna; el Celta aplasta al Sabadello, y el Valladolid derrota a Murcia.

Resultado: que los alicantinos se consolidan en el primer puesto, los natpatarras retroceden al tercero y los gallegos suben a segundo lugar.

## INTERNADOS

En Mestalla, el público, apasionado y chillón, creyó ver en EliceGUI lo que EliceGUI es incapaz de hacer en un campo de fútbol. ¡Jamás!

Y culpó al irundarra de la lesión sufrida por Juan Ramón. Y de rechazo, a todo el equipo de la travesía del Arenal.

Y el Athlétic, víctima del ensordecedor griterío de la gradería, jugó bajo el peso de la injusticia y la mala suerte.

Para no romper la tradición. Esa tradición que ha lesionado a los rojiblancos en esta temporada a tres de los jugadores, y en accidente muy parecidos al que hoy sufre—y lamentamos de todas veras—el joven defensa valencianista Sornichero, fractura de la clavícula. Mendaro, fractura de tibia y peroné. Gabilondo, luxación de codo.

El larguero—uno de los imponderables—se encargó de detener un balón que no hu-

biese parado el meta del «canta vagabundo». Y la presidencia—también imponderable—de dar la victoria al Madrid y de que recobrase la entrecortada respiración el partidismo local y consecuente.

Porque un empate a tales alturas hubiera dado al traste con todos los cuentos de hadas.

Esta vez, como tantas, el ¡ra, ra! forastero no pasó de buenos deseos. Aunque, si hubiera habido justicia en la tierra—por lo menos el domingo en el rectángulo de Chamartín—, el «grito de guerra» montañés debió salirse con la suya.

Pero venció el Madrid. Y eso va perdiendo el Betis.

Porque en el Sardinero no pasó nada. Piquito sigue donde estaba.

A propósito del «canta vagabundo»: A ustedes, ¿de verdad, les hace feliz Alberty? Díganlo sinceramente. Yo les prometo no decirselo a nadie. Ni a Zamora siquiera. Palabra.

En Ibaiondo cayó, para no levantarse más, el Arenas. Bueno, hace ya tiempo que los gliechotarras estaban más perdidos que Carracuca. Pero es triste que los paisanos se encargasen de darles la puntilla.

Y con Cilaurren de medio centro. Aviso a los navegantes.

Los suspicaces—¡detente, pluma!—cuentan con cierto retintín la victoria del Sevilla en Las Corts. No por lo que tenga de sorprendente el triunfo blanco, sino al compararlo con el fracaso de hace ocho días en el Nervión. Nuestra inocencia no sale de su asombro al ver lo mal pensada que es la gente.

Y nosotros, en la higuera. En lo más alto.

# Francisco Portillo

APAREJADOR TITULAR  
Y CONTRATISTA DE OBRAS

Construcciones en general

Contratista  
de la  
pavimentación de aceras  
de Madrid

Fábricas  
de losetas hidráulicas

Fernández de la Hoz, 38  
Teléf. 40869. - MADRID

## BOLETIN DE SUSCRIPCION A "CIUDAD"

(Recórtese este cupón por la línea de puntos)

Sr. Administrador de "Ciudad"  
Palacio de la Prensa  
MADRID

D. ....  
domiciliado en .....  
calle de ..... (localidad) ..... número .....  
provincia de .....

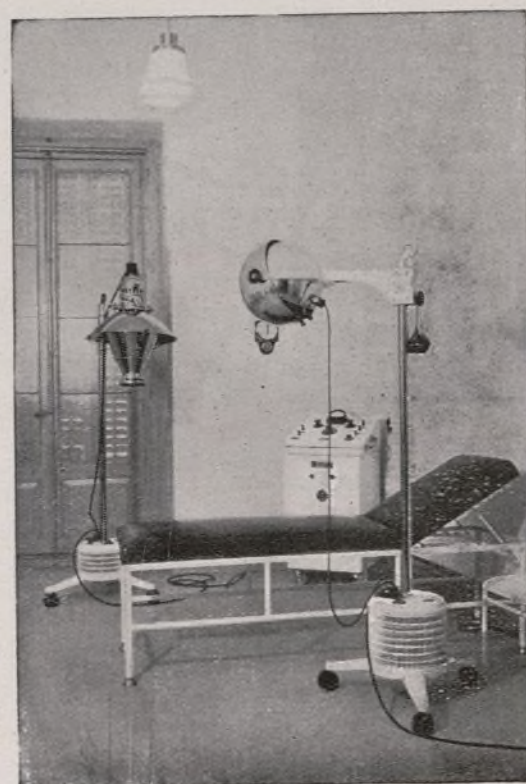
Se suscribe a CIUDAD por UN AÑO (52 números) y adjunta la suma de DIEZ PESETAS, CUARENTA CENTIMOS (10'40 ptas.) importe de la referida suscripción anual en .....

(giro postal o cheque)

FECHA Y FIRMA

## "HERMES"

MUTUALIDAD INDUSTRIAL Y MERCANTIL DE  
SEGURO CONTRA ACCIDENTES DEL TRABAJO



Vista de la Sala de Electricidad Médica del Consultorio de "Hermes"

Marqués de Valdeiglesias, 8

TELEFONOS { Oficina: 27916-17  
Dirección: 27914  
Clínica: 27915



EL  
MIÉRCOLES  
17

# LEA EN EL PRÓXIMO NÚMERO

RESERVE  
CON TIEMPO SU  
EJEMPLAR

El sensacional reportaje de gran actualidad

## LA "CARIOCA" SE HA EVADIDO DE UN PRESIDIO...

Entre ladrones y asesinos, del odio y la sangre, nació la alegre y sensual "carioca".

Cómo pudo llegar al famoso "morro de la Favella", tumba de policías y turistas intrépidos y cuna de la popular "carioca".

por

RAUL GONZALEZ TUÑON

Interesantísimo reportaje sobre los orígenes de "la carioca" y el ambiente de intensa dramaticidad de donde surgió por vez primera para alumbrar con su alegría a los famosos carnavales de Río de Janeiro.



LAS TRAGEDIAS DEL MUNDO

## EL CAMINO DE HOLLYWOOD

El reportaje de mayor interés que se haya escrito sobre el camino de espinas que conduce a la falsa meta dorada de Hollywood. La miseria y los sacrificios que conducen al éxito en la capital del cinematógrafo.

por

JACKIE MONTGOMERY



## COMO SE FILMA UNA PELICULA EN LOS ESTUDIOS DE LA C. E. A.

GABRIEL GARCIA ESPINA, nuestro celebrado crítico cinematográfico, ha preparado, con la colaboración gráfica de Arteché, esta información, llena de interés, sobre cómo se rueda una película en los espléndidos estudios nacionales que la C. E. A. posee en Ciudad Lineal.

Las intimidades de los estudios locales... Una nueva estrella... Una próxima gran película...

CIUDAD se complace en anunciar a sus lectores próximas reformas de importancia. La necesidad impostergable de aumentar una vez más nuestro tiraje para poder abastecer la gran demanda de todo el país, nos obliga a introducir determinadas reformas en la hechura y confección de CIUDAD, con el objeto de llegar a todos los rincones de España y satisfacer los millares de pedidos que a diario recibimos. CIUDAD no titubea en sacrificar beneficios en pro del interés público y, con las reformas que próximamente introducirá, espera cumplir como siempre con el interés de su público lector.